



Universidad Autónoma de Zacatecas

"Francisco García Salinas"

Unidad Académica de Filosofía

Maestría en pensamiento crítico y hermenéutica

Entre la Bestia y el Hombre

Análisis Hermenéutico de Los Motivos del Lobo de Rubén Darío

TESIS

Para obtener el grado de: Maestro en pensamiento crítico y hermenéutica.

Eje de formación:

Competencias para el análisis y la intervención en el ámbito profesional

Presenta:

José Miguel Vassallo Vázquez

Director de Tesis:

Dr. Hugo Ernesto Ibarra Ortiz

San Luis Potosí, San Luis Potosí, noviembre 2024

Dedicatoria.

A quienes, con paciencia y amor, han sido mi faro en este viaje de aprendizaje y descubrimiento. Esta obra es testigo de sus sacrificios, su apoyo inquebrantable y su fe en mi capacidad para forjar mi propio camino. A mis padres, quienes me enseñaron que el conocimiento es la llave a la libertad, y a mis mentores, que con su sabiduría, sembraron en mí la inquietud de buscar respuestas profundas.

Dedicado también a quienes creen en el poder del saber y en la transformación que trae consigo. Que este trabajo sea un tributo a sus ideales y un reflejo de las puertas que el conocimiento puede abrir.

Agradecimientos.

A Dios, quien iluminó mi pensamiento y guio cada palabra de este trabajo. En su nombre santo pongo esta obra, con el deseo de que sirva como herramienta para el bien y contribuya al servicio y honra del Señor. Sin Su fortaleza y luz en los momentos de mayor duda, esta tesis no hubiera sido posible.

A mi esposa, quien creyó en mí sin reservas y me brindó apoyo constante. A mis hijas, cuya presencia me dio fuerzas para seguir adelante, recordándome cada día que los sueños también son una herencia de amor y determinación.

A mis maestros, en especial aquellos que cuando el camino parecía más oscuro me alentaron a no claudicar. Su fe en mi capacidad y su disposición a brindar su apoyo incondicional son piedras angulares en la culminación de esta obra.

A todos aquellos que, en silencio y sin esperar nada a cambio, han sido mis faros de luz. Gracias, pues su bondad y confianza me han permitido llegar hasta aquí.

Resumen

Esta tesis presenta un análisis hermenéutico del poema *Los motivos del lobo* de Rubén Darío, explorando su riqueza simbólica y sus implicaciones éticas. El estudio profundiza en la dualidad entre lo salvaje y lo civilizado, representada por las figuras de San Francisco de Asís, el lobo y el pueblo, formando una trinidad de tensión que refleja las luchas humanas con la moralidad, la redención y las contradicciones sociales.

A través de un marco metodológico basado en las teorías hermenéuticas de Hans-Georg Gadamer y Paul Ricoeur, la investigación examina la interacción de las dimensiones textuales, simbólicas y filosóficas dentro del poema. Se analiza cómo Darío emplea la alegoría y la metáfora para cuestionar la naturaleza del bien y el mal, las limitaciones de la transformación y el conflicto persistente entre el instinto y la razón.

Los hallazgos destacan la relevancia continua del poema en cuestiones contemporáneas, tales como la violencia, la alienación y la fragilidad de la redención moral y espiritual. Además, la tesis sitúa el poema dentro del contexto más amplio de la literatura modernista, enfatizando sus conexiones intertextuales con las tradiciones cristianas y el simbolismo clásico.

Esta tesis contribuye a la crítica literaria al ofrecer una perspectiva innovadora que trasciende el análisis estilístico para abordar las dimensiones éticas y antropológicas de la obra de Darío. Propone que *Los motivos del lobo* sirve como un espejo de las contradicciones humanas, incitando a la reflexión sobre las posibilidades y límites de la coexistencia y el entendimiento en un mundo fracturado.

Palabras clave: Rubén Darío, Los motivos del lobo, hermenéutica, simbolismo, ética, literatura modernista, trinidad, redención.

Abstract

This thesis presents a hermeneutic analysis of Rubén Darío's poem *Los motivos del lobo*, exploring its symbolic richness and ethical implications. The study delves into the duality between the savage and the civilized, embodied by the figures of Saint Francis of Assisi, the wolf, and the townspeople, forming a trinity of tension that reflects human struggles with morality, redemption, and societal contradictions.

Through a methodological framework grounded in the hermeneutic theories of Hans-Georg Gadamer and Paul Ricoeur, the research examines the interplay of textual, symbolic, and philosophical dimensions within the poem. It analyzes how Darío employs allegory and metaphor to question the nature of good and evil, the limitations of transformation, and the persistent conflict between instinct and reason.

The findings highlight the poem's continued relevance to contemporary issues, such as violence, alienation, and the fragility of moral and spiritual redemption. Additionally, the thesis situates the poem within the broader context of modernist literature, emphasizing its intertextual connections with Christian traditions and classical symbolism.

This thesis contributes to literary criticism by offering an innovative perspective that transcends stylistic analysis to engage with the ethical and anthropological dimensions of Darío's work. It proposes that *Los motivos del lobo* serves as a mirror for human contradictions, urging reflection on the possibilities and limits of coexistence and understanding in a fractured world.

Keywords: Rubén Darío, Los motivos del lobo, hermeneutics, symbolism, ethics, modernist literature, trinity, redemption.

Entre la Bestia y el Hombre

Análisis Hermenéutico de Los Motivos del Lobo de Rubén Darío

Tabla de contenido.

1. Preámbulo. Aclaraciones y precisiones.	pág.
1.- Bien y Mal	pág.
2.- Decisiones y consecuencias. Instinto y elección.	pág.
3. El llamado. ¿Por qué el lobo?	pág.
4. Integración de las reflexiones políticas	pág.
Al final, el lobo somos todos. Al final, yo soy el lobo.	pág.
 2. Introducción.	
○ Introducción.	pág.
3. Tema. Entre la Bestia y el Hombre.	
Análisis Hermenéutico de Los Motivos del Lobo de Rubén Darío	
 4. Planteamiento del problema.	pág.
5. Objetivos.	pág.
○ Objetivo general	
○ Objetivos específicos	
6. Preguntas de investigación.	pág.
7. Justificación.	pág.
8. Hipótesis.	pág.
9. Estado de la cuestión.	pág.
10. Metodología.	pág.
11. Previo al análisis.	pág.
12. Resumen del poema.	pág.
¿Cómo interpela al lector?	pág.
La otra voz, la confesión del escritor.	pág.
¿Cómo se revela el escritor?	pág.
13. Marco teórico.	pág.
Hermenéutica: Definición y Aplicación en el Análisis Literario.	pág.
El Proceso hermenéutico: El Texto como fenómeno.	pág.
Interpretación Simbólica.	pág.
Conexión entre el poema y los conceptos hermenéuticos de Gadamer y Ricoeur.	pág.
Simbolismo.	pág.
El lobo.	pág.
San Francisco de Asís.	pág.
El pueblo bueno y sabio.	pág.
¿Cambiar, es posible?	pág.
14. Hermenéutica filosófica del poema.	
Perspectiva Nietzscheana.	pág.

Visión del ser humano como animal simbólico.	pág.
La redención y el fracaso del cambio.	pág.
El mal como parte del ser.	pág.
Trinidad simbólica en Los motivos del Lobo.	pág.
 Capítulo 1. Análisis del poema y de los personajes: San Francisco, pueblo y el Lobo.	pág.
Análisis del poema por versos.	pág.
Análisis del poema por escenas.	pág.
Análisis derivado del poema, ideas.	pág.
¿Por qué usar la figura del lobo?	pág.
Su inspiración es el lobo de Gubbio, ¿Cuál es su diferencia?	pág.
Rechazo.	pág.
El lobo como filósofo.	pág.
Maniqueo.	pág.
El lobo y la idea que no todo lo malo puede redimirse.	pág.
Puede un hombre que se siente como ese lobo redimirse.	pág.
El hombre es un lobo para el hombre.	pág.
El lobo como un ser solitario.	pág.
El lobo siempre será un lobo.	pág.
El lobo debe sobrevivir.	pág.
Los motivos del lobo: dar a cambio mal por el bien; el bien que con mal se paga.	pág.
Un lobo no deja de ser un lobo porque lo veas sereno.	pág.
Lamento del lobo.	pág.
 • Capítulo 2. La trinidad. Oveja (pueblo), lobo y pastor (Francisco de Asís)	pág.
• La Oveja (el Pueblo).	pág.
• El Lobo (el predador).	pág.
• El Pastor (Francisco de Asís).	pág.
• La relación entre los tres arquetipos.	pág.

• El peligroso pastor.	pág.
• Pueblo sabio.	pág.
• El infierno somos nosotros.	pág.
• Dialogando con el poema.	pág.
• El lobo en la escuela.	pág.
• “La granja”	pág.
• Capítulo 3. El Mensaje Ético del Poema	pág.
• Lecciones morales y espirituales.	pág.
• Limitaciones del idealismo moral.	pág.
• Relación con el Modernismo.	pág.
• El dilema entre redención y esencia.	pág.
• Crítica a las instituciones morales y religiosas.	pág.
• Redención personal vs. redención social.	pág.
• Anexos.	pág.
• Poema. “Los motivos del lobo” del autor Rubén Darío	pág.
• Bibliografía.	pág.

Preámbulo.

Aclaraciones y precisiones.

Toda interpretación es, en esencia, una mediación subjetiva, una traducción de la realidad filtrada por la perspectiva de quien la enuncia. Como plantea Gadamer en *Verdad y método* (1960), la comprensión nunca es un acto puramente objetivo, sino que siempre está condicionada por la historicidad del intérprete y su horizonte de expectativas. La hermenéutica, en su núcleo, se opone a la pretensión de los absolutos, pues desmantela la ilusión de una verdad fija e inmutable. No existe un significado último, sino un proceso constante de resignificación, un diálogo inagotable entre el texto y su lector, entre el mundo y quienes lo habitan.

La tendencia a estructurar el pensamiento en términos binarios, es decir, lo verdadero frente a lo falso, el bien frente al mal, lo negro frente a lo blanco, es un residuo de una lógica que simplifica la complejidad del ser, reduciéndolo a oposiciones rígidas. Como advierte Derrida en *La escritura y la diferencia* (1967), estas dicotomías no son neutrales, sino que configuran jerarquías que privilegian un término sobre el otro. Este dualismo, lejos de esclarecer, oscurece la riqueza de lo real al confinarlo en categorías estáticas que refuerzan estructuras absolutas.

Sin embargo, la verdad no es un objeto externo ni una entidad separada de nuestra existencia, sino una construcción intersubjetiva que emerge en la relación misma con el mundo. Como sostiene Ricoeur en *Tiempo y narración* (1983), la realidad no es algo dado e inmutable, sino que se configura a través de relaciones que dotan de sentido a la experiencia humana. No habitamos una realidad fija, sino un espacio de interpretación en constante devenir.

Romper con los absolutos no es un acto de negación, sino un gesto de apertura, ya que implica reconocer que toda verdad es siempre provisional, siempre en diálogo con otras voces, siempre sujeta a nuevas lecturas. La aparente confusión de una mente no es necesariamente indicio de desorden, sino de una saturación de eventos que intentan dimensionarse dentro de una estructura demasiado

limitada. Si bien es absurdo abrir el paraguas antes de que comience a llover, más nefasto aún es ignorar la posibilidad de tormenta cuando el cielo se ensombrece.

Puede considerarse un imperativo lógico que la necesidad de aclarar implica ambigüedad y que precisar denota una redacción deficiente. Nada más lejos de la realidad. Aunque la academia, con sus normas y reglas, suele ser excesivamente restrictiva, su rigidez no debería conducirnos a un lenguaje estéril. Definir no siempre es limitar, pero sí puede ser una forma de cerrar prematuramente el horizonte de posibilidades interpretativas. Como advierte Wittgenstein en *Investigaciones filosóficas* (1953), el significado de una palabra no se encuentra en una definición abstracta, sino en su uso dentro de un juego de lenguaje específico. En el afán de precisar, a menudo se incurre en una suerte de imprecación académica contra el dinamismo del lenguaje.

Esta tesis, además de realizar un análisis filosófico y hermenéutico del poema “Los Motivos del Lobo” de Rubén Darío, constituye un viaje a través de pulsos literarios que transforman su dinámica. Dichos momentos de quietud funcionan como ejes narrativos que permiten interpretar fenómenos políticos contemporáneos. La interpretación que se plantea no se ciñe a un marco conceptual fijo, más bien asume la fluidez del pensamiento y la posibilidad de que el análisis mismo se desplace hacia territorios insospechados, moviendo los límites hasta donde el alcance del mundo en palabras lo permite.

El poema presenta figuras como el lobo, el pueblo y el pastor, símbolos que evocan dinámicas de liderazgo, marginación y resistencia. Estas imágenes no son meramente alegóricas; encarnan estructuras de poder que encuentran resonancia en acontecimientos que han marcado la historia reciente de México. Desde una perspectiva hermenéutica, toda obra literaria es producto de su contexto y, simultáneamente, una herramienta para interpretar la realidad. Ricoeur sostiene que los textos configuran simbólicamente la experiencia humana y, en esa medida, pueden ser releídos desde diversos horizontes históricos.

"Los motivos del lobo" con su riqueza narrativa e interpretativa, plantea interrogantes que atraviesan distintas esferas de lo político como es el populismo, la resistencia indígena y la lucha de clases. La belleza de un poema radica en su capacidad para generar mundos hermenéuticos, mundos que no siempre compaginan con la estética contingente, pero que desafían al lector a trascender la superficie del lenguaje.

Es por ello, que este análisis no se reduce a una mera apreciación estética del texto, sino que busca propiciar un diálogo con las estructuras sociopolíticas actuales. Al final la pretensión y el cometido de la hermenéutica es interpelar al lector, cuestionar lo dado y, en ese proceso, descubrir nuevas posibilidades de sentido allí donde antes sólo había certezas incuestionadas.

|1.- Bien y Mal.

En el poema, el bien y el mal en los personajes no parecen ser una constante, sino una variable. Aplicando una lógica categórica, los personajes pueden establecer relaciones lógicas entre sí y, al mismo tiempo, diferenciarse. Es decir, se formulan enunciados sobre objetos que pueden pertenecer a una o más categorías, lo que permite estructurar proposiciones para simplificar la deducción de conclusiones. Esto facilita la comprensión de las similitudes entre ideas y personajes.

La sabiduría popular tiende a contar con aspectos filosóficos y refranes que desafían la mera decodificación del mensaje, uno de ellos muy adobe a la idea que clarificare es: “No hay mal que por bien no venga”. (Ni pendejo que viendo el mal, lo mantenga). La gran interrogante es considerar si se puede simplificar el bien o el mal; quizá se pueda tratar, siendo demasiado reduccionista lo encapsulo la siguiente frase:

¿Qué es el mal? Sino la ausencia del bien

¿Qué es el bien? La presencia de la humanidad

Si ampliamos estos cuestionamientos, podemos elevar el análisis y acercarnos a una comprensión más profunda de estos conceptos: ¿Es el mal simplemente la ausencia del bien o una manifestación autónoma de deshumanización? Y el bien, ¿no es acaso la expresión plena de la humanidad, trascendiendo la mera supervivencia?

¿Es el mal la vacuidad que surge cuando el bien se ausenta, o la fuerza destructiva que despoja al ser humano de su dignidad? Y, en cuanto al bien, ¿no será su presencia activa aquella que trasciende lo individual y alcanza la comunión con el otro? ¿Podemos reducir el mal a la simple carencia del bien, o es una fuerza que transgrede la ontología misma del ser? Y, en ese sentido, ¿qué constituye el bien, sino la afirmación de la humanidad en su máxima potencialidad ética?

Retomando la frase reduccionista mencionada al inicio, puedo concebir la siguiente reflexión: ¿Es el mal sólo la ausencia del bien o la negación de la

intersubjetividad que nos define como humanos? Y en cuanto al bien, ¿no reside en la afirmación del otro, en la presencia genuina de la humanidad que se encuentra en la solidaridad y la empatía?; ¿Es el mal simplemente la falta del bien, o es la negación del ser auténtico, del ser que se realiza en su libertad y en su relación con los demás? ¿Y qué podemos entender por el bien, sino la afirmación de la humanidad que vive con responsabilidad en un mundo interrelacionado?; ¿Es el mal la simple negación del bien, o una fuerza autónoma que se manifiesta en la carencia de humanidad? ¿Y qué es el bien, sino la presencia plena de la dignidad humana, cuyo horizonte trasciende la mera satisfacción de deseos individuales?

Integrando la idea que manifiesta *Emmanuel Levinas* puedo considerar que el bien radica en la responsabilidad hacia el otro, mientras que el mal sería la deshumanización, la negación de esta responsabilidad. La pregunta puede expandirse hacia el campo ético, considerando que el mal no sólo es la ausencia de bien, sino una fuerza que actúa en contra de la intersubjetividad y la compasión. Además, en términos de *ontología ética*, según *Martin Heidegger*, se considera que el mal no es sólo la ausencia de ser (el bien), sino una distorsión del ser, un extravío de lo que significa ser auténticamente humano.

Entonces, ¿es el mal una omisión o una transgresión? ¿La falta de ser o la irrupción de un ser disonante? Y en este caso, ¿qué podemos entender por bien, sino la manifestación plena de la humanidad en su responsabilidad ética y la vivencia de la interdependencia entre los seres humanos?

Lamentablemente, en la tradición moral occidental, el bien y el mal han sido concebidos como categorías absolutas, reflejadas en concepciones religiosas, filosóficas y jurídicas que buscan establecer distinciones claras entre lo correcto y lo incorrecto. Sin considerar que ambos son parte de un dinamismo, que eventualmente manifiesta facetas de cara a las circunstancias, no como un ente fijo y determinante, sino como una dualidad siempre presente como en el yin yang, ambas convergen en armonía para configurar un equilibrio, son dependientes, se necesitan uno del otro. En *Los motivos del lobo*, Darío plantea una tensión en la que los personajes no encarnan una única dimensión moral,

sino que transitan entre actitudes que pueden ser interpretadas como "buenas" o "malas" dependiendo de las circunstancias.

Siguiendo esta premisa, este análisis se apartará de una visión maniquea fija, adoptando una perspectiva hermenéutica que entiende el bien y el mal como condiciones dinámicas, donde la moralidad de un personaje no es estática, sino que se configura a partir de sus interacciones con el contexto. Es decir, existe una plena fluidez del bien y el mal en los personajes, lo que permite transitar en una dinámica evolutiva dentro del poema.

La complejidad radica cuando se manifiesta una faceta u otra, la moral en estos casos suele jugar como limitante, ya que la concepción tradicional del bien y el mal son entendidas como categorías fijas y antagónicas, situación que se desvanece en el poema, donde los personajes encarnan una moralidad ambigua que desafía los límites binarios, tan marcados de esa dualidad. Esta fluidez no solamente refleja la complejidad humana, sino que también subvierte las expectativas narrativas, donde en cada personaje se revelan intereses, motivaciones y contextos que definen las acciones. El bien y el mal no son esencias, sino procesos en tensión. Los personajes navegan una zona gris donde la supervivencia, la injusticia y la empatía chocan, revelando que la ética es un campo de batalla dinámico. Esta ambigüedad no debilita el poema, sino que lo enriquece, ofreciendo un espejo incómodo pero necesario para reflexionar sobre nuestra propia capacidad para ser lobos y pastores, víctimas y verdugos, en un mundo donde la pureza moral es una ilusión. El verdadero mal no está en las fauces del lobo, sino en la incapacidad de vernos reflejados en ellas, que tanto de lobo se guarda en el pueblo, que tanto de santo tiene el lobo, que tanto de pueblo tiene Francisco.

Por tal motivo, es necesario hacer un rechazo del maniqueísmo fijo, el lobo, Francisco y el pueblo transitan por un espectro de actitudes y comportamientos, dependiendo de las circunstancias y el contexto en el que se encuentran, su moralidad es flexible y dinámica, esto se da ya que los personajes no son estáticos; sus acciones y posturas evolucionan conforme cambian las condiciones que los rodean. Por ejemplo, el lobo pasa de una posición de violencia a una de aparente redención y luego regresa a su naturaleza salvaje. Lo que sugiere que la actitud de los personajes es más una condición existencial

que una mera respuesta a las circunstancias. Es decir, su comportamiento refleja una condición mutable que se activa y desactiva en función de contextos concretos, sin que ello signifique que sean víctimas pasivas o que utilicen esos cambios como justificación de sus actos. Ahora bien, si el bien y el mal son resultados de procesos dinámicos, entonces la responsabilidad moral de los personajes también se construye en función de su capacidad para adaptarse, cambiar o resistirse a las circunstancias.

Siendo en esa etapa de la hermenéutica una obligación de integrar la idea de la “fusión de horizontes” de Gadamer para explicar y entender cómo el (yo) lector y el texto dialogan en esta ambigüedad moral. La comprensión del bien y el mal se enriquece al considerar la evolución de las circunstancias y la identidad de los personajes. Dando paso a una polisemia de los símbolos, en donde adquieren significados múltiples que varían según la interacción con el contexto. Esta polisemia refuerza la idea de que no hay un único significado fijo asignado a lo que se considera "bueno" o "malo". Dicha flexibilidad moral en el poema puede ser interpretada como una crítica a las categorizaciones rígidas en la sociedad, en las que las personas y los colectivos se enmarcan en roles fijos (víctimas u opresores) sin considerar la complejidad de sus acciones y motivaciones. Lo que evidentemente conecta con los dilemas actuales, donde la polarización y la violencia se explican en parte por una visión simplista de la moralidad, lo que debe obligar a repensar las dinámicas de poder y responsabilidad.

Todo esto implica el entender que los personajes se desplazan a lo largo de un espectro moral en función de las circunstancias y esto a su vez permite una interpretación más matizada y profunda del poema. Esta perspectiva no sólo enriquece el análisis hermenéutico, sino que también abre un espacio para reflexionar sobre la naturaleza humana en contextos sociales y políticos complejos. Es decir, ver el mundo desde otro, fusionando dichos esquemas en horizontes más amplios y profundos.

Considero que Darío desmonta la idea de mal absoluto, alineándose con pensadores como Nietzsche, quien veía la moral como construcción humana, no universal. El poema busca sembrar la duda razonable y con ella a desconfiar de las apariencias y buscar las causas profundas del comportamiento (hambre,

exclusión, hipocresía). Cayendo en cuenta que la moralidad no es un código abstracto, sino una respuesta a circunstancias concretas, como lo propone Sartre, *somos lo que hacemos en contexto*.

Así que es importante para evitar cualquier rastro de ambigüedad en el uso de los conceptos de "bien" y "mal", el considerar que esta tesis adopta una perspectiva hermenéutica en la que estos términos no representan entidades fijas o absolutas, sino categorías dinámicas que emergen de la interacción entre contexto, circunstancias y decisiones.

Cuando se use "bien", se referirá a acciones que promuevan el entendimiento, el diálogo y la posibilidad de cambio.

Cuando se use "mal", se hará referencia a actos que resultan en la destrucción, la ruptura del equilibrio y la incapacidad de trascender la violencia.

Cada vez que un personaje sea calificado como "bueno" o "malo", se justificará en función del contexto en el que se encuentra en ese momento.

Por tal motivo el bien se debe entender: como un proceso dinámico que se expresa en la capacidad de trascender las condiciones adversas, facilitando el diálogo y la fusión de horizontes (en términos gadamerianos). Por ello, el "bien" no es una categoría fija, el bien es una condición relacional que se manifiesta en las acciones que favorecen la reconciliación, la comprensión y la posibilidad de coexistencia pacífica y puede emerger en contextos de compasión, autoconocimiento y transformación. No se trata de un bien absoluto o dogmático, el bien no es una esencia inmutable sino de una dimensión relacional, esto es que el bien surge cuando hay un intento de superar la violencia y el resentimiento.

En palabras someras, el "bien" se entiende como la manifestación de aquellas acciones, actitudes y características que promueven la armonía, la empatía y la cohesión social, es un proceso de apertura y transformación que favorece la expresión positiva y la redención.

Por su parte al tratarse el término "mal", se debe tomar en cuenta que en el poema no es un principio metafísico o un destino inevitable, sino el resultado de condiciones que llevan a la violencia, la exclusión y la falta de diálogo. Más que

un rasgo inherente, el mal se configura a partir de las circunstancias, cuando un personaje es empujado a actuar con violencia debido a la traición, el hambre o la incompreensión. EL mal es la manifestación de conductas y actitudes que generan violencia, desintegración social y alienación, produciendo daño tanto en el individuo como en la comunidad. El “mal” no es una esencia inmutable, sino una condición que puede emerger o intensificarse según las circunstancias. Es por ello que la violencia, el fanatismo y la hipocresía se consideran expresiones del “mal” cuando impiden el diálogo y la transformación positiva.

Otra forma de entender el “mal” es siendo receptivo en sus expresiones como es la incapacidad y la imposibilidad o negativa de cambiar, la exclusión, el fanatismo o la regresión a patrones de agresión y desconfianza. El mal, en este contexto, no es inherente al lobo ni al pueblo, sino que se manifiesta cuando las dinámicas de interacción fallan en construir un espacio de entendimiento.

Con ambas formas de definición del bien y el mal, se puede interpretar el poema más allá del maniqueísmo tradicional, mostrando cómo los personajes oscilan entre estas categorías en función de las circunstancias y sus interacciones.

Lo que conlleva a observar bajo esta perspectiva, considerando que el poema no se queda relegado a un enfrentamiento entre el bien y el mal absolutos, sino trata de la fragilidad de la moralidad y su dependencia de las circunstancias. Tanto Francisco, el lobo y el pueblo transitan entre estados de bondad y agresión, dependiendo de los factores que los rodean.

De este modo y, adoptando esta mirada la tesis se distanciará de lecturas reduccionistas y propondrá una interpretación donde la moralidad es un fenómeno relacional, mutable y sujeto a las condiciones en las que se desarrolla la existencia de los personajes.

Las “definiciones” aquí presentadas permiten entender que el “bien” y el “mal” no son estados inamovibles, sino condiciones que se pueden reconfigurar según el contexto y las circunstancias. Esto es fundamental para interpretar el poema, ya que se evidencia que los personajes transitan por un espectro moral y responden a situaciones específicas, lo que rechaza un maniqueísmo rígido. Al incorporar estos conceptos de manera operativa, se enriquece el diálogo entre el texto y el lector, permitiendo que la interpretación sea un proceso dinámico en el que se

fusionan horizontes y se cuestionan las nociones tradicionales de moralidad. Sin caer en excesos ni en superficialidades mundanas.

En la tesis se hará una revisión de la narrativa de forma total e integradora, solamente para hacer más fácil el tránsito hacia ella, es necesario señalar ejemplos de forma pragmática. Reiterando que cada vez que se asignen atributos como “bueno” o “malo” a los personajes (por ejemplo, el lobo, el pueblo o incluso Francisco), se debe cotejar esa atribución con las definiciones establecidas anteriormente. Esto evitará contradicciones y facilitará una lectura coherente.

Ejemplos:

El Pueblo. En el análisis hermenéutico que sigue a continuación se señala cómo el pueblo, en ocasiones, actúa de manera que refuerza actitudes de odio y exclusión (expresiones del “mal”), pero también puede transformarse y actuar con solidaridad, reflejando la posibilidad de redención y el despliegue del “bien”. También se lee al final del poema que el pueblo representa el “mal” no por ser intrínsecamente perverso, sino porque su rechazo al lobo lo que refuerza la exclusión y el conflicto, lo que provoca la recaída del lobo en la violencia.

Además, se debe entender que la hipocresía es una forma de mal. Inicialmente, el pueblo sufre los ataques del lobo, pero su violencia reactiva (expulsar al lobo tras su redención) lo convierte en cómplice del ciclo de odio. Otra expresión es la doble moral, por un lado exige paz, mientras practica la envidia, la ira y la injusticia (“hembra y macho eran como perro y perra”). Su “bien” es una fachada que oculta su corrupción moral colectiva. Al demonizar al lobo, el pueblo evade su responsabilidad en la violencia, proyectando su propio mal en un “otro” conveniente.

San Francisco. El primer punto de partida es la santidad pero en la observación se puede considerar que esa compasión trae escondida un autoritarismo. En el idealismo, Francisco encarna la bondad (“corazón de lis, alma de querube”), buscando redimir al lobo mediante el diálogo y la empatía. Casi con un toque de divinidad que puede influir en los otros, dejando entrever los límites de la redención en su incapacidad para transformar al pueblo (“en todas las casas estaban la envidia, la saña, la ira”) lo que expone la fragilidad de la moral

impuesta. Su figura, aunque noble, ignora las raíces estructurales del conflicto. Y el final es demoledor, marcado por el silencio como derrota, porque carente de argumentos no puede contestar al reclamo final del lobo ("El santo de Asís no le dijo nada"), su bondad se revela incompleta, casi ingenua ante la complejidad ética.

Por su parte, **el Lobo**. Tratándose de Los motivos del Lobo el enfoque estará marcado con ese énfasis, el Lobo. Para tener una brújula clara de hacia dónde van los dardos.

Al principio se tiene una imagen sesgada por la impostura del pueblo y su estigmatización, porque la voz que resuena en Francisco es justamente la del pueblo hablando de lo mucho que sufrían y perdían por culpa del infame y cruel lobo. Hasta que, Francisco lo busca y existe un acto de reconciliación, un estado de violencia que se transita a la calma, cuando el lobo acepta la paz y se comporta de manera "redimida", no como un arrepentido de sus actos sino como un ser que ve la oportunidad de progreso en el cambio, es decir, sus acciones se interpretan en el marco del "bien", entendiendo que sus conductas pueden modificarse bajo ciertas circunstancias (la influencia redentora de Francisco).

El lobo pasa de bestia a víctima, de víctima a rebelde, su inicio es como antagonista: El lobo es presentado como una fuerza destructiva ("bestia temerosa, de sangre y de robo"), símbolo del mal instintivo. Al humanizarse, el lobo justifica sus actos ("Es duro el invierno, y es horrible el hambre"), el lobo revela una ética de supervivencia, no de maldad intrínseca. Su violencia responde a necesidades concretas, no a un deseo de dañar. El retorno a la violencia. Debido a la "traición" de pueblo, el lobo retoma sus instintos primarios bajo condiciones adversas, el lobo vuelve a encarnar el "mal" según la definición, ya que sus acciones generan daño y temor en la comunidad. Tras ser rechazado por el pueblo, el lobo recupera su ferocidad, pero esta vez como resistencia a la opresión ("más siempre mejor que esa mala gente"). Su "mal" se torna una respuesta legítima a la crueldad humana. El lobo se percibe como "malo" en los momentos en que la desesperación lo obliga a atacar para sobrevivir, pero este mal no es esencial, sino circunstancial y reactivo.

Ahora, la duda razonable recae en los límites desdibujados, dejando la interrogante ¿Quién es el Villano?

El poema se muestra en todo su esplendor cuando cuestiona la noción misma de villanía al permitir observar primero que el contexto determina la moral, esto es, que el lobo actúa por hambre; el pueblo, por miedo, soledad y egoísmo. Que incluso la redención es efímera ya que la transformación del lobo dura sólo mientras el entorno lo permite, evidenciando que el “bien” depende de condiciones sociales, no solamente de la voluntad individual. Y por último, deja vestigios para considerar que nadie es inocente; ni el lobo, ni Francisco, ni el pueblo escapan a la crítica. Cada uno oscila entre luces y sombras, como en la dialéctica hegeliana, donde tesis y antítesis coexisten sin resolverse. Aunque se manifiestan, no se determinan.

2.- Decisiones y consecuencias. Instinto y elección.

"No te afanes, alma mía, por una vida inmortal, pero agota el ámbito de lo posible."
(Píndaro, siglo V a.C./1992)

La pregunta qué en muchas partes del poema se manifiesta es: ¿Pudo haber sido diferente?, el hubiera que nunca será, en toda su majestuosidad, y esto lanza una estocada en el alma, que tanto del albedrío es una decisión consciente y que tanto es una respuesta necesaria ante las circunstancias. Uno puede elegir ser bueno o malo o simplemente puede adecuarse ante las condiciones, adaptándose a las necesidades imperantes del entorno.

Que tanto nuestro actuar, pensar y existencia es circunstancial, uno elige los escenarios o estos son una situación inherente al destino o al azar. Empiezo a dudar que alguien que tiene condiciones adversas pueda salir ileso de ellas, no creo que alguien elija nacer en un establo en el portal de Belén y pueda resignificarse sin mostrar las heridas del rechazo, de esfuerzo, de lucha y de supervivencia. Es cierto que las rosas puedan darse en el pavimento pero la excepción no es la regla, no hay rosales en los desiertos y la flor solitaria siempre es abatida por el clima imponente, como vela que resiste la tormenta, desafiando los aires y haciendo que su luz permanezca.

Y entonces, cuestionó lo que me interpela, ¿estoy donde quiero estar o estoy donde debo estar?, fue una elección o una casualidad, que tanto el albedrío no es una utopía para creer que se tiene control del destino o quizá, este ya ha sido diseñado por algo más, alguna fuerza universal ha puesto las condiciones exactas que difícilmente nos permiten liberarnos de esa situación, como un jumento que avanza por ver una zanahoria creyendo que de esa manera la alcanzará y podrá disfrutarla. Quizá, nuestra insignificancia nos hace buscarle sentido a las cosas, cuestionarnos y pensar que todo lo que hacemos no es un absurdo.

El poema presenta una aparente contradicción en la caracterización del lobo, por un lado, se le percibe como un ser regido por su naturaleza instintiva; por otro, parece poseer la capacidad de elegir y cambiar. Para resolver esta tensión, se debe abrir el panorama, hacia una visión en la que el lobo transita por distintos niveles de libertad.

El poema no presenta al lobo como un ser plenamente libre o determinado, sino como un personaje cuya conducta oscila entre lo instintivo y lo condicionado por el entorno, cuestionando así la posibilidad de una transformación genuina dentro de estructuras sociales que no permiten su integración. Esta ambigüedad no debe ser vista como una contradicción, sino como un recurso narrativo y filosófico que permite cuestionar las categorías fijas de determinismo y libre albedrío. Es entendible el conflicto conforme la figura del lobo oscila entre ser un ente regido por su naturaleza y un sujeto con capacidad de elección que parece poseer la capacidad de elegir y cambiar, lo que genera un conflicto interpretativo sobre su agencia moral.

La libertad en Los motivos del lobo no es absoluta ni monolítica, sino que se mueve en un espectro que oscila entre la determinación instintiva y la posibilidad de transformación. Para analizar este conflicto, es necesario verlo desde tres niveles de libertad que se pueden observar en el poema.

El primer nivel es el de la libertad instintiva, el lobo actúa por necesidad, esto es entender al lobo un como ser determinado, es decir, desde una perspectiva biológica y conductual, el lobo responde a necesidades básicas de supervivencia, como es hambre, defensa y preservación. En este nivel, su accionar no puede ser calificado en términos de bondad o maldad, ya que su conducta es producto de su instinto natural, lo que conlleva a considerar que el lobo responde a impulsos biológicos y sus actos no pueden ser calificados moralmente, ya que no están mediados por una decisión consciente. El lobo no es completamente libre en términos morales, porque su instinto guía gran parte de su comportamiento. Su ataque inicial al pueblo es una reacción de supervivencia y no una elección consciente de hacer el mal.

Ejemplo: El lobo ataca el ganado y devora pastores porque su naturaleza le dicta sobrevivir. En este punto, su violencia es amoral, ya que responde a una necesidad básica, la de subsistir y permanecer. Por dicha razón cuando Francisco lo interpela sobre su ferocidad, el lobo responde justificando sus actos en la dureza del invierno y la falta de alimento. Esto refuerza la idea de que su comportamiento es reactivo y no el resultado de una elección consciente.

Segundo nivel de libertad, la que es condicionada, esto permite entender su "domesticación" no como una elección libre en el sentido tradicional, sino como una adaptación a nuevas condiciones, es decir, Francisco le concede una forma de libertad condicionada, en la que puede modificar su conducta cuando las circunstancias lo permiten. Dicha libertad se ve alterada por la influencia del entorno y al tiempo de la posibilidad de cambio. A través de la intervención de Francisco de Asís, el lobo se enfrenta a una posibilidad de transformación. Aunque su instinto no desaparece, se le ofrece un nuevo marco de comportamiento basado en la convivencia con los humanos. Francisco introduce un marco en el que el lobo puede modificar su conducta bajo ciertas condiciones. Aquí se insinúa la posibilidad de una agencia parcial, en la que el lobo responde al contexto social y no solamente se limita a actuar bajo su instinto.

Ejemplo: Al aceptar la propuesta de Francisco y vivir en paz con el pueblo, el lobo parece tomar una decisión que va más allá del instinto. La conversión del lobo sugiere que, aunque su naturaleza lo predispone a la violencia, también es capaz de adoptar un nuevo comportamiento dentro de un contexto que le ofrece estabilidad y alimento sin necesidad de recurrir a la caza. Se adhiere a parámetros de conducta condicionada bajo la premisa de no violencia a cambio de alimentos y seguridad, quizá esta idea se refuerza cuando se entiende la importancia de casa, comida y sustento.

Y el último nivel de libertad es la existencial, aunado al papel del rechazo social como catalizador de su recaída, en este nivel el lobo no actúa por instinto, sino también como respuesta a una dinámica de exclusión. Lo que trae consigo la aceptación del rol en la sociedad es también asumir el compromiso que como actor representa, la decisión de ser lo que se es, implica el retorno a la violencia como elección. En la cadena alimenticia es el cazador, el predador y en ese papel se asume con voluntad. El desenlace del poema introduce una dimensión más compleja de la libertad del lobo. Cuando Francisco se ausenta y la comunidad lo "traiciona" en la afrenta del rechazo, al lobo no le queda más que aceptar su única realidad debe regresar a su estado salvaje. Este acto puede interpretarse como una reacción a la exclusión y la falta de aceptación, más que como un mero reflejo biológico.

El retorno del lobo a la violencia tras la traición del pueblo sugiere una decisión más compleja que una simple recaída instintiva. Una bestia que se deja domesticar en busca de paz acaba por perder su fortaleza, y en la aparente victoria halla su derrota. Es una victoria pírrica que lo obliga a asumir la responsabilidad de su inacción, enfrentar la vergüenza y considerar la guerra. En este punto, la pregunta clave es: ¿su regreso a la violencia es una decisión o una consecuencia inevitable de su naturaleza?, debo precisar que el retorno a la violencia es una consecuencia tanto de su naturaleza como del contexto que lo rodea.

La lección que deja es: La paz devoró su espíritu, y en la victoria encontró la derrota. Porque, en el instante en que buscó la serenidad a costa de su esencia, transitó de la lucha hacia la rendición, de la autonomía hacia la sumisión. La paz, es esa ilusión de armonía, que se alimenta del sacrificio de lo vital, de la fuerza que define el ser. Y en el triunfal regreso, al sentirse victorioso, se encuentra despojado de la vitalidad que lo definía; pues la verdadera victoria no está en la sumisión a las fuerzas externas, sino en la capacidad de resistir y transformarse en medio del caos. Así, la derrota más amarga no es la caída, ni la expulsión a palos de parte del pueblo, es la risa, la burla y el olvido de lo que significó su lucha y su legado.

En algún punto el lobo se perdió, olvidando que la verdadera victoria reside en resistir y transformarse en medio del caos, no en rendirse ante la ilusión de la armonía. Moraleja: La paz consume tu fortaleza, y en la victoria pierdes lo que te define.

Ejemplo: El lobo intenta integrarse a la comunidad, pero la hostilidad del pueblo lo expulsa, se convierte en un paria, en un desterrado, en un ser que dejó de sentir pertenencia y bajo ese evento su regreso a la agresión no es simplemente un acto instintivo, sino una reacción ante la exclusión. Aquí, el lobo no actúa por hambre, sino también como respuesta a la traición y al rechazo. Esto introduce un matiz de agencia en su comportamiento, si bien es cierto que sus acciones pueden estar determinadas en parte por su naturaleza, también responden a una lógica social de reacción ante el entorno.

Bajo estas situaciones no es posible considerar nada más que el lobo no posee la capacidad de elegir en términos morales, ya que sus acciones responden a mecanismos biológicos. No es creíble considerar que después de la interacción con Francisco y el pueblo, el lobo actúa por instinto, conviene evitar atribuirle una carga moral (como “bueno” o “malo”). Más allá de lo evidente, el lobo representa un arquetipo o metáfora cuya “libertad” es una herramienta conceptual para reflexionar sobre la moral, o se reconoce que, como animal, sus acciones no son susceptibles de juicios morales en el sentido humano o se acepta que tiene motivos y le sobran para ser como es.

Desde esta perspectiva, el lobo no es enteramente víctima de su instinto ni plenamente un agente moral. La narración del poema ilustra la fragilidad del cambio y la tensión entre la domesticación y la naturaleza salvaje. Esto refuerza la idea de que el bien y el mal no son categorías fijas, sino condiciones que emergen de la interacción entre la naturaleza y la circunstancia. Lejos de ser una contradicción, la ambigüedad en la libertad del lobo permite una lectura más profunda del poema. A través de la bestia, Darío plantea una reflexión sobre los límites de la transformación y la fragilidad de la moral.

Si el lobo representa los impulsos primarios del ser humano, su historia ilustra cómo la civilización impone normas que pueden modificar temporalmente el comportamiento, pero no siempre erradicar la naturaleza original. Su recaída en la violencia tras la exclusión del pueblo sugiere que la moralidad no es solamente una cuestión de voluntad individual, sino también el producto de un entorno que puede favorecer o frustrar la transformación. En este sentido, el poema deja abierta la pregunta sobre si la libertad es una verdadera capacidad de elección o si, en última instancia, las circunstancias terminan definiendo el destino de cada ser.

3. El llamado. ¿Por qué el lobo?

Todo acto de escritura es una revelación del yo y, al mismo tiempo, un acto confesional. Nadie escribe sobre lo ajeno; siempre se habla de aquello que nos mueve, de los motivos que resuenan en el ideario y se manifiestan en la palabra. Hay algo de cada escritor, e incluso de cada lector, en lo que le es cercano, quizá una conexión inconsciente con el texto o los personajes, algo que va más allá de lo observable.

Bajo ese matiz, tanto el escritor como el intérprete se desnudan. Uno y otro encuentran puntos de convergencia con el lobo, cada cual revelando, a su manera, su propia visión del mundo, pero siempre a través de los ojos intrigantes de la bestia licántropa.

El aullido del lobo es a la vez un grito de auxilio y un anuncio de alarma, hay un lobo en la zona, y se debe actuar con cautela. Aquí entra en escena la disonancia cognitiva del escritor. ¿Hasta qué punto Darío se identifica con el lobo? La clave está, de entrada, en el título del poema. Su conexión con la figura del lobo no es meramente anecdótica, más bien, responde a una serie de elementos simbólicos y filosóficos que resuenan en su visión del mundo. Es esencial evitar interpretaciones reduccionistas que conviertan al lobo en un mero reflejo de la irresponsabilidad o la victimización. Su significado es más profundo y requiere ser comprendido en toda su complejidad.

Considerando al lobo como un símbolo, este se aprecia como un símbolo de la marginación el lobo es rechazado por el pueblo y simplemente se le permite integrarse bajo condiciones impuestas. Lo que añade un paralelismo con la experiencia humana, siendo el lobo una representación de aquellos que, por diversas razones (históricas, sociales, económicas, intelectuales, étnicas, religiosas, culturales, emocionales), son expulsados de la comunidad y se ven obligados a sobrevivir en los márgenes del sistema. Esta dinámica refleja experiencias de exclusión en distintos ámbitos, lo que puede justificar su resonancia con el autor.

El lobo, al igual que el autor en su interpretación del poema, es un ser desplazado, marginado y etiquetado por su pasado y sus acciones. Desde el inicio del poema, se le asigna una naturaleza violenta que lo convierte en un

enemigo del pueblo. Esta percepción de "alteridad" lo sitúa en una posición donde es visto como un problema a resolver más que como un individuo con agencia.

La identificación del autor con el lobo puede interpretarse como una exploración de la experiencia de sentirse excluido, incomprendido o juzgado por sus acciones, más allá de un discurso de victimización.

Otro aspecto del lobo, es emocional, el lobo puede simbolizar también la lucha interna, un conflicto entre instinto y la domesticación puede interpretarse como una metáfora de la tensión entre los impulsos naturales y las exigencias culturales o morales impuestas por la sociedad. Una pelea por tener una identidad propia y un sentido de pertenecer. Civilizarse o mantenerse ajeno en un estado combativo de resistencia. ¿Es posible domar la naturaleza del lobo, o su instinto siempre prevalecerá? Esta pregunta es central en la interpretación del poema y también, es clave en la identificación del autor con el lobo.

Asumiendo una visión filosófica, se puede considerar la línea de Freud (El malestar en la cultura), el lobo encarna el conflicto entre los impulsos primarios (el ello) y la necesidad de adaptación social (el superyó). Si el autor se reconoce en el lobo, puede ser porque percibe en sí mismo esa lucha interna entre el instinto y las exigencias del entorno.

Esto conlleva a suponer al lobo como agente de ruptura, es como si una parte se mantuviera latente, esperando el momento de devolverse a su habitat, como si la necesidad no lo abandonara y de forma inconsciente anhelara su regreso a la violencia, lo cual puede leerse como un fracaso de la transformación, también como una crítica a la hipocresía social. Esta idea permite que la identificación del autor con el lobo no sea vista como una justificación de sus actos, mejor dicho como un cuestionamiento a las estructuras que promueven la exclusión y la imposibilidad del cambio real.

Es por eso que uno de los puntos culminantes del poema, es su épico final, el retorno del lobo a su estado salvaje tras la traición del pueblo. Siendo ese momento el evento canónico, mismo que puede interpretarse de múltiples formas, pero en el contexto de la identificación del autor con el lobo, sugiere un

cuestionamiento sobre la posibilidad real de transformación cuando las condiciones externas no favorecen el cambio.

¿Qué sucede cuando alguien intenta adaptarse a una nueva realidad, pero es rechazado? El entorno juega un papel determinante en la manera en que los individuos responden a sus circunstancias.

Siendo conscientes de las derivaciones de la interpretación y sus legítimas abstracciones, es por demás conveniente evitar la descalificación y, proceder con un criterio que vaya más allá de la irresponsabilidad y el prejuicio. La tesis refleja un proceso de identificación con el lobo, lo que hace énfasis en no encasillar esta identificación en una posibilidad que la reduzca a una justificación de los actos o a una negación de la responsabilidad.

Para ello es importante reconocer al lobo como espejo de la condición humana, en lugar de presentar al lobo (y, por extensión, al autor) como un ser atrapado en una narrativa de culpa y victimización, el poema busca llevar al lector a una reflexión profunda sobre las dinámicas de la libertad, la moral y la transformación.

Esto amplía el escenario para entender una doble perspectiva, donde se vea que el lobo no únicamente es víctima de su contexto, sino también responsable de las elecciones dentro de las posibilidades que tiene. Nada lo exime de su responsabilidad en cualquiera de los casos. En algunos momentos, el lobo no es moralmente responsable porque actúa por instinto o necesidad. En otros, su conducta responde a elecciones dentro de un marco de posibilidades (como cuando decide aceptar la oferta de Francisco).

Así pues el lobo representa la lucha entre el instinto y la civilización, el deseo de pertenencia y la imposibilidad de encajar plenamente en una estructura social rígida. Además, el lobo es también un reflejo de la exclusión social y funciona como una metáfora de aquellos que son marginados por no ajustarse a los valores dominantes. De esa manera, el lobo actúa como una crítica a la hipocresía moral, tanto en la dualidad del pueblo y de Francisco que su accionar sugiere que la "bondad" no siempre es auténtica, y que la sociedad puede ser tan salvaje como la bestia a la que condena.

Para cerrar este apartado, se debe vislumbrar un hecho interpretativo es un lobo y son muchas lecturas, es por eso que reitero que la identificación del autor con el lobo no debe entenderse como una simple justificación de su conducta ni como una asunción de irresponsabilidad, más bien, como una exhibición de la complejidad de la condición humana. A través de esta figura, esta tesis abre un espacio de reflexión sobre la lucha entre el instinto y la cultura, la dificultad de la redención y la influencia del entorno en nuestras decisiones. Por lo que se debe evitar la reducción del lobo a una sola dimensión (víctima o agresor).

4. Integración de las reflexiones políticas

La introducción de reflexiones sobre el gobierno de AMLO, el EZLN y otros temas políticos en la parte final de la tesis genera una percepción de ruptura temática. Sin embargo, para entender la razón de su integración se deben comprender las conexiones claras entre la narrativa de Darío y la realidad sociopolítica actual. Los motivos del lobo puede leerse como una obra con implicaciones filosóficas y morales y también como un poema que dialoga con estructuras de poder, exclusión y transformación social.

Siendo la literatura un reflejo de lo político, ampliando la perspectiva hermenéutica, toda obra literaria es un producto de su contexto y, al mismo tiempo, una herramienta para interpretar la realidad. Ricoeur sostiene que los textos ofrecen configuraciones simbólicas de la experiencia humana que pueden aplicarse a distintos momentos históricos.

Esto permite que se puedan observar ciertos paralelismos entre el poema y el contexto político actual, ya que los motivos del lobo aborda dinámicas de poder, traición y exclusión, mismos que encuentran ecos en fenómenos contemporáneos como el populismo, la resistencia indígena y la lucha de clases.

Por considerar una analogía el lobo y la marginación social (EZLN, pueblos indígenas) El lobo es presentado como una criatura peligrosa que debe ser controlada por el poder establecido. Su violencia, aunque instintiva, responde a la hostilidad del entorno. Esto puede ser interpretado como una alegoría de los grupos históricamente marginados que recurren a la insurgencia cuando las condiciones sociales les impiden la integración pacífica.

Al igual que el lobo, los movimientos indígenas han sido demonizados y reprimidos cuando desafían el orden social dominante. La reacción del pueblo ante el lobo refleja la narrativa oficial sobre el EZLN; primero se le percibe como una amenaza, luego se negocia con él, pero finalmente se le traiciona y se le margina nuevamente.

El lobo representa a grupos marginados que intentan integrarse a la sociedad bajo términos que les son impuestos y que, al ser rechazados, recurren a la

confrontación. Este concepto es clave para entender fenómenos como la lucha indígena en México y la resistencia del EZLN.

Otra analogía que se puede inferir es la de Francisco de Asís y el populismo político (AMLO, líderes mesiánicos) Francisco de Asís representa la figura del redentor que intenta reformar al lobo mediante la palabra y la misericordia. En el contexto del México contemporáneo, este papel puede verse reflejado en los liderazgos políticos que buscan conciliar sectores en conflicto, presentándose como mediadores entre los marginados y la sociedad establecida.

La figura de Francisco como redentor dialoga con la narrativa de líderes mesiánicos que buscan mediar entre los marginados y las estructuras de poder, como ha ocurrido en discursos políticos recientes, incluyendo el gobierno de AMLO.

La relación de Francisco con el lobo es similar a la manera en que AMLO ha intentado incluir a sectores históricamente excluidos (pueblos indígenas, obreros, clases bajas) dentro del discurso de la “Cuarta Transformación”. Sin embargo, al igual que en el poema, este proceso no siempre es estable y puede generar nuevas tensiones.

Considerando el tercer actor en esta triada, hay una serie de similitudes de lo que sucede con el pueblo como símbolo de la volatilidad de las masas, abriendo la Ventana de Overton en la que el pueblo es inconstante, un barril de pólvora donde alguien fuma encima, esparciendo sus cenizas al aire. Primero teme al lobo, luego lo acepta bajo ciertas condiciones y, finalmente, lo rechaza y lo traiciona.

La manera en que el pueblo cambia de opinión respecto al lobo es un reflejo de la inestabilidad de la opinión pública y de la psicología de masas, donde el apoyo a ciertos líderes o movimientos puede volverse en su contra cuando las expectativas no se cumplen.

Esta ambigüedad encuentra un punto de comparación desde la perspectiva de la psicología de masas (Canetti) y los movimientos políticos que dependen del apoyo popular. Así como el pueblo del poema cambia su actitud hacia el lobo

dependiendo de las circunstancias, las masas pueden volverse contra sus líderes cuando perciben que estos no cumplen con sus expectativas.

Al estructurar la inclusión de reflexiones políticas de manera orgánica, el análisis demuestra que *Los motivos del lobo* no es solamente un poema sobre la moralidad individual, es también sobre la dinámica del poder, la manipulación y la exclusión social.

Si bien la figura del lobo puede ser leída como un símbolo del instinto y la transgresión, también se puede interpretar como una representación de los sectores marginados que, al ser rechazados por la sociedad, recurren a la confrontación. Del mismo modo, Francisco de Asís puede verse como un modelo de liderazgo redentor, cuya capacidad de transformación es limitada por la fragilidad del consenso social.

En este sentido, el poema de Darío no es solamente una fábula sobre la moral individual, sino una reflexión sobre la inestabilidad de los acuerdos políticos y la dificultad de construir una convivencia que realmente supere la exclusión y el conflicto.

Al final, el lobo somos todos. Al final, yo soy el lobo.

Lo que he querido expresar en esta interpretación es la excepción, la ruptura con un sistema que exige sumisión en lugar de pensamiento crítico. Una crítica a las circunstancias vividas en este posgrado, donde la Inquisición moderna no necesita hogueras, sólo la repetición mecánica de las voces anteriores. Se trata de un espacio donde no hay lugar para la disidencia, donde el pensamiento debe ceñirse a una agenda establecida, donde solamente se aceptan textos que no incomoden, que no desafíen, que no cuestionen.

Pero el lobo no puede ser dócil. El lobo no se conforma. El lobo es la voz que interrumpe el eco del consenso impuesto. Sin embargo, ser el lobo tiene un precio. Me ha costado un pre-infarto. Me ha costado ver cómo tesis enteras fueron ignoradas, cómo el favoritismo desplazó el mérito, cómo el diálogo se cerró bajo el peso de ideas fijas e inamovibles. Me ha costado entender que, por más que uno se esfuerce en integrarse, hay momentos en que la única respuesta posible es el aislamiento, la resistencia, la ruptura.

Porque alguien tiene que alzar la voz. Alguien tiene que decir que las cosas no son justas. Alguien tiene que recordar que la única forma de pensar no es la que dicta la mayoría. Alguien tiene que romper la inercia de una academia que, bajo su aparente rigor, esconde miedo al cuestionamiento.

El lobo no es una elección. Es una consecuencia. Pero en esa soledad, en esa distancia, hay también una verdad innegociable, la de no traicionarse a uno mismo.

Y como siempre, la historia se repite. La sociedad teme al lobo no por su ferocidad, sino porque su sola existencia desafía la seguridad de quienes han aprendido a llamar. El lobo no es el problema; el problema es la estructura que castiga la diferencia, que reprime las voces incómodas, que exige obediencia bajo la máscara del consenso.

Ocurre en la academia, ocurre en la política, ocurre en cada espacio donde el pensamiento crítico es un peligro para los que gobiernan desde la comodidad de lo establecido. Se construyen sistemas enteros para silenciar, para reducir la diversidad de ideas a una sola línea aceptable, para eliminar cualquier

desviación que cuestione el orden impuesto. Porque la uniformidad es control. Porque la disidencia es peligrosa.

Pero sin el lobo, todo se pudre en la repetición. Sin la voz que interrumpe, la sociedad se asfixia en su propio eco. Y ese es el costo real de la censura, que no sólo condena al lobo al exilio, sino que priva al mundo de la posibilidad de cambio.

Por eso el lobo regresa. Porque alguien tiene que alzar la voz. Porque alguien tiene que decir lo que nadie quiere escuchar. Porque alguien tiene que recordar que la única forma de avanzar es desafiar lo que parece inamovible.

El lobo no desaparece. El lobo siempre vuelve.

Introducción.

El 23 de enero de 1913, se publicó por primera vez en la revista Mundial Magazine el poema Los motivos del lobo del nicaragüense Félix Rubén García Sarmiento, vate conocido mundialmente como Rubén Darío. Más de un siglo después, esta obra sigue vigente, invitando a nuevas generaciones a reflexionar sobre sus múltiples significados y simbolismos.

Los motivos del lobo es un poema paradigmático que combina una narrativa sencilla con una riqueza simbólica profunda, permitiendo una reinterpretación constante. A través de la interacción entre San Francisco de Asís y el lobo, Darío expone tensiones universales entre lo salvaje y lo civilizado, el instinto y la moralidad, planteando interrogantes éticas que resuenan en contextos contemporáneos marcados por la polarización y la violencia.

El lobo representa una figura simbólica que interpela al lector, suscitando reflexiones sobre la condición humana y la lucha interna entre instinto y razón. “Los motivos del lobo” es un poema en el que se puede encontrar consistencia y resignificado en cada lectura, busca identificar al lector con el lobo, como consecuencia, no como fin; tan exquisito que tiende a llamar profundo, a decir e incluso a desdecirse. La elección de “Los motivos del lobo” como objeto de estudio responde a la riqueza simbólica que este poema encierra, así como a su relevancia en la existencia de este escritor. Rubén Darío, fusiona en su obra la búsqueda estética con profundas reflexiones existenciales, las cuales encuentran en este poema una expresión paradigmática. El encuentro entre el santo y el lobo se convierte en un espacio de tensión simbólica que, a través de una narrativa sencilla pero cargada de significado, lleva al lector a reflexionar sobre la capacidad del ser humano para trascender sus impulsos más oscuros, y las limitaciones inherentes a dicho esfuerzo.

La relación dual entre la bestia y el hombre, reflejada en la figura del lobo y San Francisco de Asís, cuenta a dos personajes que representan fuerzas aparentemente opuestas: la naturaleza salvaje y la compasión humana. Este poema no sólo permite una lectura literal de la domesticación de lo salvaje, sino que abre un espacio para interpretar la interacción entre lo instintivo y lo civilizado dentro del ser humano.

La viabilidad del análisis es evidente en el acceso a múltiples recursos interpretativos sobre el texto. Además, el poema sigue siendo relevante en el contexto contemporáneo. Plantea tensiones entre el instinto y la razón, y entre la moralidad y la violencia, cuestiones que permanecen centrales en la condición humana. "Los motivos del lobo" de Rubén Darío se erige como una obra maestra que, a través de su aparente simplicidad narrativa, revela una complejidad intrínseca que invita a una profunda reflexión sobre la condición humana, la naturaleza de la violencia y la posibilidad de redención. En esta fábula moderna, Darío entrelaza elementos de la tradición literaria con una rica simbología que no sólo representa la relación entre el ser humano y el animal, sino que también ofrece un espejo en el que se reflejan las tensiones éticas y morales de la sociedad actual.

A primera vista, la historia del lobo que se convierte en compañero del santo Francisco de Asís podría parecer un relato de reconciliación entre la naturaleza salvaje y la civilización. Sin embargo, una lectura más atenta desvela la dualidad del carácter humano y su capacidad para oscilar entre la benevolencia y la ferocidad. El lobo, como figura simbólica, no es simplemente un adversario a temer, sino una manifestación de las luchas internas que enfrentamos en nuestra búsqueda de sentido y conexión en un mundo marcado por la violencia y el miedo.

A través de un estilo lírico que combina musicalidad y una rica imaginería, Darío fomenta un ambiente que transporta a un universo donde la empatía y la comprensión son posibles, pero donde la desconfianza y el odio también acechan. El poema, al invocar la figura de Francisco de Asís, establece un diálogo con la tradición cristiana, desafiando al lector a considerar la naturaleza del amor y la compasión en un contexto de constante conflicto.

Esta obra, por tanto, se convierte en un vehículo para explorar no sólo la relación entre el individuo y la sociedad, sino también las implicaciones éticas y morales que surgen de nuestra interacción con el otro, ya sea humano o animal. En un tiempo donde la polarización y la violencia parecen prevalecer, "Los motivos del lobo" emerge como un llamado a la reflexión y a la búsqueda de una comprensión más profunda de lo que significa ser parte de un mundo

interconectado, donde cada ser, sin importar su naturaleza, busca su lugar y su voz.

El poema se inscribe en el vasto corpus de la literatura modernista, donde la estética se erige no sólo como un fin en sí mismo, sino como un medio para abordar las más intrincadas problemáticas de la existencia humana. Esta obra, que a primera vista podría ser considerada una simple fábula, despliega, en realidad, un entramado conceptual que convoca a la reflexión profunda sobre la dialéctica entre el individuo y la sociedad, el bien y el mal, la naturaleza y la cultura.

La figura del lobo, lejos de ser un mero símbolo de la ferocidad animal, actúa como un espejo de la naturaleza humana, revelando las tensiones inherentes en la convivencia social. Pero no se somete a una visión que limita porque incluso deja ver en el pueblo que juega un papel extraordinario en el orden de las cosas, mostrar las incongruencias e hipocresías del ser humano, develando una naturaleza que se conmociona por actos de banalidad pero que en su fondo guardan oscuridad que no permiten la exploración del ajeno, en aras de protección de las convenciones sociales y de no tener que actuar en consecuencia a un cambio verdadero.

Darío, a través de su exquisita prosa, se permite explorar la ambivalencia del ser humano, quien, a la vez que busca la paz y la armonía, también es capaz de incurrir en la violencia y la desconfianza. Este dualismo se convierte en el hilo conductor que permite al lector desentrañar no únicamente los motivos de la bestia, sino también los de aquellos que la temen y la maldicen.

La estructura del poema, cuidadosamente diseñada, es un reflejo de su contenido. Cada estrofa actúa como un microcosmos de la complejidad de las relaciones interpersonales. La musicalidad del lenguaje, reforzada por el ritmo regular de los versos, y la cadencia de las rimas consonantes, llevan al lector a una experiencia estética que va más allá de la simple lectura, propiciando una inmersión en un mundo donde las palabras adquieren vida propia y los conceptos se entrelazan en una homogeneidad única. El uso de un léxico rico y evocador, junto a metáforas y personificaciones, brinda una dimensión adicional al texto, lo

que permite múltiples interpretaciones y un análisis más profundo de la condición humana.

Darío no tuvo miedo a dialogar con el lector, pero dejó en la telaraña de letras la trampa donde el ojo inexperto puede perderse en considerar resuelto en un personaje la trama. Con cierta alevosía, fijó la atención desde el nombre del poema, de esa manera es menos pernicioso admitir que el texto es un llamado a la bestia, la única que no se muestra en un personaje pero que está presente en el reflejo del accionar irracional con que conducentemente procede. Además, el diálogo intertextual que se establece entre "Los motivos del lobo" y la tradición literaria, desde las fábulas clásicas hasta los textos bíblicos que aluden a Francisco de Asís, añade una capa de complejidad que invita a la interpelación crítica. La figura del santo, simbolizando la misericordia, la humanidad y la armonía con la naturaleza, contrasta con la brutalidad que encarna el lobo, sugiriendo que la redención no es un acto de indulgencia, sino también un proceso que exige confrontar nuestras propias sombras. Se puede apreciar en el lobo un llamado a la aceptación y al fortalecimiento de la identidad. Además, es posible visualizar en el pueblo un tufo de fanatismo, de mediocridad, servilismo y una moralidad dudosa carente de fundamento real, una simulación que critica aquello que es. Este entrelazamiento de narrativas y significados configura un campo fértil para la reflexión sobre el papel del ser humano en un universo que, a menudo, parece regido por el caos y la violencia.

"Los motivos del lobo" se erige como un texto polifacético que exige al lector a una búsqueda de sentido, un recorrido a través de las complejidades del ser y del devenir. En un contexto mexicano marcado por la polarización y la deshumanización, la obra de Darío no sólo ofrece un espejo en el que se reflejan las luchas internas, sino que también plantea interrogantes sobre la posibilidad de un entendimiento profundo entre las diversas formas de vida que coexisten en el país. A través de esta poesía, Darío desafía a confrontar la propia contradicción, a acariciar la miseria humana y ofrece, al mismo tiempo, una vislumbre de esperanza y redención en la búsqueda de una convivencia armónica.

El poema Los motivos del lobo, representa una alegoría que aborda cuestiones profundas sobre la naturaleza humana, el mal, la redención y la inextricable

dualidad entre lo culto y lo retrograda. Entre el criticar y el actuar, entre el ser y el proceder. Hay mucho más que una mera interacción entre Francisco de Asís y el lobo, Darío construye un relato que interpela no sólo al lector sobre la condición humana, sino también sobre los límites de la transformación espiritual y moral. Dejando la reflexión abierta sobre una duda que atañe al texto: ¿Quién realmente es el villano de la historia?

La presente tesis se propone realizar un análisis hermenéutico exhaustivo del poema, abordando su simbolismo desde una perspectiva literaria, abierta a encontrar en sus letras y entre líneas, una expresión que busqué abordar aspectos que no se han tocado, por resultar complejos o por miedo a la crítica producto de lo políticamente incorrecto. He considerado que las lecturas y análisis del tema se limitan, evaden exponer las carencias humanas porque ellas no representan dividendos ni suelen rentables. La hermenéutica, como método de interpretación, permite ir más allá de la simple lectura literal del texto, enfocando la atención a las capas subyacentes de significado y las implicaciones éticas, religiosas y antropológicas que surgen de la obra.

La elección de este poema como objeto de estudio responde no sólo a su valor literario, sino también a su capacidad para abordar cuestiones fundamentales sobre la naturaleza humana, la violencia y la posibilidad de redención. Desde una perspectiva hermenéutica, apoyada en las propuestas de Hans-Georg Gadamer y Paul Ricoeur, este análisis busca desentrañar las capas de significado subyacentes, explorando cómo Darío utiliza el simbolismo para criticar la hipocresía social y las limitaciones inherentes al proceso de transformación espiritual. Esta tesis analizará cómo Darío construye un relato que interpela tanto al lector contemporáneo como al contexto histórico del poema.

En un tiempo donde la deshumanización y el conflicto prevalecen, *Los motivos del lobo* emerge como un texto que desafía al lector a confrontar sus propias contradicciones, a reflexionar sobre la posibilidad de un entendimiento profundo entre los seres humanos y a reconsiderar su papel en un mundo interconectado. Esta obra, inscrita en el movimiento modernista, no sólo destaca por su estética, sino también por su capacidad para entrelazar dilemas éticos y morales con una narrativa que trasciende el tiempo y el espacio.

Planteamiento del problema.

El poema "Los motivos del lobo" de Rubén Darío presenta una serie de dilemas éticos y morales que cuestionan la naturaleza humana, la violencia y la posibilidad de redención. Dejando en entre dicho la monserga de considerar que todo lo malo puede redimirse. Acaso existe la oportunidad de dejar el pasado atrás y cambiar o es un mero espejismo que genera una esperanza que alienta a creer en dogmas que invitan a depositar una fe ciega en ello.

El poema revela una perspectiva crítica sobre el proceso de cambio, mostrando cómo las conductas humanas a menudo repiten patrones de fracaso que perpetúan dinámicas de violencia y exclusión. Esa idea retrógrada de aferrarse a un lugar común por costumbre, como quien es esclavo por conveniencia de lo acaecido.

Forma y fondo, muestran una exquisitez de problemáticas que pueden dar lugar a una variante de interpretaciones, cuando tratándose de lo humano, cualquier hermenéutica es limitada.

Desde el titular elocuente, Darío lanza un dardo que señala la diana, como si en el pecador clamara la penitencia, como si tratase de decir algo más dejando el cuestionamiento de ¿Por qué el villano tiene razones? ¿Cuáles son los motivos?

Es quizá, el eje distractor lo que no suele ser acusante del victimario. En un contexto donde el lobo simboliza la ferocidad y el sufrimiento infligido, y Francisco representa la paz y la humanidad, se puede a bien, elevar otra pregunta de cómo interactúan estas fuerzas opuestas en la vida cotidiana, qué juegos se fermentan en la embriaguez de la santidad. La tensión entre lo instintivo y lo espiritual, representada en el lobo y San Francisco, plantea la posibilidad de que la lucha interna por la transformación sea una constante de la condición humana, más que una meta alcanzable. Por lo tanto, el problema central radica en cómo interpretar y aplicar las lecciones del poema en un México plagado de violencia, fanatismo y alienación.

Objetivos.

Objetivo general.

Llevar a cabo un análisis hermenéutico del poema Los motivos del lobo de Rubén Darío, explorando cómo sus simbolismos y narrativas reflejan y cuestionan la naturaleza humana, las tensiones éticas y las posibilidades de transformación moral.

Objetivos específicos.

Analizar los símbolos clave del poema, incluyendo la figura trinitaria del lobo, el pueblo y San Francisco, y su relación con problemáticas éticas y sociales contemporáneas.

Analizar la interacción entre lo salvaje y lo civilizado en el texto, vinculándolo con nociones de la naturaleza humana y la psicología colectiva.

Desarrollar un estudio comparativo que incluya referencias intertextuales literarias que enriquezcan la comprensión del poema.

Evaluar las lecciones éticas que Darío transmite sobre la naturaleza humana y la posibilidad de transformación.

Preguntas de investigación.

¿De qué manera el poema Los motivos del lobo representa las tensiones entre lo instintivo y lo espiritual a través de sus personajes principales?

¿De qué manera el poema critica la idolatría y el fanatismo?

¿Cómo redefine el poema la figura del villano a través de las acciones y simbolismos del lobo, San Francisco y el pueblo?

¿Cuáles son los motivos del lobo?

¿Qué enseñanzas se pueden extraer sobre la naturaleza humana y la posibilidad de redención a partir de la relación entre San Francisco y el lobo?

Justificación.

El análisis de "*Los motivos del lobo*" de Rubén Darío es importante no sólo desde una perspectiva literaria, sino también ética y filosófica. La obra ofrece una rica reflexión sobre la naturaleza humana, la redención, el proceso de cambio y el conflicto entre lo salvaje y lo civilizado, lo cual sigue siendo una cuestión central en el pensamiento coetáneo. Este poema, al estar inscrito en el Modernismo, encapsula el interés de este movimiento por las tensiones entre la vida espiritual y los instintos primitivos del ser humano. El poema proporciona un marco para abordar problemas éticos actuales, desde una visión que permite visualizar un panorama amplio dentro de la complejidad social.

Pertinencia: El poema aborda dilemas profundos sobre el mal y la posibilidad de evolución. La relación entre Francisco y el lobo simboliza la lucha interna que cada individuo enfrenta entre sus instintos básicos y su deseo de transformación moral. Este conflicto entre naturaleza y espiritualidad no es exclusivo de una época específica, sino que sigue siendo central en las discusiones sobre el comportamiento humano, la ética y la moralidad. En el contexto mexicano, caracterizado por la violencia estructural y las tensiones sociales, la reflexión sobre las posibilidades de redención y transformación adquiere una relevancia crítica.

Aporte a la crítica literaria: Sin lugar a dudas el nicaragüense Rubén Darío es uno de los autores más influyentes de la literatura hispanoamericana, y su obra sigue siendo objeto de estudio en todo el mundo. Sin embargo, gran parte de los análisis se ha centrado en aspectos estilísticos del modernismo, dejando de lado las profundas implicaciones éticas de sus textos. Esta tesis busca llenar ese vacío, proponiendo un análisis centrado en las cuestiones morales y espirituales presentes en "*Los motivos del lobo*". A través de la hermenéutica a las ideas, se profundizara en la comprensión del pensamiento de Darío y su capacidad para tejer una crítica a la sociedad, la alienación y la violencia a través de la poesía.

Utilidad pragmática: El poema aborda temas como la alienación y el fanatismo, cuestiones que permanecen vigentes en el análisis de las dinámicas sociales actuales. La figura del pastor, el lobo y el pueblo pueden ser interpretadas como símbolos de la manipulación y la falta de cuestionamiento en comunidades

fanáticas o manejadas por líderes autoritarios. Esta crítica, presente de manera subyacente en el poema, abre una discusión sobre cómo las sociedades actuales siguen enfrentando estos problemas, donde la idolatría o la falta de pensamiento crítico pueden llevar a la violencia o la deshumanización.

Utilitarismo ético: El debate sobre si la transformación total de la naturaleza humana es posible o si siempre quedarán rastros de nuestra naturaleza destructiva tiene implicaciones en varias áreas del conocimiento, como la ética, la psicología y la filosofía. La tesis en cuestión busca contribuir a esas discusiones, utilizando la literatura como medio para explorar grandes preguntas filosóficas sobre la condición humana. En este sentido, "Los motivos del lobo" se convierte en un vehículo para reflexionar sobre el bien, el mal y la lucha por la paz y la reconciliación tanto a nivel individual como colectivo. Al final, la búsqueda hermenéutica tiene en su pesquisa interpelar al lector y enriquecer su árbol semántico de interpretaciones para una altura de miras.

Hipótesis.

El poema Los motivos del lobo de Rubén Darío sugiere que la naturaleza humana es inherentemente conflictiva y que la transformación total es ilusoria. Sin embargo, plantea que la búsqueda de paz y redención mediante el diálogo y la empatía puede mitigar las tensiones internas, aunque siempre persistan vestigios del pasado.

El poema revela que la lucha entre instinto y moralidad es inherente al ser humano, y que la redención, aunque posible, no erradica por completo los impulsos primarios.

Estado de la cuestión.

Este poema por la majestuosidad y producto del tiempo, ha sido objeto de estudio por parte de múltiples críticos y académicos, quienes han abordado el conflicto entre lo salvaje y lo moral, así como las resonancias dogmáticas de fe católica inherentes en presencia del texto. A pesar de esto, la riqueza simbólica de “Los Motivos del Lobo” permite una lectura hermenéutica que trasciende los análisis literales y religiosos.

Desde la perspectiva hacia el poema, descartare los intentos redundantes de análisis a los que ha sido sometido el mismo, bajo este criterio, la disensión permite una buena interpretación y es el vínculo con el lector, desapegado de las líneas preestablecidas, la búsqueda es menos pesada, resumiendo la mirada en cómo dicha hermenéutica interpela al lector, qué dice más allá de la obviedad literal de lo escrito, no se trata de hacer una replicación de las voces antecesoras sino en efecto un diálogo consciente con el presente y cómo esa intención que permite entender lo que dicta hacia uno.

Buscando reflexionar ante las ideas y cómo acontecen en mi psique y su relación con el sentido de valoraciones independientes de este individuo que establece la firmeza de desentrañar a partir de otro la voz que resuena en el interior. Esta revisión parte de la premisa de que el lobo simboliza las tensiones humanas más profundas, abriendo un espectro interpretativo que trasciende las lecturas tradicionales del poema.

Contando con la libertad de expresión y la fortaleza de los aprendizajes en este posgrado puedo ingresar al mundo de la hermenéutica con la confianza de que mi pensamiento encontrará en el embalaje de las letras de Darío, un eco que convoque al llamado y a la externalización del pensamiento.

Siguiendo la guía de la hermenéutica como el marco metodológico principal de esta tesis, basada en los aportes de Hans-Georg Gadamer y Paul Ricoeur, quienes proponen en brevedad y siendo demasiado reduccionista, que todo texto debe ser interpretado no sólo en su literalidad, sino también en relación con el contexto histórico, cultural y la interacción del lector con el mismo. Gadamer, en su obra *Verdad y Método* (1960), sostiene que la comprensión no es un acto

pasivo, sino un diálogo entre el texto y el lector, mediado por la tradición y los prejuicios hermenéuticos. Es un acto confesional de valoraciones, que emiten juicios que se pueden determinar como la interpretación, que no revela un significado fijo, ni es limitativa sino que genera un proceso de comprensión dinámico y cambiante. Esto implica que lo que hoy escribo mañana puede ser transformado por la evolución del proceso cognitivo en que conviva y por las experiencias que transiten en la existencia. Dando lugar a una voz única interpretativa que como río que fluye jamás podrá ser el mismo, aunque el texto se mantenga permanentemente inequívoco.

Ricoeur, por su parte, destaca el poder del símbolo y la metáfora como vehículos para abrir múltiples capas de significación en un texto. En el caso de *Los motivos del lobo*, este enfoque permite desentrañar las metáforas que Darío emplea y para dar lugar a una cantidad de múltiples significados del mismo.

Es por dichas razones, que considero que el análisis de "Los motivos del lobo" de Rubén Darío es de suma importancia tanto para la crítica literaria como para la reflexión ética y filosófica. Como lo mencione con anterioridad, el poema ha sido interpretado en diversas direcciones, desde estudios sobre su simbolismo, su crítica social, hasta sus implicaciones filosóficas y psicológicas. Sin embargo, la obra sigue siendo un terreno fértil para nuevas exploraciones, particularmente en su relación con las tensiones sociales y entre la trinidad que permea como un toque celestial y de metáfora alegórica de lo divino.

Uno de los enfoques más recurrentes en los estudios sobre este poema se encuentra en la interacción entre lo divino y lo animal. En "*Religiosidad y poesía en Rubén Darío*" Diego García Sánchez (2016) aborda cómo Darío utiliza la figura de San Francisco como símbolo de redención, destacando las tensiones entre lo espiritual y lo instintivo, el autor explora cómo Darío emplea la figura de San Francisco de Asís para representar la influencia redentora de la fe sobre la naturaleza salvaje del lobo. Sin embargo, Sánchez enfatiza que, a pesar del esfuerzo del santo, el poema sugiere que la naturaleza primaria del lobo —y, por extensión, del ser humano— no puede ser completamente domada ni redimida. Esta idea plantea una visión pesimista de la lucha interna entre lo espiritual y lo instintivo, central en la obra de Darío.

Otras posturas recientes, se puede localizar en la tesis de maestría de Luz Daniela Saravia Felipes que destaca la importancia de entender la relación entre el lobo y el santo en el contexto de la naturaleza humana Saravia Felipes (2020) "*La representación del lobo en la poesía modernista: Análisis de Rubén Darío*", interpreta el poema como una reflexión sobre la imposibilidad de una transformación total, destacando la complejidad de la relación entre el lobo y San Francisco. considera que Darío logra en este poema una tensión única entre la bestia y el santo, estableciendo una dinámica compleja que habla tanto de la capacidad de redención como de la imposibilidad de una transformación total. Esta perspectiva abre camino a la interpretación del poema no exclusivamente como un relato de moralización, sino como una crítica profunda a la naturaleza dual del ser humano. Saravia argumenta que Darío utiliza el lobo para reflejar las tensiones entre el hombre y la naturaleza, así como la lucha por la dominación moral.

Continuando con la revisión a los estudios previos y cómo han trabajado al poema, *Eppur si muove*, argumenta que la vuelta del lobo a su estado salvaje puede interpretarse como una reflexión sobre la fragilidad de los cambios éticos y espirituales. En esta lectura, el poema es una crítica al optimismo simplista de que la naturaleza humana puede ser completamente domada. Plantea que el poema refleja una tensión constante entre el intento de redención y el fracaso inevitable de esta. Según este análisis, el lobo vuelve a su naturaleza salvaje no sólo porque es imposible cambiarla, sino porque los esfuerzos humanos, incluso los espirituales, tienen límites. Este enfoque destaca la inevitabilidad del retorno a la brutalidad, lo que introduce un matiz trágico a la intervención del santo ("Eppur si muove", s.f.).

En otro estudio, titulado "*El simbolismo de Rubén Darío: naturaleza y civilización*", se analiza cómo Darío emplea el poema para discutir la capacidad de la humanidad para trascender sus instintos primarios. La obra ha sido vista como una metáfora de la lucha entre lo racional y lo irracional, lo civilizado y lo primitivo. Según esta perspectiva, el poema no es únicamente una reflexión sobre el poder redentor de la fe, sino también una crítica al fracaso de la civilización moderna para contener la violencia inherente al ser humano.

El simbolismo del lobo ha sido ampliamente estudiado, en relación con la tradición cristiana donde representa lo pecaminoso y lo salvaje que debe ser domesticado por la fe y la moralidad. Este simbolismo es clave para entender el poema, pues permite explorar las tensiones entre lo espiritual y lo carnal, lo que ha sido destacado en análisis como el de Club de lectura La Paz, que subraya cómo la obra de Darío se enmarca dentro de la tradición literaria cristiana, enriquecida por las innovaciones estilísticas del modernismo.

Centro Virtual Cervantes (2012). "*Simbolismo y modernismo en Los motivos del lobo*". Este análisis se enfoca en cómo Darío utiliza símbolos cristianos y mitológicos para discutir temas universales como el bien y el mal. El artículo enfatiza la influencia del modernismo en la estructura y lenguaje del poema, resaltando la importancia de la naturaleza simbólica del lobo en la cultura cristiana.

Biblioteca Nacional de España. (2019). "*Simbolismo y religión en la obra de Rubén Darío*". Este libro compila diversos análisis sobre la obra de Darío, con un capítulo dedicado a "Los motivos del lobo". Se destacan las conexiones entre el poema y los mitos cristianos, y se analiza cómo el poema refleja una visión pesimista de la redención espiritual.

Biblioteca, C. (2012). "*Análisis de Los motivos del lobo*". En esta publicación del Centro Virtual Cervantes, se explora cómo Rubén Darío usa símbolos religiosos, como la figura de San Francisco de Asís, para representar la lucha entre la civilización y los instintos salvajes. Este análisis sitúa el poema en el contexto del modernismo literario y lo conecta con otros poemas del autor donde se aborda la dualidad del ser humano entre lo racional y lo instintivo ("Biblioteca", 2012).

Letras del Mundo (n.d.) presenta un análisis literario detallado del poema, resaltando los aspectos estructurales y temáticos que lo conectan con la obra de Darío en general. El artículo sugiere que Darío se inspira en relatos cristianos tradicionales pero reinterpreta estas narrativas para cuestionar su relevancia en el mundo moderno, donde la naturaleza humana y sus impulsos más básicos no pueden ser completamente eliminados ("Letras del Mundo", n.d.).

El Ciudadano (s.f.) ofrece un análisis en el que se centra en la dicotomía entre lo salvaje y lo espiritual, señalando que el lobo simboliza los impulsos incontrolables del hombre que no pueden ser totalmente domados. La redención que el santo ofrece parece ser temporal, y esto puede interpretarse como una crítica a la idea de que la naturaleza humana puede ser completamente transformada por la espiritualidad o la moralidad. El análisis concluye que Darío expresa escepticismo ante la posibilidad de que los instintos primarios puedan ser sofocados por completo ("El Ciudadano", s.f.).

Deberes y recursos educativos (s.f.) pone énfasis en los "impulsos incontrolables" del lobo y cómo estos representan la lucha interna del ser humano por dominar sus instintos más oscuros. El análisis sugiere que, aunque el poema parece en primera instancia optimista respecto a la capacidad de redención, su final refuerza una visión más pesimista: la naturaleza humana es incambiable en sus aspectos más primitivos ("Deberes y recursos educativos", s.f.).

La justificación para un análisis renovado de "Los motivos del lobo" es inherente a dar una visión distinta y con ello generar nuevas lecturas que dialoguen con los enfoques más actuales sobre la naturaleza humana, la alienación y la ética. Este poema de Darío sigue siendo relevante para la crítica literaria, al mismo tiempo que plantea preguntas profundas sobre la transformación, la violencia y la capacidad de cambio, no sólo del individuo, sino también de la sociedad en su conjunto.

Metodología.

La metodología de esta tesis se basa en el enfoque hermenéutico, que busca interpretar el poema Los motivos del lobo de Rubén Darío desde una perspectiva profunda, analizando los significados ocultos y las implicaciones filosóficas y éticas que emergen del texto. Este enfoque permite desentrañar las capas simbólicas y los diálogos que Darío establece entre la naturaleza humana y la animalidad, entre lo instintivo y lo moral.

Contando como fundamento del análisis interpretativo de los principios de la hermenéutica literaria tal como han sido formulados por autores como Hans-Georg Gadamer y Paul Ricoeur, quienes destacan la importancia del contexto, la tradición y la interacción del lector con el texto para revelar su significado. A través de esta metodología, se abordará el poema desde tres niveles principales:

Nivel textual: El análisis textual explorará el uso del lenguaje poético en el poema, enfocándose en metáforas clave como la figura del lobo y San Francisco, así como en las figuras retóricas que refuerzan la tensión narrativa. Este nivel permitirá identificar cómo el poema construye su narrativa y cómo cada recurso literario aporta a la creación de significado.

Nivel simbólico: El nivel simbólico examinará cómo la tríada (lobo, pueblo, San Francisco) actúa como arquetipos de moralidad y conflicto, mientras que el nivel filosófico interpretará cómo Darío aborda el problema de la redención en un contexto de tensiones éticas universales.

Nivel filosófico: A partir del análisis textual y simbólico, se buscará interpretar los dilemas éticos que Darío plantea en el poema. Se examinará la tensión entre el bien y el mal, la posibilidad de transformación moral, y la reflexión sobre el cambio, la redención y la naturaleza humana desde una perspectiva filosófica.

La investigación también incorporará un análisis comparativo con otras obras literarias que traten temas similares, para contextualizar y enriquecer la interpretación. Asimismo, se tendrá en cuenta el contexto histórico y cultural para comprender mejor las motivaciones y los objetivos de Darío al escribir este poema, más allá de lo evidente.

Previo al análisis.

Resumen del poema.

El poema cuenta la historia de un lobo que, tras ser dominado por San Francisco de Asís, se convierte en símbolo de paz en la aldea. Sin embargo, al ser rechazado por la comunidad, vuelve a su naturaleza violenta, reflejando la fragilidad de la transformación en un entorno hostil.

Desde una perspectiva interpretativa, el poema se presenta como una profunda reflexión sobre cómo el entorno social y las experiencias afectan la conducta de los individuos. El lobo representa a aquellos que son marginados o rechazados, mostrando cómo la violencia puede surgir de la necesidad de supervivencia en un contexto hostil. El poema plantea una interrogante esencial sobre la naturaleza del mal: ¿es inherente al ser o surge como consecuencia de las interacciones sociales y el rechazo?

¿Cómo interpela al lector?

La interpretación del poema depende del horizonte de comprensión de cada lector. Mientras algunos pueden centrarse en el lobo como símbolo del mal, otros pueden ver en Francisco una figura de redención o en el pueblo una representación de la hipocresía social.

Partiendo de ello, hay quien puede ver el mal solamente en el lobo, hay quien pueda ver santidad en un pastor, pero en el todo se establecen las partes. El poema es un particular de un segmento de varias aristas de visión, el malo no puede ver que el pueblo es hipócrita, el lobo no puede sentir clemencia de las ovejas y el santo no pide opinión ni tiene recato de imponer voluntad alguna.

Para hacer un previo del poema, destacable es la simpleza, en ella el texto habla por sí mismo e interpela al lector a deliberar su comprensión de la paz y la violencia. Lanza el cuestionamiento sobre el papel de la sociedad en la creación de "monstruos" y cómo la falta de empatía y aceptación puede llevar a la reactivación de instintos violentos. También provoca una autoevaluación sobre cómo respondemos a los "lobos" en nuestra vida: aquellos que son diferentes o que han sido excluidos por no seguir al rebaño. Ahora bien, este análisis centra

su visión en el lobo pero desde la comprensión vívida del mismo, haciendo una crítica al pueblo y a Francisco.

La otra voz, la confesión del escritor.

A través de la voz del lobo, el pueblo y de Francisco, Darío revela su comprensión del conflicto humano y la complejidad de la naturaleza. A través del lobo, Darío muestra el sufrimiento causado por la exclusión social. Aunque percibido como villano, el lobo encarna la lucha por la pertenencia y denuncia la hipocresía del pueblo.

Queda abierta la interrogante: ¿El mal puede reivindicarse o es un estigma que se carga por la posteridad?, ¿El bien es correcto cuando no sanciona a los que obran mal o es justificable por tratarse de un líder moral? La trinidad en los personajes sugiere una empatía profunda del autor hacia aquellos que son rechazados por la sociedad y el conocimiento de la misma, señalando lo que suele ser un acto cotidiano que por ser “natural” es casi imperceptible.

A partir de ello, se puede entender que el poema busca transmitir un mensaje sobre la redención y la necesidad de compasión, sobre la violencia y la paz, sobre la hipocresía y sobre todo habla del mal que al no ser percibido actúa impunemente. Además, también plantea que la paz no puede ser impuesta, sino que debe surgir de la comprensión y la aceptación mutua. La figura de San Francisco simboliza la esperanza de reconciliación, mientras que el lobo representa las sombras de la naturaleza humana que no pueden ser ignoradas, pero en el pueblo se revela la verdad nítida del hombre y de la sociedad.

Entre líneas, el poema sugiere que la violencia es una respuesta a la exclusión y que los instintos primarios pueden resurgir cuando las circunstancias son adversas. También critica la hipocresía de una sociedad que, a pesar de pretender ser civilizada, puede ser cruel y despiadada.

¿Cómo se revela el escritor?

En el poema, Darío proyecta sus reflexiones sobre la dualidad de la naturaleza humana: la lucha entre el instinto y la moralidad, y su anhelo de reconciliación a través de la compasión. Su identificación con los marginados, así como su deseo de entender las raíces de la violencia, son evidentes en su

desarrollo narrativo. Además, su habilidad para entrelazar la filosofía con la poesía revela su compromiso con la exploración de temas complejos relacionados con la condición humana, la moralidad, la compasión y la lucha interna entre el bien y el mal. Darío se revela como un observador agudo de la naturaleza humana, capaz de empatizar tanto con el agresor como con la víctima.

A través de la historia del lobo y Francisco, Darío lleva al lector a confrontar la complejidad de la naturaleza humana y la necesidad de construir puentes de empatía en un mundo frecuentemente dividido por el miedo, la intolerancia, el prejuicio, el resentimiento y la incompreensión. La obra no se limita a ser un relato sobre la violencia, sino que también actúa como un llamado a la reflexión y a la búsqueda de un entendimiento más profundo.

En términos explícitos, aplicando lo aprendido al leer a Gadamer, reconozco que los límites de mi lenguaje es mi mundo, es decir, me veré limitado en realizar dicho análisis en mis propias limitaciones y limitantes, en mi traducción del texto o sea mi interpretación pueden quedar de lado aspectos que por ceguera cognitiva, desconocimiento, falta de corresponsabilidad e ignorancia pueda omitir, es por ello, que ninguna interpretación es fidedigna, esto es, que no se puede llegar a la definición del autor por más que se intente y trate, la aproximación es la máxima conquista. En síntesis narrativa el poema involucra a un lobo que aterroriza a la gente y que luego se encuentra con Francisco de Asís, sufre un momento de redención y conciliación, por lo que cambia y al ser atacado por el pueblo resentido, regresa a su naturaleza, esto también es un acto de encuentro del lobo con el mismo, se acepta por lo que es, por lo que los otros creen que es y por lo que nunca va a dejar de ser, el lobo se redescubre y se asume en el papel de villano, él está consiente que es el villano de esta historia y cada historia requiere de uno, por lo que en su liberación de la doble moral pueblerina y del pastor, retorna a causar pánico y miedo, en un ciclo natural de dominación en la cadena alimenticia, se reconoce como un depredador que al no ser domesticado regresa a su hostilidad para ser libre. Siendo una alegoría en la que el lobo representa las tendencias negativas y el lado oscuro, dejando abierto el discurso de considerarlo a su vez como un ser humano que puede verse perseguido por sus instintos, por su pasado y por su

forma de expresar y pensar el mundo y este suele ver al pueblo como víctimas hipócritas, falsas llenas de envidia, resentimiento, ira y maldad, dejando en el otro extremo a Francisco como un símbolo del perdón, de una espiritualidad que manipula y es permisiva por no señalar la obscenidad, la maldad y el perjuicio del pueblo que lo considera una autoridad moral.

Por ello, para no perder el alcance de las ideas en los tecnicismos del poema, se puede que entender la estructura es muy superficial, es como ver la fachada de un edificio sin profundizar en lo que lo sostiene, en sus entre líneas e interiores, a la vista de cualquier bisoño literario, es bien sabido el uso de versos endecasílabos en la métrica, de las rimas al estilo ABBA, de la musicalidad, y las repeticiones propias del modernismo y del uso de recursos estilísticos como las imágenes poéticas en la metáfora presentada por Rubén Darío, me puedo detener en ¿Cómo contribuyen estos elementos a la creación de significado?, más las palabras son aguas profundas y es el sitio donde el portento del pensamiento exhibe su maestría.

Desde una hermenéutica que usa a Gadamer se debe comprender que todos son símbolos que nos develan el y al poema; por ello, no hay que esperar una claridad ni verdades definitivas, simplemente al momento de analizar el texto se trata de resolver los versos de la manera más justa posible, para ayudar con esto a llegar al entendimiento, que es un poco cercano a llegar a la verdad, en el poema el lenguaje habla a través de metáforas, estas construyen un diálogo entre el lector y el autor, por dicha razón agrego una primera impresión, la vida literaria no es una causal pero determina la vida de los pueblos, en sus letras se revelan las entrañas escondidas del cotidiano, la literatura es un sumario de minorías que pueden transformar la existencia, van creando cambios de las percepciones y de la visión del entorno lo que al final, crea un paradigma.

Además, bien puede decirse que en cada texto escrito se deja constancia del paso por la vida, por ello Darío no ha muerto, sigue vigente, existe mientras sus letras subsistan, en contraparte sostengo esa idea del aprendizaje obtenido en la maestría donde reconozco que la importancia de un filósofo se cuantifica no por la cantidad de textos escritos, sino por la cantidad de reflexiones que su obra produce en filósofos posteriores a él. Tal parece que lo que hacemos, pensamos y decimos genera consecuencias en nuestra vida y en otras vidas y que el dejar

constancia es dejar influencia y eso es un vínculo con lo humano incluso con lo eterno.

Siguiendo con el texto Darío usa símbolos o imágenes que se constituyen en metáforas, de esa manera el autor comunica sus ideas y confiesa sus propios juicios y valores, desde esa perspectiva se puede interpretar que el lobo se convierte en un símbolo de la humanidad en su estado más salvaje, mientras que Francisco simboliza la bondad y la capacidad de arrepentirse y cambiar, el pueblo por otra parte es el asomo menos contemplado de la sociedad, es en las razones del lobo que el pueblo cede desnudo y se revela con la crítica abierta, directa y dura hacia él. Estos símbolos pueden entenderse como una reflexión sobre la naturaleza humana y su potencial para la transformación pero esas metáforas pueden ser especialmente significativas, ya que a menudo sugieren múltiples interpretaciones. ¿Qué significados se pueden asociar con el "lobo" en el poema? ¿Cómo se relaciona con otros elementos como el "hermano Francisco"?; es un abanico amplio dependiendo de la arista puede ser la interpretación, porque no es lo mismo verse como Francisco y desde esa óptica crear una interpretación de la metáfora, al sentirse parte del pueblo y observar el actuar del lobo y o al verse como Francisco justificando al propio o bien, en última instancia observar a través de los ojos del lobo e interpretar a los otros dos actores.

Siendo propicio para salvaguardar la interpretación y no perderse en la hermenéutica desde las posturas que se pueden encontrar usar la guía de Gadamer. Quien enfatiza que el simbolismo y el lenguaje poético en el poema permiten al lector descubrir significados profundos. Por ejemplo, el lobo como metáfora de los instintos humanos se interpreta de forma distinta según el horizonte de comprensión del lector. La comprensión de estos elementos lingüísticos es esencial para apreciar plenamente el poema, con eso se puede sugerir que el juicio interpretativo va muy acorde la sustancia del intérprete, no pudiendo desligar sus experiencias, valores y juicios de la mirada a la que somete al poema, esto es que interpretar desentrañar el contenido, es decir, ¿De qué va?

Para comprender el texto se pueden hacer mezclas de análisis usando para comenzar la idea del horizonte de comprensión que plantea Gadamer, que es

donde cada lector tiene su propio conjunto único de experiencias, creencias y conocimientos. Es decir, cuando me acerco al poema algo de mí se revela en él, porque al hacerlo desde mi propio horizonte de comprensión, lo que influiré de alguna manera en la interpretación.

Algo similar dice Ricoeur, con la hermenéutica crítica donde el poema entra en un diálogo con el lector, es decir, que el lector no sólo interpreta pasivamente, sino que también cuestiona y reflexiona sobre su interpretación. En el caso del poema, yo lector puedo adoptar como lo hice una crítica hermenéutica cuestionando al pueblo y a Francisco de así, también cuestionando la relación entre el lobo y Francisco, su interacción y con ella las metáforas utilizadas y las implicaciones éticas y simbólicas.

De esa hermenéutica crítica se puede bien llegar a lo que Gadamer establece como fusión de horizontes, donde el lector se descubre en el texto, el “yo lector” aporta comprensión, interpretación y en el poema, queriendo o no, refleja experiencias al interactuar con el poema. No es un juicio, es un acto confesional, el ser se revela en lo que interpreta.

Aquí, cabe hacer mención pasa que cada lector va a interpretar la obra de manera única en función de su bagaje cultural y experiencias personales, ninguna interpretación es la misma porque cada uno parte de un horizonte de comprensión propia, dando una interpretación muy particular de lo que entiende de la misma. Esto implica que, a medida que me involucré con y en el poema, el propio horizonte de comprensión se mezcla con el horizonte del autor y el texto o poema. La comprensión profunda se encuentra en esa fusión, es por ello, que se debe buscar llegar a las ideas y no solamente a lo observable del código. En escalas de pensamiento, el decodificar el texto es el elemento más básico, reconocer patrones, rimas, estructura sigue siendo la punta visible de un todo más profundo, continuando en el escudriñamiento se llega a reflexionar y a entender, siendo pensar sobre el texto e interpretar es la capa más profunda. Es en dicha razón que no me detuve en la punta del iceberg, hay que extraer del texto las ideas más importantes y sacar a flote todas las interpretaciones posibles del mismo porque allí se hace el saber, en la oportunidad de exponer y discernir las ideas. Ad hominem es para el argumento, lo que la decodificación es al poema.

El pensamiento está en la relación del lector y el texto, yo soy el texto que leo y el texto que leo es parte de mí, por eso el significado de un texto no es fijo, sino que depende de la interacción entre el lector y el texto, y esta aun siendo ambos los mismos, nunca es igual. No soy el mismo hoy del fui ni del que seré, aunque el texto permanezca imperturbable en la palabra escrita, los significados serán distintos en cada momento del lector.

La riqueza del poema radica en su capacidad de generar múltiples interpretaciones, reflejando las experiencias y perspectivas únicas de cada lector. Esta interacción simbólica invita a una introspección sobre la condición humana y la lucha entre el bien y el mal. Gadamer lo señala como el diálogo entre el lector y el texto, el texto nos habla y nos comunica cosas, este diálogo implica que me empape del poema, que me sumerja en él, buscando comprender lo que el autor está tratando de transmitir, una simbiosis donde soy en el texto y el texto es conmigo.

Después del diálogo llegue a la recepción del texto como lector, me abrí a escucharlo y como en una interpretación del poema como un proceso colaborativo simbólico entre el autor, el texto y el “yo” lector. Es decir, a mí que me dice, cómo me habla, qué escucho del texto, qué me susurra el autor, cómo me interpela, cuál es la perspectiva que voy a asumir al interpretarlo, qué postura sostendrá el argumento hermenéutico.

Al recibir el texto se le puede comparar, porque sólo al entender se puede lograr conciliar con otros entendimientos, lo que se entiende se puede comparar, y con qué se puede comparar el poema de Darío, de manera inicial con su origen, tratando de establecer la referencia de donde se tomó la idea; al no pertenecernos nuestro linaje repetimos lo que nos es conocido, somos ecos de las voces que nos acontecieron, porque no se abduce plagio, sino una referencia y esta va cercana incluso señalada en el texto como confesión del autor con la leyenda de San Francisco de Asís y el lobo de Gubbio que se encuentra en la fioretti di san Francesco o Las florecillas de San Francisco siendo una obra que versa en la vida y milagros de San Francisco de Asís y tiene un carácter narrativo, el cual fue escrito de manera anónima en el siglo XIV, a esto Ricoeur lo nombra intertextualidad, es decir, este poema guarda una estrecha relación con otros textos y a su vez se puede buscar relaciones con otros textos de la

época, por la influencia misma de la tradición literaria, el simbolismo y las influencias de otros poetas. Todo ello para tener una comprensión completa del poema, siendo necesario considerar estas conexiones intertextuales. En este énfasis desde Ricoeur se da la intertextualidad, esto es identificar influencias literarias o referencias a otros autores u obras en y con "Los Motivos del Lobo" y también cómo afectan estas referencias a la interpretación del poema.

Al analizar el poema, observé un movimiento cíclico, como si me mantuviera en círculos dando vueltas sobre el texto y recordé a Gadamer y el círculo hermenéutico que bien dice que el proceso de interpretación es circular. A medida que avanzas en la comprensión del poema, retrocedes y reconsideras los elementos anteriores. La comprensión es un proceso continuo, es decir, entre más entiendes menos entiendes y vuelves a tratar de comprender los puntos ciegos que en anterioridad quedaron fuera y así, ahí divise otra complejidad de la interpretación cuando crees haber encontrado un sentido, descubres que hay otros más y que el sentido localizado puede tener mayor profundidad y por consiguiente te devuelves al texto y a reinterpretarlo.

Concluyendo el análisis nuestra experiencia no determina; el pensamiento si lo determina, por eso hay que adiestrar la mente para ver en el poema la barbarie de los seres humanos sobre los seres humanos, no se puede negar que existe el mal, el no reconocer el daño, no va hacer que no duela, al final el poema deja ver que todos estamos rotos, que quizá queda la incógnita de qué sucede en el fondo, qué pasa cuando un árbol cae en un bosque y nadie lo escucha, ¿hace ruido?, pasa lo que siempre la gente es contemplativa cual Santo Tomás necesitan ver el daño para señalarlo, dejando una reflexión profunda, cuántas veces me estaba muriendo pero como no vieron sangre no me creyeron y siguieron su camino.

El mal es igual, lo malo hace mucho ruido, una cachetada hace más escándalo que una caricia, como si el mal demostrara el vacío, ese vacío en el alma, ese resentimiento que al no tener fundamento, tienen la profundidad de la nada, como una calle vacía que al tirar una botella el ruido hace mucho bullicio, el mal carece de valor, porque las monedas son muy atronadoras pero los billetes pasan desapercibidos, el mal carece de razón, porque la razón puede guardar silencio y el mal necesita alzar la voz.

Marco teórico.

Hermenéutica: Definición y Aplicación en el Análisis Literario.

La hermenéutica es una disciplina filosófica centrada en la interpretación de textos, cuyo enfoque reside en el proceso de comprensión y en las condiciones que lo posibilitan. Su origen se encuentra en la exégesis de textos sagrados en la antigüedad, aunque con el tiempo se ha extendido a la interpretación de cualquier tipo de texto, incluido el literario (Schleiermacher, 1998). La hermenéutica moderna, influenciada por autores como Schleiermacher, Dilthey, Heidegger, Gadamer y Ricoeur, ha ampliado su alcance hacia la literatura. Schleiermacher introdujo la idea de comprender un texto como un todo, mientras que Dilthey resaltó la importancia del contexto histórico. Gadamer y Ricoeur, por su parte, centraron su análisis en la interacción dinámica entre el lector y el texto, destacando el papel del lenguaje y los símbolos en la construcción del significado. (Gadamer, 2006; Ricoeur, 1990).

El Proceso hermenéutico: El Texto como fenómeno.

En la hermenéutica literaria, los textos son entendidos no como conjuntos de palabras con significados fijos, sino como entidades abiertas a múltiples interpretaciones, según el contexto cultural, social y personal del lector (Dilthey, 1989). Un poema como “Los motivos del lobo” de Rubén Darío, por ejemplo, permite interpretaciones en ámbitos religiosos, psicológicos, éticos y filosóficos, lo cual pone en evidencia la profundidad de la obra y sus implicaciones sobre la condición humana, la moralidad y la naturaleza.

El círculo hermenéutico permite interpretar el poema mediante un proceso dinámico que conecta las partes individuales con el significado total. Por ejemplo, los símbolos del lobo y San Francisco no pueden entenderse plenamente sin considerar su relación con el pueblo y el contexto ético del poema. (Gadamer, 2006). En Los motivos del lobo, este proceso invita a reflexionar sobre los símbolos de San Francisco y el lobo, comprendiendo cómo funcionan en la construcción de la visión ética y filosófica del poema. Así, el lobo no sólo simboliza violencia animal, sino también el mal natural, el mal como parte del ser y a la vez como un acto de supervivencia y adaptabilidad ante la hostilidad consecuente del medio; Francisco encarna la compasión, al pastor que guía al

rebaño, que a la vez subraya las limitaciones de la moral humana y las incongruencias, por último el autor deja ver un actor que se esconde a plena vista, el pueblo del poema deja en claro y disipa cualquier duda sobre el pensar de Darío sobre la sociedad.

Interpretación Simbólica.

En Los motivos del lobo, el enfoque hermenéutico evidencia que los símbolos y tensiones éticas del poema son interpretables de diversas formas. La hermenéutica impulsa una interpretación simbólica de los personajes. San Francisco representa la compasión y la ética cristiana, mientras que el lobo simboliza la naturaleza indómita y violenta que se resiste a la moral humana, y el pueblo un antagonico que suele pasar desapercibido exhibe a la sociedad en su forma natural. Se suele notar solamente la tensión entre el lobo y Francisco, siendo los personajes principales el protagonista y el villano, porque se puede ver de manera simple la capacidad de la espiritualidad para redimir el mal en la naturaleza, sugiriendo que el poema critica la creencia de que la espiritualidad puede redimir todo mal. Pero la importancia es ver más allá de lo evidente, hay causas y efectos, hay un detonador del proceso que sigue vigente siendo el que genera consecuencias sin asumir la responsabilidad de los actos.

Desde la perspectiva reduccionista del maniqueo, la primera hermenéutica revela la dualidad entre la naturaleza salvaje del lobo y la moralidad de San Francisco. Dando una perspectiva que la redención espiritual puede realmente transformar la naturaleza de los seres. En Los motivos del lobo, Darío parece sugerir que no, presentando una visión trágica de la naturaleza humana dejando ver que el pueblo es el forjador de su propia tragedia, busca la creación de un Némesis que actúe como el villano con que justificar sus circunstancias, hechos y acción, Francisco es el reflejo de que la espiritualidad y la bondad no pueden contener del todo la violencia inherente de la sociedad.

Desde esa frontera, hay un desencuentro con la realidad, cuando la civilidad se asoma a la animalidad, el hombre suele ser según el santo en el poema: malo por naturaleza y nace con pecado. En el pecado trae consigo la penitencia y con ella la maldad va con sus actos. Un pastor que guía a ovejas no

es más que un lobo que se disfraza de cordero, porque el mal que no se condena, se concede.

El encuentro entre San Francisco y el lobo representa un diálogo hermenéutico entre civilización y naturaleza, donde ambos personajes encarnan horizontes éticos y culturales opuestos. Según Gadamer (2006), la "fusión de horizontes" permite al lector interpretar este encuentro como una confrontación entre la moral cristiana y los instintos naturales, generando un entendimiento más profundo de la condición humana. Dos realidades diferentes se confrontan, entablan conversación, se respetan, se entienden y se reconocen, es allí donde la interpretación de un lector encuentra nuevos significados que trascienden los originales. En el poema, aunque el lobo es redimido temporalmente, finalmente regresa a su naturaleza, lo cual sugiere la infranqueabilidad de ciertas fronteras éticas y naturales, pero también deja ver que detrás de un lobo hay motivos para serlo y el aceptarse es darle identidad, sentido y autenticidad a la existencia. Hay quien nace para ser lobo y quien se convierte necesariamente en uno.

Partiendo de ese retorno a lo salvaje de parte del lobo, una interpretación hermenéutica sugiere que el fracaso en redimir al lobo refleja los límites de la moralidad y la religión ante la fuerza de la naturaleza (Ricoeur, 1990). Aunque la espiritualidad ofrece cambios temporales, el poema de Darío alude a la persistencia del mal y la violencia como fuerzas ineludibles, intrínsecas y ligadas al ser, sugiriendo una visión pesimista del mundo.

Aludiendo esa visión pesimista del fracaso, el perdedor suele justificarse con excusas, un perdedor siempre da pretextos, el pueblo de cierta manera refleja a una sociedad que vive en la justificación, en el delirio de persecución de un enemigo imaginario o un engendro de su propia elaboración. Una sociedad de muchos, de un colectivo que sigue a ciegas, de un pueblo resentido, envidioso, víctima y de perdedores que son quejosos lastimeros de su propias acciones por no poder aceptar su responsabilidad con los hechos.

La hermenéutica revela una complejidad ética en el poema, donde el lobo encarna la naturaleza instintiva, Francisco representa los ideales de redención, y el pueblo expone las contradicciones de la moral colectiva. Este análisis invita a reflexionar sobre cómo las dinámicas sociales contribuyen a perpetuar el mal

y la exclusión. El análisis revela que el lobo no es intrínsecamente maligno, sino que actúa conforme a su naturaleza, lo que invita a cuestionar la división tajante entre el bien y el mal. El mal necesita de condiciones para existir, este se muestra como la revelación no de un problema sino de la contaminación de un cáncer que se esparce en una mitosis incontrolable pero que puede identificarse por señalar un aspecto del mismo en el “tumor.” Siendo el enemigo un chivo expiatorio de la condena no resuelta, el lobo es como el adicto de una familia, este señala con grandes pistas el mal del esquema familiar, es la bandera roja que indica el punto de acción y suele ser a quien se quiere tratar, pero porque el “lobo” de esa familia recae en la adicción, no es porque no quiera curarse, es porque regresa al mismo punto enfermo que lo intoxica. El tratamiento debería ser integral y complementario, no sólo tratar al adicto sino a todos lo que propician con sus acciones ese síntoma.

Es muy fácil señalar a un frijol en el arroz, la pregunta debe ser: ¿Cómo llegó ahí?, ¿Quién cometió el error de ponerlo en ese sitio?, la habichuela no apareció por generación espontánea, lo placentero es señalar que esta fuera del lugar sin buscar las causas que propiciaron la equivocación. Un lobo en una escuela, llega para levantar la voz ante las ovejas, ante el conformista rebaño y ese lobo llega en la religión, en la sociedad y en el trabajo pero nadie suele estar cómodo con un lobo al lado.

Usando metáforas se puede disimular la ofensa y dar una cachetada con guante blanco a los pipiolo. El lenguaje poético de Darío se convierte en un campo donde se observa la tensión entre los ideales humanos y los instintos animales (Ricoeur, 1990). A través de las imágenes y el diálogo entre Francisco y el lobo, Darío evidencia las limitaciones del discurso moral ante las fuerzas de la naturaleza.

Conexión entre el poema y los conceptos hermenéuticos de Gadamer y Ricoeur.

La interpretación de Los motivos del lobo de Rubén Darío a través de los conceptos hermenéuticos de Hans-Georg Gadamer y Paul Ricoeur permite desentrañar las profundidades simbólicas y éticas del poema. Este análisis hermenéutico no sólo explora el significado intrínseco de los símbolos y metáforas del poema, sino que también ilumina el diálogo continuo entre el texto, el lector y el contexto.

Hans-Georg Gadamer:

La fusión de horizontes, según Gadamer (Verdad y Método, 2006), se refiere al encuentro entre el horizonte del texto y el del lector. Este proceso dialéctico permite que los significados trasciendan el tiempo y el espacio, creando nuevas interpretaciones que enriquecen la comprensión del texto. Ejemplo en el Poema:

En Los motivos del lobo, la fusión de horizontes se manifiesta en cómo cada lector interpreta a los personajes según sus experiencias y valores personales:

Desde la perspectiva del lobo: Un lector que haya experimentado rechazo social podría ver al lobo como un símbolo de marginación, donde su violencia refleja una lucha por la supervivencia en un entorno hostil.

Desde la perspectiva de San Francisco: Para un lector con ideales espirituales, San Francisco representa la compasión redentora que intenta reconciliar la naturaleza salvaje con la civilización. Sin embargo, esta compasión puede percibirse como una imposición moral incapaz de cambiar la esencia del lobo.

Desde la perspectiva del pueblo: Un lector crítico de las dinámicas sociales puede interpretar al pueblo como una representación de la hipocresía colectiva, que rechaza lo que no entiende o teme.

La interpretación del poema a través de la fusión de horizontes revela que cada lectura es única, influenciada por el contexto del lector. Este proceso resalta la vigencia del poema, que dialoga tanto con su época como con las

preocupaciones contemporáneas, desde la exclusión social hasta la lucha interna entre el instinto y la moralidad.

El lenguaje como medio de comprensión. Se considera el lenguaje como el medio principal de comprensión del mundo. En un texto poético, las metáforas y los símbolos trascienden su literalidad para generar significados que resuenan en el lector. Ejemplo en el Poema:

En Los motivos del lobo, el lenguaje poético construye un universo simbólico que invita a la reflexión:

El Lobo: Representa los instintos primarios y la resistencia frente a la moralidad impuesta, desafiando las normas sociales y religiosas.

San Francisco: Es un símbolo de la redención, pero también refleja las limitaciones humanas al enfrentarse a lo que no puede cambiar.

El Pueblo: Actúa como una alegoría de la sociedad, que perpetúa la exclusión mientras clama por moralidad y paz.

Para Gadamer, el lenguaje poético abre un espacio interpretativo donde las metáforas actúan como puentes entre el lector y el texto. En este sentido, Los motivos del lobo utiliza imágenes simbólicas que permiten al lector explorar dilemas éticos universales, como la dualidad entre lo salvaje y lo civilizado, y las tensiones entre compasión e hipocresía.

Paul Ricoeur:

El poder del símbolo y la metáfora. Ricoeur, en *La metáfora viva* (1990), argumenta que los símbolos y metáforas tienen múltiples capas de significado, permitiendo interpretaciones que van más allá de lo literal. Ejemplo en el Poema:

El lobo en Los motivos del lobo es un símbolo polifacético:

Como Instinto: Encierra la violencia inherente al ser humano, que persiste incluso tras esfuerzos de domesticación.

Como Marginado: Refleja la experiencia de exclusión y la reacción hostil frente al rechazo social.

Como Identidad: Su regreso a lo salvaje representa la aceptación de su verdadera naturaleza, rechazando la hipocresía del pueblo y la imposición moral de Francisco.

Ricoeur destaca que los símbolos y metáforas enriquecen la interpretación al invitar al lector a explorar múltiples significados. En *Los motivos del lobo*, el lobo no es simplemente un villano, sino un reflejo de las tensiones internas y sociales que definen la condición humana.

La hermenéutica crítica, según Ricoeur, no sólo interpreta el texto, sino que también cuestiona los prejuicios y valores del lector. Este enfoque invita a reflexionar sobre las tensiones morales y éticas que plantea el texto. Ejemplo en el Poema:

El Conflicto del Lobo y el Pueblo: El poema plantea una pregunta esencial: ¿Es la violencia del lobo un rasgo innato o una respuesta al rechazo del pueblo?

La Figura de San Francisco: Invita a cuestionar si su compasión es un acto genuino de redención o una imposición que desconoce las complejidades del lobo y el pueblo.

La hermenéutica crítica permite al lector confrontar sus propios prejuicios mientras reflexiona sobre los dilemas éticos del poema. Este enfoque revela cómo *Los motivos del lobo* desafía la división simplista entre el bien y el mal, exponiendo las dinámicas de exclusión y la complejidad de la redención.

Combinando experiencias de análisis en Gadamer y Ricoeur se encuentran en el *proceso circular de interpretación*, siendo un concepto compartido, ya que ambos autores consideran que la interpretación es un proceso dinámico y circular, donde el lector revisa continuamente sus ideas al interactuar con el texto. Ejemplo en el Poema:

Inicialmente, el lobo puede interpretarse como un villano. Sin embargo, al analizar su rechazo por el pueblo, emerge como víctima de circunstancias sociales.

San Francisco puede parecer un héroe moral, pero al reflexionar más profundamente, se revela como una figura limitada, incapaz de contener las tensiones entre naturaleza y civilización.

El proceso circular de interpretación permite descubrir cómo Los motivos del lobo genera significados evolutivos, que dependen tanto del lector como del contexto del análisis.

El análisis de Los motivos del lobo de Rubén Darío, a la luz de los conceptos hermenéuticos desarrollados por Hans-Georg Gadamer y Paul Ricoeur, pone de manifiesto la riqueza y profundidad de un poema que, al trascender su literalidad, aborda tensiones universales de naturaleza ética, social y filosófica. Este enfoque hermenéutico no sólo facilita la comprensión de los símbolos y metáforas presentes en el texto, sino que también fomenta un diálogo crítico con su complejidad subyacente.

La propuesta de Gadamer sobre la fusión de horizontes subraya cómo las experiencias, valores y contextos individuales de cada lector influyen en la interpretación del poema. Desde esta perspectiva, Los motivos del lobo permite que los lectores encuentren en el lobo, San Francisco y el pueblo, representaciones que resuenan con sus propias vivencias y observaciones del mundo. El lobo, como figura marginada y excluida, puede interpretarse como una representación de aquellos que enfrentan el rechazo social. Por su parte, San Francisco simboliza tanto la redención como las limitaciones inherentes a la moralidad humana. Finalmente, el pueblo, comúnmente considerado un actor pasivo, se revela como una alegoría de la hipocresía colectiva, exponiendo las contradicciones intrínsecas de la sociedad.

El lenguaje poético de Darío, en términos de Gadamer, actúa como un puente dinámico entre autor y lector. A través de sus símbolos y metáforas, el poema construye un universo de significados que trasciende lo evidente. El lobo no se limita a representar la violencia; se configura como un espejo de las luchas humanas frente a la exclusión y la imposición social. El intento de San Francisco por redimir al lobo ilustra las limitaciones de la espiritualidad al confrontar los instintos primarios, mientras que el rechazo del pueblo cuestiona la autenticidad de los valores que profesa. En este diálogo entre el texto y el lector, el lenguaje se convierte en un medio esencial para reflexionar sobre las dualidades de la naturaleza humana y las dinámicas sociales que perpetúan la alienación.

Desde la perspectiva de Ricoeur, el poder del símbolo y la metáfora adquiere un papel central en la interpretación del poema. Los símbolos no poseen significados únicos, sino que abren múltiples capas de interpretación que invitan a una exploración más profunda. El lobo, como símbolo multifacético, encarna tanto el instinto como la resistencia, y se erige como víctima e identidad. Su retorno a lo salvaje, lejos de ser un fracaso, constituye una afirmación de su autenticidad frente a la hipocresía y el control moral. De este modo, la metáfora se convierte en un vehículo para explorar cuestiones como el bien y el mal, no como categorías absolutas, sino como constructos moldeados por las interacciones humanas.

Asimismo, la hermenéutica crítica de Ricoeur desafía al lector a cuestionar los valores y prejuicios que lleva consigo al texto. En este sentido, *Los motivos del lobo* plantea preguntas fundamentales: ¿es el lobo un villano o una creación de la sociedad que lo rechaza? ¿Es la compasión de San Francisco un acto altruista o una imposición moral que ignora las complejidades del lobo y el pueblo? Este enfoque ético posiciona al poema como un espacio donde se deconstruyen las nociones simplistas del bien y el mal, abriendo un debate sobre la naturaleza humana, la moralidad y la posibilidad de redención.

Finalmente, el proceso circular de interpretación, compartido por Gadamer y Ricoeur, resalta cómo *Los motivos del lobo* invita a lecturas evolutivas y dinámicas. Lo que en un inicio podría interpretarse como una narrativa sobre la domesticación de lo salvaje, se transforma en una reflexión más compleja sobre las tensiones entre naturaleza y civilización, compasión e hipocresía, individuo y sociedad. Esta dinámica interpretativa asegura que el poema permanezca relevante, dialogando tanto con su contexto original como con los dilemas contemporáneos.

Esto implica la aplicación de los conceptos hermenéuticos de Gadamer y Ricoeur en el análisis de *Los motivos del lobo* ya que permite ampliar significativamente la comprensión del poema. Este enfoque posiciona la obra de Darío como un texto que interpela al lector en su búsqueda de sentido, enfrentándolo con las dualidades humanas y las contradicciones sociales. Al hacerlo, el poema trasciende las barreras del tiempo y el lugar, ofreciendo una reflexión profunda sobre las tensiones éticas y sociales que aún definen nuestra

existencia. Esta integración de perspectivas hermenéuticas reafirma que la literatura no sólo narra, sino que también desafía, revela y transforma la percepción del mundo. El universo se crea con palabras.

Simbolismo.

El simbolismo es un aspecto crucial en "Los motivos del lobo" y constituye un recurso literario esencial dentro del Modernismo, donde los símbolos permiten a las palabras trascender su significado literal para transmitir ideas y emociones complejas (Alvarado, 2019). En este poema, Rubén Darío utiliza el simbolismo para explorar conceptos profundos sobre la naturaleza humana y la ética.

El lobo.

El lobo, símbolo central en Los motivos del lobo, encarna las tensiones entre lo instintivo y lo civilizado. Desde la perspectiva de Freud y su teoría del homo dúplex, el lobo puede entenderse como una representación de las pulsiones primarias que coexisten en conflicto con las normas civilizatorias (Freud, 1921/2003). Freud argumenta que la civilización reprime los instintos más básicos, creando un equilibrio inestable que puede desmoronarse en circunstancias adversas. En el poema, esta fragilidad se evidencia cuando el lobo, tras convivir pacíficamente con los humanos, regresa a su estado salvaje impulsado por el rechazo y la corrupción del entorno. La transformación inicial del lobo no es más que una capa superficial que el contacto con la colectividad termina desgarrando.

Rubén Darío subvierte los arquetipos tradicionales del lobo en la literatura y la mitología. Mientras que en cuentos como Caperucita Roja de Perrault (1697) o la figura de Fenrir en la mitología nórdica el lobo es un agente de caos y amenaza, en el poema de Darío el lobo no solo simboliza lo salvaje, sino también la vulnerabilidad y la marginación. Este enfoque modernista reconfigura al lobo como víctima y antagonista, dejando la idea en el lector a reflexionar sobre las dinámicas sociales que construyen monstruos. La regresión del lobo no es una simple traición a San Francisco, sino una respuesta al rechazo y a las circunstancias hostiles que enfrenta en su intento de redimirse.

El lobo se convierte en una metáfora de la naturaleza humana, en la que lo instintivo y lo racional luchan por coexistir. En este sentido, el poema refleja una visión trágica de la condición humana: la incapacidad de la civilización y la

espiritualidad para erradicar por completo las pulsiones más oscuras del ser. Como señala Hobbes (1651/1996), "el hombre es lobo para el hombre," una frase que encuentra eco en la dualidad simbólica del lobo como depredador y víctima en el poema.

El lobo se erige como el símbolo más potente del poema, representando los instintos primarios, lo salvaje y lo irracional. Esta figura encarna la naturaleza bestial que, según estudios literarios, habita en todos los seres, convirtiéndose en un tema recurrente en la literatura (García, 2018). En el contexto del poema, el lobo actúa como una figura ambivalente: por un lado, personifica el mal y la violencia; por otro, simboliza la naturaleza incontrolable e inmutable de ciertos aspectos del ser humano. En este sentido, el lobo sugiere las facetas de la psique que escapan al control moral, aquellas que no pueden ser completamente domesticadas o redimidas.

El lobo en la tradición literaria y religiosa a menudo ha sido asociado con el mal, el caos y lo indomable. En "Los motivos del lobo", el animal cumple una función simbólica como representación de los impulsos incontrolables presentes en todos los seres, tanto humanos como animales. El lobo, además, refleja la dualidad humana al sugerir que la naturaleza humana tiene una parte salvaje y destructiva que la civilización o la religión no pueden eliminar completamente. En este sentido, se convierte en una metáfora de las pasiones oscuras que residen dentro de cada ser, emergiendo en momentos de crisis o circunstancias difíciles.

La figura del lobo ha sido un símbolo recurrente en la literatura y el arte, representando tanto la amenaza como la libertad. Desde "El lobo y los siete cabritillos" de los hermanos Grimm hasta "El principito" de Antoine de Saint-Exupéry, el lobo simboliza temas de naturaleza, conflicto y moralidad (Grimm, 1812; Saint-Exupéry, 1943). En el poema de Darío, el lobo encarna no solo una amenaza, sino también una víctima de las circunstancias humanas y sociales, abriendo un espacio de reflexión sobre la responsabilidad de la sociedad en la creación de sus propios "monstruos".

El simbolismo del lobo también se extiende a otros mitos y tradiciones literarias. En la "Divina Comedia" de Dante, el lobo encarna la codicia, mientras que en cuentos de hadas como "Caperucita Roja" representa al depredador y el caos.

(Dante, siglo XIV; Perrault, 1697). Darío subvierte esta tradición al mostrar que el verdadero peligro no reside únicamente en el lobo, sino en la propia corrupción humana: el retorno del lobo a su estado salvaje no solo refleja una falla de la bestia, sino también la incapacidad de la sociedad para sostener el bien y la civilización.

En la mitología nórdica, el lobo es representado como un símbolo de caos y destrucción en la figura de Fenrir, quien se libera durante el Ragnarök, representando una amenaza para los dioses y el orden establecido (Simek, 1993). Esta imagen se refleja en los cuentos populares, como "Caperucita Roja", donde el lobo es un símbolo de astucia y peligro, perpetuando su imagen negativa en la cultura popular (Perrault, 1697).

En "Los motivos del lobo", Rubén Darío convierte al lobo en un símbolo de las fuerzas instintivas y primarias que habitan tanto en los seres humanos como en el mundo natural. Representa lo salvaje, lo no domesticado y lo irracional, características que chocan con los valores civilizatorios que intenta imponer Francisco. Este enfoque dialoga con la tradición cristiana, en la que el lobo simboliza el mal y la barbarie a ser sometidos por la fe. La historia se inspira en la "Fioretti de San Francisco de Asís", donde el santo doma a un lobo feroz y lo redime a través de la palabra de Dios (Fioretti, 1390). Darío introduce una variación significativa: el lobo, a pesar de su redención temporal, regresa a su estado salvaje, sugiriendo la imposibilidad de una transformación completa y definitiva. Esta reinterpretación introduce un cuestionamiento sobre la naturaleza del mal y la capacidad del ser humano (o de la bestia) para cambiar de manera permanente (Fioretti, 1390).

El proceso de transformación del lobo tiene una profunda carga hermenéutica. Inicialmente, el lobo es una figura temida, una bestia cuyo comportamiento parece inevitablemente guiado por su naturaleza violenta. La intervención de San Francisco genera una metamorfosis, y el lobo acepta convivir pacíficamente con los humanos, simbolizando la potencial capacidad del ser humano para trascender sus instintos más bajos. No obstante, esta transformación no es definitiva: la corrupción de los aldeanos y el entorno empujan al lobo de vuelta a su comportamiento salvaje. Esta regresión sugiere que la transformación interior no es solo un proceso individual, sino que está influido por el contexto social,

planteando la cuestión de si es posible un cambio genuino y duradero en la naturaleza humana.

Este ciclo de transformación y regresión simboliza la fragilidad de la redención, al insinuar que lo salvaje y lo instintivo siempre está latente. La evolución del lobo cuestiona la posibilidad de una redención absoluta, mostrando que su naturaleza salvaje espera la oportunidad de reaparecer.

A lo largo del poema, la evolución del lobo después de ser redimido por San Francisco demuestra las limitaciones del poder espiritual en un mundo regido por los instintos y las fuerzas primarias. A pesar de sus esfuerzos iniciales, San Francisco no puede cambiar la verdadera naturaleza del lobo, lo que sugiere un límite en la capacidad humana (o divina) para controlar o reformar lo instintivo y salvaje.

La frustración de la redención es evidente cuando San Francisco logra que el lobo haga una promesa de no dañar a hombres y animales. Sin embargo, el regreso del lobo a su naturaleza violenta después de convivir entre humanos resalta una verdad amarga: la transformación que ofrece la espiritualidad no es siempre permanente ni absoluta. Esta frustración señala una incompatibilidad entre la civilización y la naturaleza salvaje, cuestionando si los valores espirituales pueden realmente modificar lo instintivo de forma duradera (Fioretti, 1390).

San Francisco de Asís.

San Francisco de Asís (1182-1226), como contraparte del lobo, representa la espiritualidad y la redención. Su figura, asociada en la tradición cristiana con la humildad y la empatía hacia toda criatura, encarna la esperanza de que el mal puede transformarse mediante el bien (Brown, 2017). Sin embargo, en Los motivos del lobo, esta transformación es temporal, sugiriendo los límites inherentes de la compasión frente a lo instintivo y lo salvaje. La interacción entre el santo y el lobo revela no solo las posibilidades, sino también las frustraciones de la bondad en un mundo marcado por la violencia y la desconfianza.

La relación entre San Francisco y el lobo puede leerse como un intento de "empatía radical" (Ruiz, 2020), donde el santo busca comprender y transformar al lobo desde un lugar de profunda conexión espiritual. No obstante, la narrativa de Darío muestra que incluso la empatía más extrema enfrenta obstáculos insuperables. La corrupción del pueblo y la naturaleza intrínseca del lobo terminan por socavar los esfuerzos de San Francisco, lo que enfatiza que la redención espiritual no puede imponerse en un entorno hostil.

En la tradición cristiana, es reconocido por su amor hacia los animales y su habilidad para comunicarse con ellos, representando en el poema la esperanza de que el mal puede transformarse mediante el bien (Ruiz, 2020). Sin embargo, la transformación del lobo es temporal, lo que introduce una tensión simbólica sobre los límites del poder redentor de la bondad frente a la naturaleza humana, sugiriendo que ciertos impulsos pueden ser intrínsecamente resistentes al cambio (Martínez, 2019).

En el poema, la frustración de San Francisco se ilustra en su incapacidad para cambiar definitivamente al lobo. Este conflicto plantea una pregunta ética central: ¿puede el bien prevalecer sobre lo instintivo cuando las circunstancias sociales conspiran en contra? San Francisco, aunque símbolo de redención, también se convierte en un testimonio de los límites de la espiritualidad frente a la complejidad de la naturaleza humana.

San Francisco de Asís, una de las figuras más reverenciadas en el cristianismo, es conocido por su vida de pobreza, humildad y amor hacia todas las criaturas

(Brown, 2017). En el poema, su presencia es esencial para comprender la dimensión ética y espiritual que Darío busca explorar.

En "Los motivos del lobo," San Francisco representa la bondad absoluta y la empatía radical. Este personaje encarna la fe en la capacidad de cambio y la compasión incondicional, reflejando un ideal espiritual que aspira a redimir incluso a las criaturas más salvajes y violentas. Su rol como mediador espiritual lo convierte en símbolo de la posibilidad de redención, sugiriendo que los seres más violentos pueden encontrar transformación moral mediante el amor y la comprensión (López, 2018).

La figura de San Francisco está vinculada profundamente al concepto cristiano de redención. Su intento de domar al lobo no solo ilustra su fe en la bondad inherente de todas las criaturas, sino que también representa un ideal de redención universal que encuentra sus límites en la inmutable naturaleza de ciertos aspectos del ser humano (Ruiz, 2020).

San Francisco utiliza el diálogo, la oración y la persuasión para intentar domar al lobo, reflejando la idea de que la palabra y la moral cristiana son armas potentes para contener la violencia y el mal en el mundo (Gómez, 2020). Inicialmente, la amansada del lobo parece demostrar el poder de la espiritualidad y la virtud sobre los instintos primarios, aunque esta transformación no perdure.

San Francisco intenta domesticar al lobo mediante la persuasión y el poder espiritual, logrando que el lobo abandone su vida violenta y viva en paz con los hombres. Sin embargo, esta domesticación temporal fracasa cuando el lobo no puede resistir su verdadera naturaleza. ¿Es la humildad un arma eficaz frente a la crueldad? ¿Qué significados subyacentes genera la transformación temporal del lobo bajo la influencia de San Francisco?

¿Cómo se debe entender su eventual regreso a la violencia?

La imposibilidad del cambio permanente se refleja en el regreso del lobo a la violencia, lo que sugiere que los instintos primarios no pueden ser completamente domesticados o erradicados. Este aspecto del poema refleja una visión pesimista en la que el mal o la violencia son fuerzas omnipresentes e inevitables, incluso en seres que intentan reformarse (Hobbes, 1651/1996).

La interacción entre San Francisco y el lobo representa la lucha eterna entre el bien y el mal, lo espiritual y lo instintivo. Darío construye un diálogo simbólico que revela los límites tanto de la redención espiritual como de la civilización para contener las fuerzas primarias.

La dialéctica entre lo espiritual y lo salvaje pone en evidencia la fragilidad del bien frente a la potencia del mal natural. Finalmente, la interacción entre San Francisco y el lobo muestra que, aunque los ideales de bondad y redención son loables, la naturaleza no siempre se somete a ellos. La tragedia del poema radica en que el lobo no puede escapar de su destino, y San Francisco, a pesar de su poder espiritual, debe enfrentarse a esta realidad.

El pueblo bueno y sabio.

El pueblo en *Los motivos del lobo* representa la hipocresía y la irracionalidad de la colectividad. Según René Girard (1972/1987), las comunidades en crisis necesitan un chivo expiatorio para canalizar sus miedos y frustraciones, un rol que el lobo cumple perfectamente en el poema. El pueblo, incapaz de asumir su propia corrupción, proyecta sus pasiones destructivas sobre el lobo, justificando su violencia mediante una moralidad aparente pero profundamente ambigua.

Darío expone al pueblo como una masa contradictoria, cuya conducta refleja tanto las aspiraciones de civilización como las pulsiones primitivas que amenazan con destruirla. La cita de Nietzsche (1886/2010) sobre la convergencia entre moralidad y conveniencia es ilustrativa en este contexto, ya que el pueblo define como "bueno" aquello que garantiza su cohesión, mientras etiqueta como "malo" todo lo que pone en peligro su estabilidad. En este sentido, el lobo no solo es un antagonista, sino también una creación del pueblo, cuya hipocresía moral lo empuja a buscar un enemigo externo para ocultar su propia decadencia.

La dinámica entre el pueblo, el lobo y San Francisco puede entenderse a través de la "violencia mimética" de Girard. El pueblo, en su afán por mantener el orden, perpetúa la violencia al identificar al lobo como una amenaza. Su ataque furtivo contra el lobo, en lugar de representar un acto de justicia, revela un resentimiento colectivo que contradice los ideales de redención y compasión promovidos por San Francisco. "Lo que los pueblos llaman buenos son sus formas de convivir, lo que llaman malo es lo que pone en peligro esa costumbre. Moral y conveniencia son, en última instancia, una misma cosa" (Nietzsche, 1886/2010, p. 77). Desde cuando las mayorías significan algo positivo, la masa alienada refleja la concentración de las peores tragedias y miserias del hombre. El pueblo marcha incluso al abismo cantando. La masa "encantada" sigue al flautista hasta al matadero, pero en su interior conserva ese colectivo irracional que se conduce de manera primitiva, arcaica y frustrada, que suele elevar sus impulsos sobre la razón.

“En una multitud, cada sentimiento y acto es contagioso hasta tal punto que el individuo sacrifica su propio juicio por el de la colectividad” (Freud, 1921/2003, p. 48). El pueblo demuestra que la conducta humana no siempre concibe patrones aceptables, que su incongruencia es determinante en el poema, sus contradicciones, sus actos ocultos son lo que hacen ver una hipocresía que a su vez muestra su indiferencia hacia lo moral, lo que juega un papel simbólico en el poema.

“Cuando una comunidad está en crisis, necesita encontrar una víctima sobre la cual concentrar sus miedos y frustraciones para restaurar su cohesión social” (Girard, 1972/1987, p. 98). El chivo expiatorio del coraje reprimido es el lobo, sin él, el pueblo no tiene una víctima en quien canalizar sus frustraciones y pasiones oscuras, por ello era necesario el retorno del lobo a su estado salvaje, necesitaban a un enemigo a quien señalar, a quien perseguir, por eso de forma alevosa y cobarde fueron tras él, después del ataque furtivo el pueblo demuestra que las personas guardan en su ser resentimiento, odio y coraje que imposibilita la vida del hombre y la bestia, y que el rencor es una acción que no puede ser completamente superada.

La masa se convierte en un “organismo irracional, capaz de transformar el miedo en odio y el odio en violencia sin límite” (Canetti, 1960/1981, p. 134). Esta idea es especialmente relevante para entender cómo la colectividad en “Los motivos del lobo” se mueve por impulsos primitivos y destructivos, actuando de manera irracional y agresiva. En este sentido, el poema se convierte en una reflexión sobre los límites de la interacción humana incluso divina en la alteración de lo instintivo y las reminiscencias de rencor que se conservan en el hombre a pesar de tener razones para actuar sin emociones recalcitrantes. “La sombra de lo humano se encuentra en el fondo de la mente colectiva, emergiendo en la forma de violencia e impulsos irracionales cuando las normas sociales se ven amenazadas” (Jung, 1959/1997, p. 67). La conducta amenazada era la convivencia, requerían forzosamente de la amalgama que aseguraba su estabilidad y esta radica en el enemigo, lobo. El encono puede incluso superar los motivos correctos, sacando a flote la miseria que se recubre con una supuesta moral dogmática y acérrima, sus reacciones violentas son la expresión de un inconsciente compartido.

La visión del pueblo en “Los motivos del lobo” presenta una dualidad compleja y cargada de simbolismo. Aunque el pueblo parece marchar hacia su destino con una aparente sabiduría colectiva, su actuar se revela ambiguo, impulsivo e incluso contradictorio. Esta “masa encantada” o pueblo alienado, que sigue ciegamente a un líder o pastor llamado Francisco, recuerda a la multitud guiada por otro lobo, uno espiritual, dejando ver que a pesar de señalar quejosos a lobo, el pueblo es instintivo y frustrado del pueblo y deja de lado a menudo la razón, demostrando que el comportamiento colectivo puede ser voluble, irracional y moralmente ambiguo.

En el poema, el pueblo encarna una incongruencia latente y persistente. Sus actos son a menudo contradictorios, sus ideales hipócritas, lo cual apunta a una indiferencia moral que se entrelaza con el conflicto entre el lobo y San Francisco. Esta hipocresía colectiva, expresada en sus respuestas viscerales y actos encubiertos, desvela un resentimiento profundo y no resuelto. El ataque furtivo del pueblo hacia el lobo, y su retorno a la violencia, pone de manifiesto que el rencor, la ira y el resentimiento son pulsiones que la comunidad humana no puede superar fácilmente, a pesar de sus pretensiones de moralidad.

En última instancia, el pueblo refleja la complejidad de la naturaleza humana: una tensión perpetua entre lo instintivo y lo ideal, lo colectivo y lo individual, revelando la imposibilidad de una transformación moral completa sin enfrentar los impulsos más oscuros y primitivos que persisten en la psique colectiva.

¿Cambiar, es posible?

La narrativa de *Los motivos del lobo* cuestiona la posibilidad de una redención absoluta. El regreso del lobo a su estado salvaje, lejos de ser un fracaso individual, pone de manifiesto las limitaciones tanto de la civilización como de la espiritualidad para contener lo instintivo. Desde la perspectiva de Hobbes, el conflicto entre lo salvaje y lo civilizado es intrínseco a la naturaleza humana, mientras que el simbolismo cristiano de San Francisco refleja la aspiración de superar estas tensiones mediante la fe.

En el poema, Darío parece sugerir que la fragilidad de la redención es una constante en la experiencia humana. La violencia, la hipocresía y las pulsiones primitivas no son anomalías, sino componentes inevitables de la condición humana. Este pesimismo se entrelaza con una crítica al idealismo cristiano, cuestionando si la redención espiritual puede prevalecer en un mundo donde las dinámicas sociales perpetúan el conflicto y la exclusión.

En 'Los motivos del lobo,' Rubén Darío presenta una alegoría de la lucha eterna entre lo instintivo y lo moral, lo colectivo y lo individual. A través del lobo, San Francisco y el pueblo, el poeta cuestiona la posibilidad de redención y la capacidad de la sociedad para reconciliar sus contradicciones éticas. Este simbolismo, profundamente enraizado en la tradición literaria y filosófica, trasciende su tiempo, incluso el lector contemporáneo puede en la actualidad cuestionar y reflexionar sobre la fragilidad de los valores humanos frente a las fuerzas primarias que subyacen en la condición humana.

Hermenéutica filosófica del poema.

Perspectiva Nietzscheana.

Desde una perspectiva nietzscheana, Los motivos del lobo puede interpretarse como una alegoría de la tensión entre las fuerzas apolíneas y dionisiacas. Nietzsche, en *El nacimiento de la tragedia* (1872/2000), describe estas fuerzas como representaciones del orden racional y del caos instintivo, respectivamente. En el poema, San Francisco encarna lo apolíneo: la espiritualidad, la razón y el esfuerzo por imponer la moralidad sobre lo salvaje. Por otro lado, el lobo simboliza lo dionisiaco: lo irracional, primitivo y destructivo que subyace en la condición humana.

La interacción entre ambos refleja la lucha por controlar los instintos mediante la moralidad. Aunque San Francisco logra domar temporalmente al lobo, su regreso a la violencia expone la irreprimible fuerza de lo dionisiaco. Este desenlace, que subraya la incapacidad de la civilización para erradicar completamente los instintos primarios, resuena con la visión de Nietzsche sobre la naturaleza humana, donde lo apolíneo y lo dionisiaco coexisten en una frágil armonía. En el poema, Darío parece sugerir que esta dualidad es una condición inmutable del ser.

En *Los Motivos del Lobo*, San Francisco de Asís personifica lo apolíneo: su figura es la de un hombre religioso, dedicado al bien, la razón y la pacificación de las bestias. El lobo, por otro lado, simboliza lo dionisiaco, lo primitivo y lo indomable, lo que surge de la naturaleza salvaje y no puede ser completamente sometido por las estructuras de la moral o la religión. Al transformar temporalmente al lobo, San Francisco intenta imponer el orden apolíneo sobre el caos dionisiaco. Sin embargo, la naturaleza instintiva del lobo no puede ser eliminada. Su retorno a la violencia tras la ausencia del santo revela la irreprimible fuerza de lo dionisiaco, que no puede ser domesticado por completo. Darío parece coincidir con Nietzsche en que la naturaleza humana está indefectiblemente atada a estos impulsos profundos y caóticos, y que la civilización solo puede suprimirlos momentáneamente, pero nunca extirparlos por completo.

Visión del ser humano como animal simbólico.

¿Es correcto valorar a los humanos por encima de otras formas de vida?

Ernst Cassirer, en *An Essay on Man* (1944), describe al ser humano como un "animal simbólico", capaz de construir y habitar un universo de significados más allá de lo puramente físico. En *Los motivos del lobo*, esta capacidad simbólica se manifiesta en el intento de San Francisco por transformar al lobo mediante el lenguaje y los valores culturales. El lobo, figura de lo salvaje, es temporalmente civilizado a través de un pacto simbólico, convirtiéndose en un reflejo de la lucha humana por trascender sus instintos primarios.

Según Cassirer (1944), el ser humano no sólo vive en un mundo de objetos físicos, sino que habita un mundo de significados y símbolos. En *Los Motivos del Lobo*, la transformación del lobo en una criatura "civilizada" refleja el poder simbólico del lenguaje y los valores morales que San Francisco representa. El lobo, como símbolo de lo salvaje, se convierte en una metáfora de la lucha del ser humano por trascender sus instintos mediante el lenguaje y los símbolos culturales que estructuran la convivencia social.

Sin embargo, Darío también expone los límites de esta transformación simbólica. Cuando el entorno social se torna hostil, el lobo regresa a su estado violento, sugiriendo que los símbolos culturales, aunque poderosos, no pueden suprimir por completo los impulsos primarios. Esta tensión entre el símbolo y el instinto resalta la dualidad del ser humano, atrapado entre la aspiración moral y las fuerzas incontrolables de su naturaleza. Así, el poema actúa como una crítica al idealismo cultural que pretende dominar lo indómito mediante normas simbólicas.

La redención y el fracaso del cambio.

¿Puede la redención espiritual realmente transformar la naturaleza de los seres? El poema sugiere que no.

La redención espiritual, simbolizada en *Los motivos del lobo* por la intervención de San Francisco, plantea preguntas fundamentales sobre la capacidad de transformación moral. En la tradición cristiana, la redención implica una transformación radical del ser mediante la gracia divina. En el poema, sin

embargo, esta transformación es temporal y frágil. El lobo, inicialmente redimido por San Francisco, regresa a su naturaleza violenta cuando es rechazado por la sociedad, lo que evidencia los límites del cambio espiritual en un entorno corrupto.

El final del poema, donde el lobo regresa a su naturaleza violenta después de un periodo de transformación, plantea una profunda reflexión sobre la posibilidad de cambio y redención en el ser humano. La redención, que parecía lograrse mediante la intervención de San Francisco, fracasa cuando el lobo se enfrenta nuevamente a la crueldad y corrupción de la sociedad humana. Esto podría interpretarse como una crítica de Darío a la idea de que el cambio moral o espiritual puede ser duradero en un entorno hostil y corrupto.

Desde esta perspectiva, el poema no sólo señala las limitaciones del individuo para cambiar en un vacío moral, sino que también cuestiona la capacidad de la sociedad para sostener el cambio. La redención en *Los Motivos del Lobo* no depende exclusivamente del lobo, sino de las condiciones que lo rodean. El lobo es capaz de someter sus instintos mientras se le trata con dignidad, pero cuando es rechazado y abusado, su transformación moral colapsa. Esto sugiere que la naturaleza humana, al igual que la del lobo, no puede transformarse de manera aislada; el entorno juega un papel crucial en el sostenimiento o fracaso del cambio.

Esta narrativa resuena con la perspectiva de Hobbes (1651/1996), quien argumenta que los instintos primarios del ser humano son inevitables y que sólo pueden ser contenidos, no eliminados, por la civilización. Asimismo, Kierkegaard (1843/1983) aporta una dimensión existencial al analizar la redención como un proceso que requiere no solo fe, sino también un entorno propicio. En el caso del poema, la transformación del lobo fracasa no solo por sus instintos, sino por la hostilidad del pueblo, que actúa como catalizador de su regreso a lo salvaje.

En última instancia, Darío parece señalar que, aunque el cambio es posible, la redención nunca es completa ni definitiva. La sombra del pasado y los impulsos primarios siempre están presentes, esperando el momento para resurgir cuando las circunstancias se deterioran. La humanidad, al igual que el lobo, puede aspirar a la virtud, pero esa virtud está en constante amenaza por las fuerzas del

entorno y los instintos primigenios. El poema refleja una visión pesimista del proceso de redención, donde los intentos de cambio siempre están condicionados por las debilidades inherentes de la naturaleza humana y las estructuras sociales que la rodean.

El mal como parte del ser.

En una lectura hermenéutica del poema *Los motivos del lobo*, es posible interpretar el mal como una fuerza intrínseca al ser, que no puede reducirse a las rígidas categorías morales de lo bueno y lo malo. El lobo, que en este contexto actúa como el símbolo de lo salvaje, no es inherentemente malvado; sus acciones violentas, aunque destructivas, pueden ser vistas más como una manifestación de su naturaleza instintiva que como un acto deliberado de maldad. Desde la perspectiva humana, sin embargo, estos impulsos instintivos son percibidos como malvados, ya que se alinean con una visión moral y civilizada que clasifica las acciones en términos de bien y mal. Este contraste subraya una de las tensiones centrales del poema: la lucha entre la naturaleza primitiva y las expectativas éticas de la sociedad.

El lobo, en este sentido, representa la dualidad inherente a la existencia humana, donde las tensiones entre los instintos y las aspiraciones morales definen la conducta. Como el lobo, el ser humano se encuentra constantemente atravesado por fuerzas contradictorias que le impulsan tanto hacia la violencia y la irracionalidad como hacia la reflexión ética y el control moral. Darío parece sugerir que el mal no es algo externo o ajeno al ser, sino una parte intrínseca de su naturaleza, una manifestación de los impulsos más primitivos que coexisten con los valores civilizados. Así, el mal se convierte en una fuerza ambigua y contradictoria, que no se puede reducir a una simple polaridad moral.

Desde una óptica filosófica, la propuesta de Darío sobre el mal parece alinearse con la visión de que las categorías morales de la civilización —lo bueno y lo malo— son construcciones sociales que intentan ordenar y dar sentido a la complejidad de la experiencia humana. El mal, entonces, podría ser entendido como una manifestación de esa complejidad, un fenómeno que trasciende los límites de la moral tradicional y se inserta de manera natural en la vida. Esta concepción del mal desafía las nociones simplistas de la moralidad, invitando a

una reflexión más profunda sobre las fuerzas que rigen la conducta humana y la naturaleza de las tensiones entre lo instintivo y lo racional.

El poema de Darío plantea que el mal no es un fenómeno ajeno a la naturaleza humana, sino una parte intrínseca del ser. La figura del lobo, lejos de ser simplemente un símbolo de la maldad absoluta, refleja las contradicciones y complejidades de la vida misma. A través de su análisis hermenéutico, podemos apreciar cómo el mal se presenta no solo como una fuerza externa que acecha al hombre, sino como una dimensión inherente a su existencia, que debe ser comprendida dentro de los términos de una lucha interna y constante entre la naturaleza salvaje y las aspiraciones morales impuestas por la civilización.

Trinidad simbólica en Los motivos del Lobo.

En Los motivos del lobo, la interacción entre el lobo, San Francisco y el pueblo puede analizarse como una trinidad simbólica que representa las tensiones fundamentales de la condición humana. El lobo encarna los instintos primitivos y destructivos; San Francisco simboliza la espiritualidad y el esfuerzo por redimir lo salvaje; y el pueblo representa la colectividad humana y sus normas sociales.

Esta trinidad, analizada desde la perspectiva de Jung (1964) y Eliade (1959), refleja la dinámica universal entre opuestos que buscan reconciliarse mediante un principio trascendental. Según Jung, la integración de lo consciente y lo inconsciente es clave para alcanzar el equilibrio psíquico, mientras que Eliade describe la trinidad como un arquetipo que simboliza la resolución de tensiones a través de una mediación superior. En el poema, esta mediación parece fallar, dejando al lector con una visión pesimista de la posibilidad de equilibrio entre los instintos y la civilización.

El pueblo, como tercer elemento, desempeña un papel crucial en esta dinámica. Su rechazo al lobo, incluso después de ser domesticado, pone de manifiesto las contradicciones de la humanidad colectiva, que perpetúa la exclusión y la violencia. Esta trinidad no solo expone el conflicto entre lo salvaje y lo espiritual, sino también la incapacidad de la sociedad para sostener el cambio moral y espiritual.

La tríada que en su conjunto juega como la trinidad del poema. Tres actores que conforman un todo unificado, un universo complejo donde funcionan como un engranaje, cada pieza afecta a la siguiente. Tres que son uno sólo para Darío, un poema.

El lobo: símbolo de la naturaleza salvaje y los instintos primitivos, representa el aspecto irracional y destructivo que existe en la condición humana.

San Francisco: figura de la espiritualidad y la redención, encarna el esfuerzo consciente de transformación moral y espiritual.

La mediación de Dios o el perdón divino: como tercer elemento, puede interpretarse la figura de Dios o un principio de trascendencia espiritual que, además de dictar las reglas de moralidad, ofrece una vía para armonizar las tensiones entre lo salvaje y lo espiritual.

Este enfoque de la trinidad permite ver el conflicto no sólo como una oposición de dos fuerzas, sino como una dinámica que busca resolverse a través de un tercer principio. Así, el poema podría interpretarse no solo como una lucha entre lo civilizado y lo salvaje, sino como un proceso que, mediante la intervención de un elemento divino o trascendental, tiende hacia la redención y el equilibrio (Jung, 1964; Eliade, 1959).

El Modernismo, caracterizado por su interés en los conflictos internos del ser humano y las tensiones entre lo elevado y lo decadente, proporciona un marco adecuado para analizar esta trinidad simbólica. La literatura modernista frecuentemente explora la interacción entre la civilización y las fuerzas salvajes que la amenazan, además de los intentos de redención o transformación. En este sentido, la trinidad en Los motivos del lobo refleja el dilema modernista entre la renovación espiritual (San Francisco), los instintos primitivos (el lobo) y las consecuencias sociales (el pueblo). Esta interpretación amplía la comprensión de la obra de Darío y conecta con temas universales sobre la relación entre el individuo, la espiritualidad y la sociedad (Eliade, 1959; Jung, 1964).

Este enfoque trinitario puede relacionarse con otros autores, como Jung y Eliade, quienes estudian la integración de opuestos y la mediación simbólica de conflictos humanos a través de figuras míticas o religiosas, lo que enriquece el

análisis literario del poema y lo sitúa en un contexto de significados más amplios y profundos.

Dentro del contexto del Modernismo, que exploraba la fragmentación de la identidad humana y las tensiones entre fuerzas opuestas, el marco de la trinidad se alinea bien con la búsqueda de síntesis y renovación espiritual. Este movimiento literario, profundamente influido por el simbolismo, utiliza un tercer elemento para representar la búsqueda de un estado superior de conciencia o equilibrio, algo que resuena con las preocupaciones filosóficas de la época. Autores como Mircea Eliade (1959) y Carl Jung (1964) explican cómo la trinidad simboliza universalmente el equilibrio y la resolución de conflictos: Eliade sugiere que la trinidad frecuentemente implica la integración de opuestos, mientras que Jung subraya la unificación de los aspectos conscientes e inconscientes de la psique humana.

Al reinterpretar el conflicto del poema bajo esta perspectiva simbólica, el análisis permite una nueva lectura, donde la resolución entre el lobo y San Francisco no depende únicamente de su dualidad, sino de la intervención de una fuerza que trasciende y unifica ambas naturalezas. Este enfoque también puede vincularse con *Cien años de soledad*, donde fuerzas opuestas, como el progreso y la decadencia o la soledad y la comunidad, son reconciliadas mediante personajes o eventos que representan síntesis simbólicas, como en el ciclo repetitivo de la historia de los Buendía, en el cual el tiempo circular intenta alcanzar un equilibrio final (García Márquez, 1967).

Más allá de la dualidad entre el lobo y San Francisco, es posible considerar una trinidad simbólica que incluya al pueblo como un tercer elemento en el poema de Rubén Darío. Esta trinidad enriquece la interpretación del conflicto y profundiza en el análisis del simbolismo de la obra.

El lobo: representa la naturaleza salvaje, los instintos primitivos y destructivos que habitan en el ser humano. El lobo simboliza lo irracional y lo instintivo, fuerzas que no pueden ser contenidas solo con normas morales. Su retorno a la violencia sugiere la persistencia de los instintos frente a la civilización.

San Francisco: simboliza la espiritualidad y el esfuerzo por redimir lo salvaje. Como mediador entre el lobo y el pueblo, San Francisco busca reconciliar el

instinto con la moralidad, el caos con el orden, desempeñando un papel crucial en la armonía de estos opuestos. Su incapacidad para transformar definitivamente al lobo revela los límites de la bondad ante la naturaleza.

El pueblo: representa la humanidad colectiva, las normas sociales y la civilización. Es el que sufre las consecuencias del descontrol del lobo y también es testigo de la redención intentada por San Francisco. Como entidad simbólica, el pueblo se encuentra entre el miedo al lobo y su necesidad de protección espiritual. El rechazo al lobo después de haber sido domesticado evidencia el papel de la sociedad en perpetuar la exclusión y la violencia.

La inclusión del pueblo en esta trinidad resalta cómo los conflictos entre lo salvaje y lo espiritual no se resuelven únicamente en el plano individual, sino en un contexto social. El lobo, como amenaza para la comunidad, obliga al pueblo a recurrir a San Francisco como salvador. No obstante, la relación entre estos tres elementos no es simple; el pueblo desea la destrucción del lobo, pero San Francisco busca su redención, lo cual crea una tensión entre las expectativas colectivas y el ideal de transformación espiritual. Este triángulo simbólico permite explorar una dimensión más compleja del conflicto humano, en la cual la lucha no solo ocurre entre lo instintivo y lo moral, sino también en relación con el impacto de dicha lucha en la estructura social y comunitaria (Eliade, 1959; Jung, 1964).

Nietzsche, en *Más allá del bien y del mal*, argumenta que los valores morales son construcciones culturales, no inherentes a la naturaleza humana, una idea que se refleja en la representación del lobo como símbolo de una naturaleza salvaje y no completamente domesticable (Nietzsche, 1886/2006). La imposibilidad de domar por completo al lobo sugiere una crítica al concepto de moralidad impuesta, planteando que hay aspectos de la naturaleza humana que permanecen inmutables ante el control cultural y ético.

Por su parte, Kierkegaard aporta una dimensión existencial al análisis de la redención en el poema. Su énfasis en la fe y el sufrimiento como vías hacia la comprensión y la transformación del ser humano (Kierkegaard, 1843/1983) encuentra eco en la relación entre San Francisco y el lobo. La temporal transformación del lobo bajo la influencia de San Francisco, seguida de su

retorno a la violencia, representa la tensión irresoluble entre la dimensión espiritual y los instintos primarios que Kierkegaard observa en la condición humana.

Finalmente, la ética de Aristóteles contribuye una base racional al análisis de las decisiones morales en el poema, especialmente al considerar que las virtudes deben desarrollarse a través del hábito y la reflexión (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 350 a.C./1999). Esta perspectiva sugiere que, tanto en el ser humano como en el lobo, la capacidad de transformación moral es limitada y está sujeta a una naturaleza que podría resistir dicha evolución.

En conjunto, estas visiones filosóficas enriquecen la interpretación del poema, permitiendo ver el conflicto entre el lobo y San Francisco no solo como un simple enfrentamiento entre el bien y el mal, sino como una exploración de las posibilidades y limitaciones de la transformación ética. Así, el poema plantea preguntas universales sobre la capacidad humana para trascender sus inclinaciones naturales, sugiriendo que la redención, en última instancia, puede ser una aspiración, pero no siempre una realidad alcanzable.

Los motivos del lobo de Rubén Darío es una obra profundamente filosófica que trasciende su contexto modernista para explorar las tensiones universales entre lo instintivo y lo civilizado, lo individual y lo colectivo, y lo espiritual y lo social. A través de su análisis hermenéutico, el poema revela las limitaciones de la redención, la fragilidad de los símbolos culturales y la persistencia de los impulsos primarios en la naturaleza humana. Conectando con las perspectivas de Nietzsche, Cassirer, Hobbes, Jung y Eliade, Darío nos confronta con la complejidad del ser humano y sus luchas internas, dejando un mensaje tan inquietante como relevante: la transformación es posible, pero siempre estará amenazada por las fuerzas del entorno y las sombras del pasado.

Capítulo 1. Análisis del poema y de los personajes: San Francisco, pueblo y el Lobo.

Este capítulo examina Los motivos del lobo a través de un análisis detallado de sus versos y personajes principales: San Francisco, el pueblo y el lobo. El estudio se enfoca en las interacciones entre estas figuras, desentrañando las implicaciones literarias, éticas y simbólicas que configuran los conflictos centrales del poema. Además, se aborda cómo las tensiones entre naturaleza, moralidad y redención revelan las complejidades de la condición humana y la civilización. A través de una revisión verso a verso, se exploran las ideas implícitas y explícitas del texto, ofreciendo una interpretación integral del simbolismo en las interacciones entre estos personajes y cómo reflejan los conflictos inherentes entre la naturaleza humana, la moral colectiva y la ética.

Este capítulo presenta un análisis detallado del poema, en él se exploran tanto sus aspectos literarios como las implicaciones filosóficas y psicológicas de sus personajes centrales: San Francisco, el pueblo y el lobo. Decodificando los significados textuales del mismo y llegando a extraer las ideas que se manejan en el texto. A través de una revisión meticulosa verso por verso y escena por escena, el estudio examina cómo

El análisis comienza con una interpretación de los versos, de donde emergen los elementos clave del conflicto ético y moral. Se sigue un enfoque estructurado para el estudio de las escenas, donde se evalúan las dinámicas de poder, la capacidad de transformación y los límites de la compasión en cada personaje. Posteriormente, se realiza una interpretación de las ideas implícitas en el texto, que revelan la dualidad entre los instintos primitivos y la aspiración a la redención espiritual, arrojando luz sobre la complejidad de la naturaleza humana y las tensiones irresueltas entre civilización y barbarie en la psique colectiva.

Este capítulo constituye una base esencial para comprender la simbología de los personajes y sus significados en el contexto de la naturaleza del mal y la posibilidad de transformación.

Análisis del poema por versos.

Verso 1:

"El varón que tiene corazón de lis"

Este verso presenta al antagonista, Francisco de Asís, un santo cuya característica es la de un hombre con un corazón puro, representado por la flor de "lis", que es una flor conocida por su pureza, que simboliza el árbol de la vida, la perfección, la luz, la resurrección y la gracia de Dios, puede haber aquí un comportamiento metafórico más profundo, como la relación que guarda la flor de lis o lirio con alquimistas como Hermes Trismegisto, mismo que acogió el símbolo de la flor de lis en su alquimia, sirviéndole para aleccionar a sus discípulos en el ceremonial para el culto de los dioses antiguos, una clara similitud a lo que hace un santo para adoctrinar a los creyentes en un culto dirigido hacia la divinidad. En términos francos, Francisco es un símbolo de virtud, conexión divina y espiritualidad.

Verso 2:

"alma de querube, lengua celestial",

En este verso, se continúa describiendo a Francisco. Se le compara con un "querube" o querubín, siendo este un ángel que está junto al trono de Dios, es decir, un ser angelical de rango inferior, en la referencia al querubín se puede interpretar por ejemplo en el significado del nombre que significa "los que están próximos" o "los segundos", los cuales son considerados como los guardianes de la gloria de Dios, haciendo una clara alusión de que Francisco habla de una manera angelical o celestial, siendo de nueva cuenta una referencia a la conexión de Él con la divinidad.

Versos 3-4:

"el mínimo y dulce Francisco de Asís, está con un rudo y torvo animal",

Estos versos siguen con la referencia descriptiva en calificativos que se le otorga a Francisco de Asís, llamándolo mínimo o pequeño y dulce o blando, pero aquí se señala al protagonista del poema y lo hace en una interacción entre Francisco y el "rudo y torvo animal", que es también una forma sutil de decir rudo o tosco,

majadero, grosero y torvo que es amenazador, espantoso, terrible o peligroso, con una clara similitud a la leyenda de Francisco y el lobo de Gubbio. Sugiriendo un notable y poderoso contraste entre la pequeñez y dulzura de Francisco y la grotesco de la ferocidad del lobo. ¿Cómo se pueden reconciliar dos naturalezas tan opuestas?

Versos 5-6:

"bestia temerosa, de sangre y de robo, las fauces de furia, los ojos de mal:"

Estos versos se describe al protagonista el lobo con calificativos que van en polos consecuentemente opuestos a Francisco, primero lo llama bestia, un ser salvaje, bárbaro, bruto también para hacer notar su condición de criatura animal, prosigue con temerosa que se impone por su peligrosidad, en algo digno de ser temido o que causa miedo, asociándolo con el instinto de matar o de provocar la sangre y el robo o el saqueo, de fauces de furia o de hocico enojado, molesto, mostrando los colmillos en gruñido, con una mirada dispuesta a la violencia, con ojos de mal, aquí Darío representa al lobo en ser de naturaleza oscura y primitiva, que bien puede considerarse que se deja llevar por sus impulsos, como es la violencia y la codicia. ¿Es el mal un rasgo inherente a la naturaleza, o puede ser transformado?

Versos 7-8:

"¡el lobo de Gubbio, el terrible lobo!

Estos versos refuerzan la reputación aterradora del lobo, "Crea fama y échate a dormir" dice coloquialmente el refrán, es decir, su reputación lo antecede, es malo, aquí Darío revela la identidad de ese lobo la leyenda del lobo de Gubbio, que proviene del texto "las florecillas de San Francisco, el lobo de Gubbio era un lobezno que tenía en jaque a la ciudad italiana de Gubbio, la diferencia es que ese lobo se reivindicó y dejó de causar mal, volviéndose en un animal prácticamente domesticado querido en esa comarca. Pero volviendo a la interpretación este lobo era colérico, impulsivo, rabioso, tan ruin que había arrasado y empobrecido los territorios cercanos causando estragos en su entorno. Siendo el lobo una representación de destrucción y caos. ¿Es el mal inherente al ser o una respuesta a las condiciones externas?

Versos 9-12:

"Rabioso, ha asolado los alrededores; cruel, ha deshecho todos los rebaños; devoró corderos, devoró pastores, y son incontables sus muertes y daños. Fuertes cazadores armados de hierros"

El poema describe las acciones violentas y destructivas del lobo, que no había enemigo o némesis para contrarrestar al lobo, que quienes lo habían intentado, habían pagado su osadía con muerte o dolor, aquí el lobo muestra su poder al vencer a cazadores armados y feroces perros, pero se puede notar el detalle de los actos del lobo devorar corderos, pastores y destruir rebaños y son incontables, de tantas ya nadie tiene un control de la cantidad de daño que ha infringido, incluso aquellos que preparados para la batalla los fuertes cazadores no han logrado detenerlo, como si se tratase de alguien imparable, ingobernable e invencible, una sabia simbología de la naturaleza indomable, de la violencia, de la maldad y la crueldad en su forma más salvaje causando destrucción y caos desenfrenado. ¿Cómo puede la civilización enfrentarse a estas fuerzas?

Versos 13-16:

"fueron destrozados. Los duros colmillos dieron cuenta de los más bravos perros, como de cabritos y de corderillos. Francisco salió: al lobo buscó"

Nadie puede detener al lobo, es imparable y no discrimina, ataca por igual todo a su paso, sea un perro o un corderito, los sucumbe en su matanza, aquí se demuestra la incapacidad de los cazadores para controlar al lobo y que incluso trayendo a perros feroces no han podido causarle la muerte. Entrando en la acción Francisco, como salvador que trata de ayudar y en su paso se dirige a enfrentar al lobo. Aquí Francisco se asume como un símbolo de valentía y decisión que desafía la incertidumbre enfrentándose de lleno al caos. ¿Qué tipo de intervención será necesaria para detener a este ser imparable? ¿Es la fuerza física suficiente, o se requiere una fuerza espiritual o moral?

Versos 17-19:

"en su madriguera. Cerca de la cueva encontró a la fiera enorme, que al verle se lanzó feroz contra él."

Francisco llega al encuentro pero “el que busca encuentra” y el lobo respondió de la forma lógica que debía y es de manera hostil, porque iba a creer que las intenciones eran diferentes, se lanza para que venga al encuentro, para dejar claro que las reglas son las del lobo y cualquier arrebato puede terminar con su vida, es un Francisco valiente y arrebatado enfrentando al lobo en su guarida, él fue a buscar al peligro y como bien dicen se metió a la cueva del lobo, en un claro intento de confrontación pero en plan de duelo sino como un enfrentamiento entre la bondad y la ferocidad, la luz y la oscuridad, en esa batalla que se da en la búsqueda de la redención y la reconciliación en medio de la violencia. La complejidad de la medicación de la paz entre el obstáculo del resentimiento y el peligro de la violencia. ¿Es la confrontación directa con el mal, pero desde un lugar de compasión y diálogo, una solución más eficaz que la violencia?

Versos 20-23:

"Francisco, con su dulce voz, alzando la mano, al lobo furioso dijo: —¡Paz, hermano lobo!—"

Aquí se ve a un Francisco que está en equilibrio, en calma, en autoridad y le dice Paz, hermano lobo, es decir no vengo en busca del conflicto, vengo en calma, tranquilo, quiero prácticamente dialogar, ante la reacción de hostilidad ante la presencia de Francisco, el santo usa su voz, esa que bien dejamos clara es dulce y casi angelical y levanta su mano como alguien que pide detenerse para después pedir paz. Se puede interpretar que Francisco representa la compasión y la reconciliación, incluso con aquellos que parecen irreparables y hace un intento de comunicación y transformación a través de la compasión, de dejar clara la intención vengo en paz y te la extiendo, pido paz, haz una tregua y detente. ¿Cómo podríamos transformar situaciones difíciles si abordamos el conflicto con compasión y no con agresión? ¿Qué rol juega la empatía en la resolución de conflictos?

Versos 24-26:

"El animal contempló al varón de tosco sayal; dejó su aire arisco",

El lobo observa a un hombre con una túnica o hábito color café, color y vestimenta representativa de los franciscanos, baja la guardia, deja su enojo, cambia de actitud, haciendo ver que la presencia de Francisco tiene un efecto profundo en el lobo.

Versos 27-29:

"cerró las fauces abiertas agresivos, y dijo: —¡Está bien, hermano Francisco!—"

Podría decirse que el lobo se somete, pero no siento que sea así, más bien el lobo cambia su actitud agresiva y habla acorde a su visitante, el lobo finalmente cede a la súplica de Francisco y acepta la paz. Estos versos resaltan la capacidad de la compasión y la dulzura para cambiar incluso a los más feroces. Un claro mensaje sobre la redención y la transformación, reaccionamos ante la circunstancia y en su debida proporción, el lobo actúa en tranquilidad porque eso refleja Francisco y responde ante él con asombro y esperanza de cambio y deja entrever que es posible una transformación. ¿Es el mal algo que puede ser domesticado o redimido? ¿Qué papel juega la compasión en este proceso?

Versos 30-33:

"—¡Cómo!— exclamó el santo —Es ley que tú vivas de horror y de muerte? ¿La sangre que vierte tu hocico diabólico, el duelo y espanto"

Empieza con una exclamación de ¡Cómo! que bien podría ser de sorpresa más que de cuestionamiento, y luego lo interpela, lo confronta con la necesidad de vivir de la manera que lo hace, es necesario que vivas causando pánico, pavor y muerte, trayendo desgracia, pero lo hace en una conversación que va del cuestionamiento de la violencia y prosigue en decirle traes mucha sangre a cuentas, causas decesos, duelos, miedo tratando de llamar a la comprensión, sugiriendo como lo ven los demás, Francisco se cuestiona si la naturaleza violenta del lobo es una ley inmutable. Esto puede mostrar una reflexión más profunda sobre la naturaleza del mal en el mundo. ¿Es el mal una elección o una necesidad? ¿Qué circunstancias llevan a los seres a actuar de manera violenta o destructiva?

Versos 34-38:

"que esparces, el llanto de los campesinos, el grito, el dolor de tanta criatura de Nuestro Señor,"

Francisco cuestiona al lobo sobre la violencia y el sufrimiento que ha causado y cómo este afecta a otros. Trayendo sufrimiento la violencia es un emisario del mal, esto es un llamado a la responsabilidad y la comprensión de las consecuencias de la violencia. ¿Cómo nuestras decisiones y comportamientos afectan a otros? ¿Es posible que el mal sea el resultado de una falta de conciencia sobre el daño que causamos?

Versos 39-41:

"¿No han de contener tu encono infernal? ¿Vienes del infierno? ¿Te ha infundido acaso su rencor eterno Luzbel o Belial?"

Sugiere que es una criatura poseída por alguna entidad demoniaca o bien que proviene de esos bajos astrales, cuestiona la fuente del odio del lobo incluso lo asocia con algunos nombre del Diablo. Francisco se pregunta si el lobo es una manifestación del mal o si ha sido influenciado por fuerzas infernales. Como un Ricouer queriendo encontrar significado y simbólica del mal y su origen. ¿El mal es siempre algo inherente a una persona o criatura, o puede ser el resultado de influencias externas? ¿Es el lobo un agente consciente de sus actos, o es víctima de una condición que lo ha llevado a comportarse de esa manera?

Versos 42-44:

"Y el gran lobo, humilde: —¡Es duro el invierno!"

Aquí Darío ya habla de una especie de humildad, el poderoso lobo arrogante y soberbio, el devorador de vidas se toma la molestia de contestar, el mal puede sufrir una transformación, pero dice algo fuerte es duro el invierno, retornando a la estación más fría, de escasez, de carencia, de temperaturas bajas y de mucho dolor para adaptarse y sobrevivir, el duro invierno, es también una justificación, las circunstancias me obligaron e hice lo que tenía que hacer.

Versos 45-48:

"¡y es horrible el hambre! En el bosque helado no hallé qué comer; y busqué el ganado,"

El lobo se devuelve en una explicación sencilla, es horrible el hambre, es imperativo comer para sobrevivir, nadie puede decir que es necesaria la búsqueda de la comida luego le prosigue en cómo su hambre lo llevó a atacar al ganado. Le dice hizo lo necesario para sobrevivir como es buscar el alimento y luchar contra la naturaleza, pidiendo de cierto modo comprensión ante las circunstancias que llevaron al lobo a actuar de esa manera. ¿Qué hacemos cuando las circunstancias nos obligan a actuar en contra de nuestros valores? ¿Hasta qué punto somos responsables de nuestras acciones cuando nos enfrentamos a condiciones extremas?

Versos 49-52:

"ya veces comí ganado y pastor. ¿La sangre? Yo vi más de un cazador sobre su caballo, llevando el azor al puño; o correr tras el jabalí,"

El lobo menciona haber visto a cazadores matando y derramando sangre de otros animales de cierta forma crítica a la hipocresía humana y el cómo los humanos también causan muerte y sufrimiento, también que la violencia es una salida de la naturaleza y cómo a veces se comete para satisfacer necesidades que les permitan sobrevivir.

Versos 53-57:

"el oso o el ciervo; ya más de uno vi mancharse de sangre, herir, torturar, de las roncadas trompas al sordo clamor, a los animales de Nuestro Señor".

Aquí mete la daga y le dice de qué me acusas y a quién defiendes son iguales o peores que yo, ellos cazan por diversión y causando sufrimiento y maltratos a los animales, una severa crítica a la crueldad humana hacia la naturaleza y otras criaturas, dejando en claro el ejercicio de la violencia humana hacia otras especies. Son iguales de lo que se quejan, la diferencia es que ellos están teniendo bajas y no han podido con el lobo.

Versos 58-62:

"¡Y no era por hambre, que iban a cazar! Francisco responde: —En el hombre existe mala levadura. Cuando nace, viene con pecado. Es triste."

Y remata yo lo hice por hambre, ellos en cambio lo hacen por sadismo, placer y diversión, matan por gusto, aquí Francisco responde a las observaciones del lobo, justificando a las personas con el pecado original y que siente pena por ellos, cuando él es uno de ellos, sugiriendo que el pecado inherente en los humanos es la causa de su maldad y crueldad. Aquí es un acto de hipocresía que limpia la cara a sus seguidores, como si eso eliminase el daño causado en sus actos. Francisco al final hace un reconocimiento de la naturaleza pecaminosa del hombre. Es malo por la naturaleza sugiere. ¿Somos más violentos o crueles que las criaturas que condenamos? ¿Qué nos justifica para juzgar la violencia del lobo si nosotros mismos participamos en la violencia por placer?

Versos 63-66:

"Mas el alma simple de la bestia es pura. Tú vas a tener desde hoy qué comer. Dejarás en paz rebaños y gente en este país."

Aquí Francisco destaca la pureza en la simplicidad del alma de la bestia, el alma de la bestia es pura en comparación con la de los humanos pecadores. Le asegura al lobo que tendrá comida a partir de ese día. Le promete al lobo que tendrá alimento sin causar más daño. Desarma el argumento del lobo que es el hambre y le dice hoy tendrás que comer, ya no es necesario luchar para sobrevivir, es posible la redención. ¿Es suficiente castigar el comportamiento violento, o debemos buscar comprender y aliviar las causas subyacentes?

Versos 67-70:

"¡Que Dios melifique tu ser montaraz!— —Está bien, hermano Francisco de Asís.— —Ante el Señor, que todo ata y desata,"

La promesa la cierra con una petición a la divinidad de aceptación, de redención, le pide a Dios que dulcifique al lobo, que lo haga más amigable y pacífico. y le pide cerrar el trato con él ante la mirada del omnipotente y con ello sea un pacto inquebrantable. Francisco invoca la voluntad de Dios.

Versos 71-74:

"en fe de promesa tiéndeme la pata. — El lobo tendió la pata al hermano de Asís, que a su vez le alargó la mano."

El lobo acepta y cierra el trato como quien estrecha una mano en señal de cumplir la promesa pactada, simbolizando un pacto entre el lobo y Francisco, marcado por la extensión de la pata y la mano, aceptar el trato y la decisión de cambiar. Una sutil representación de un pacto de caballeros donde se promete la transformación y la reconciliación en respuesta a la compasión y la fe.

Versos 75-77:

"Fueron a la aldea. La gente veía y lo que miraba casi no creía. Tras el religioso iba el lobo fiero",

La gente de la aldea se sorprende al ver al lobo, una reacción por demás esperada pues se nota cierta incredulidad al ver al lobo seguir pacíficamente a Francisco de Asís. La representación de la incredulidad humana ante la transformación y la reconciliación, así como la idea de que la compasión y la fe pueden cambiar las percepciones y las actitudes.

Versos 78-80:

"y, baja la testa, quieto le seguía como un can de casa, o como un cordero."

Aquí en el lobo, en un acto de sumisión, sigue a Francisco como un perro fiel, un perro de casa domesticado, sin duda una representación de la transformación y la domesticación de la bestia.

Versos 81-83:

"Francisco llamó a la gente a la plaza y allí predicó. Y dijo: —He aquí una amable caza".

Francisco reúne a la gente en la plaza y les predica la historia de la reconciliación con el lobo, su transformación, refiriéndose al acto de dicha reconciliación como una "amable caza", es decir, fue por su presa u objetivo y lo trajo, se alardea y lo presume como un trofeo. Puede verse como un mensaje sobre la paz y la redención y también como una metáfora de la capacidad de la fe y la compasión para cambiar las relaciones humanas y transformar enemigos en amigos. Aunque también se puede decir que Francisco se ufana de lo que hizo y se vanagloria, casi jactándose de lo que ha conseguido, doblegar al lobo.

Versos 84-87:

"El hermano lobo se viene conmigo; me juró no ser ya tu enemigo, y no repetirás su ataque sangriento. Vosotros, en cambio, daréis su alimento"

Empieza por nombrarlo como hermano, un igual, para darle el grado de aceptación, anuncia que el lobo ha aceptado la paz y pide a la gente que lo cuide en pago de no causar más daño les pide a los pobladores sean quienes le den su comida, siendo un acto conjunto de reconciliación y redención colectiva, donde la comunidad decide cambiar su actitud hacia una criatura anteriormente vista como enemiga, al tiempo que les impone la responsabilidad de su manutención.

Versos 88-90:

"a la pobre bestia de Dios.— —¡Así sea!—, contestó la gente toda de la aldea. Y luego, en señal de contentamiento,"

Y el colectivo rebosante ante la situación acepta la propuesta de Francisco y muestra su acuerdo, es decir que ese acto ante un enemigo común que se ha vuelto aliado pudo unir a la comunidad.

Versos 91-94:

"movió testa y cola el buen animal, y entró con Francisco de Asís al convento."

El lobo manifiesta señales de contentamiento y se va al convento con Francisco. Ahora transformado en un "buen animal", sigue a su guía. Esto puede verse como la culminación de la transformación del lobo y su reconciliación que trae consigo que pueblo y lobo pueda llevar una convivencia pacífica y la transformación espiritual.

Versos 95-98:

"Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo en el santo asilo. Sus bastas orejas los salmos oían y los claros ojos se le humedecían."

El de algún tiempo estuvo, estuvo en clara relación a un tiempo anterior o pasado, es decir, en otras palabras ya no está, lo estuvo, en aquel momento el lobo encontró en el templo asilo y refugio, escuchando los salmos y experimentando emociones que eran tan emotivas que lo movían a llorar. Es

decir hay una transformación completa del lobo, del lobo tosco y salvaje, un lobo sensible y redimido que vivió en armonía.

Versos 99-102:

"Aprendí mil gracias y hacía mil juegos cuando a la cocina iba con los legos. Y cuando Francisco su oración hacía, el lobo las pobres sandalias lamía."

El lobo tiene una respuesta favorable, reacciona con comportamientos más amigables y se integra en la vida del convento. Incluso muestra respeto, gratitud y devoción a Francisco al lamer sus sandalias durante la oración. Se puede decir entonces, que el lobo es un ejemplo de cómo la compasión y la bondad pueden influir en el comportamiento de los demás.

Versos 103-106:

"Salía por el monte, descendía al valle, entraba en las casas y le daban algo de comer. Mirábanle como a un manso galgo".

El lobo continúa interactuando pacíficamente con la gente de la aldea incluso puede considerarse que el lobo se convierte en una figura aceptada y querida en la comunidad. La importancia de la conjugación verbal en "Salía y descendía", nos remonta a un acción ocurrida en un tiempo pasado, hasta este punto el lobo muestra paz y la reconciliación haciendo las paces con la comunidad, sugiere que este cambio refleja la capacidad de la compasión, así como la influencia positiva de la fe, puede transformar incluso a aquellos que se consideraban malos.

Versos 107-110:

"Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo, desapareció, tornó a la montaña."

Tal parece que la ausencia de Francisco, es la pérdida del camino, el lobo pierde a su guía y regresa a sus instintos primitivos y retorna a su hogar, a su sitio seguro, a su territorio, la montaña, como si después de la partida de Francisco, el lobo volviera a sus instintos salvajes, siendo pues un recordatorio de que la paz y la transformación requieren un liderazgo constante y que existe fragilidad

en dicha transformación y puede revertirse en ausencia de la influencia positiva. Los cambios son moderados cuando los miedos se acrecientan.

Versos 111-114:

"y recomendaron su aullido y su saña. Otra vez sintieronse el temor, la alarma, entre los vecinos y entre los pastores; colmaba el espanto los alrededores,"

La mejor forma de dar a conocer que el lobo está de regreso no es elevando la voz con su aullido sino sembrando el terror para dejar las cosas claras, hay consecuencias si alguien se trata de asumir como rival y el lobo las marca con considerable pasión, bien lo dicen: "es mejor ser temido que amado", porque nadie cuerdo se enfrenta a algo que teme sin mediar las consecuencias, en cambio a lo que se ama, sabe bien que no responderá con el mismo ímpetu justo por esa reciprocidad de amor que pueda tener. En otra manera de verlo es que el lobo al volver a su estado salvaje, obviamente debía de integrarse a ese territorio hostil bajo las condiciones imperantes en el mismo, el regreso del lobo, es el recordatorio de que había retornado el enemigo y que ningún sitio era seguro, el lobo volvía a imponer miedo y la violencia en la comunidad. Siendo una advertencia sobre la fragilidad de la paz y la necesidad de mantenerla.

Versos 115-117:

"de nada servían el valor y el arma, pues la bestia fiera no dio treguas a su furor jamás",

El lobo retornado, vuelve más violento e impulsivo, en el refranero popular dirían "Un piojo resucitado, pica más fuerte"; es parte del instinto de supervivencia una bestia herida es más peligrosa y entonces, el lobo es presentado como una bestia feroz e implacable, que ha regresado con deseos de aterrorizar a la comunidad, a pesar de intentar la reconciliación, representa el lobo que la violencia es un consecuencia pero también una forma de actuar, el lobo no mostraba señales de misericordia en su comportamiento. Tan adecuada es la representación de la persistencia de los instintos naturales y salvajes que trae consigo la transformación y adaptación al entorno hostil, mostrando arrojo y hostilidad, también la idea de que el mal no cambia y precoz la idea de querer cambiar la naturaleza de la bestia, pues en su interior se arropan los deseos de

sangre y violencia. La pasión de la sangre al final vence la racionalidad, el lobo es tan bueno o malo según las exigencias de las circunstancias se lo han permitido.

"pues la bestia fiera no dio treguas a su furor jamás",

Las pasiones, divinas son las pasiones, muchos que nos hemos dejado llevar bajo el embrujo de las pasiones, sabemos bien que es muy complicado calmar el instinto, el placer se convierte en una necesidad y al final todo llega a desbordarse, las pasiones pueden procurar la ceguera racional y lanzarnos al abismo con una sonrisa en los labios, pero que puede impedir que una bestia salvaje o liberada vaya por ahí racionalizando su actuar, mediando las consecuencias y regresando a ponerse las cadenas, el lobo en este punto no tiene necesidad de tener piedad en su comportamiento, un lobo es pues una bestia fiera, y como todo bestia al encadenarse una parte se mantiene en latencia, esa pulsión al liberarse toma su forma más violenta, cualquiera que haya boxeado sabe que hay límites pero una vez "calientes los ánimos" no hay forma de contención que no sea el arrebató violento y sangriento del enfrentamiento, un llamado de atención sobre la persistencia de los instintos naturales y la violencia que puede prevalecer cuando se pierde la compasión y la reconciliación, en otras palabras una bestia no cambia su naturaleza de primitiva.

Versos 118-120:

"como si tuviera fuegos de Moloch y de Satanás."

En el arrebató siguiendo con el ejemplo del boxeador, ya no hay límites de consciencia es simplemente el impulso liberado de ese cautiverio, bien puede decirse que se raya en los límites de la locura y el sadismo, considerándose incluso por el espectador que el boxeador ha caído presa de una posesión demoniaca, un lobo por qué habría de detenerse, el lobo se asume en un símbolo de destrucción y maldad, comparado con fuegos demoníacos, se convierte pues en un esbirro infernal que es un sinónimo de maldad, salvajismo indomable y peligro constante.

Versos 121-123:

"Cuando volvió al pueblo el divino santo, todos le buscaron con quejas y llanto, y con mil querellas dieron testimonio"

Esto me llega, suena a verso pero es anécdota, cuántas veces los ofendidos no han sido los primeros en ofender, cuántas veces el victimario ha parecido ser la víctima, claro, si escuchamos a "Caperucita" el lobo siempre será el villano, pero considero que esto es un fragmento del juego hipócrita con que la mayor parte de la gente se disfraza, les cuesta ser francos, les duele la verdad, se refugian en máscaras de hipocresía y condescendencia, cuando en realidad son los primeros atacantes y claro, cuando reciben respuesta tienen las mejillas bañadas en llanto y la voz quebrada para decir mire me está haciendo daño, pobre de mí y se arrojan al piso lamentándose, me suena tan familiar, pero retomando el verso, el pueblo llorón pide la intervención de Francisco, para que este los socorra y ayude, la pobre población va a pedir en su conjunto que Francisco les proteja y los ampare ante el regreso del violento del lobo, es una muestra clara que los débiles siempre se unifican para atacar y en su imposibilidad de mediar con la violencia piden la intervención de un intermediario para no rasgar sus vestiduras o por el miedo inherente que se causa, su falta de capacidad de encontrar soluciones los hacen actuar como cobardes, tan poderoso es un lobo solitario que sus acciones tienen un impacto significativo en la comunidad.

Versos 124-126:

"de lo que sufrían y perdían tanto por aquel infame lobo del demonio."

Continuando con las lamentaciones, el pueblo llora y se regodea de su dolor y sufrimiento, lamentando las pérdidas y daños que padece debido a la violencia del lobo, al que ahora llaman "infame lobo del demonio". Sin duda una expresión de la impotencia humana ante la maldad y su desconocimiento para interactuar con ella.

Versos 127-129:

"Francisco de Asís se puso severo. Se fue a la montaña a buscar al falso lobo carnicero".

Una vez que los oídos de Francisco se han llenado de quejas, lamentos y resentimientos, se molesta yendo tras el lobo ahora por segunda vez pero de

una manera más firme y determinada, mostrando valor para ir y enfrentar al lobo, buscando no una respuesta ni restablecer la paz, sino saldar el agravio de verse decepcionado y engañado por el personaje del lobo; se va a confrontar al lobo una vez más, resolver conflictos, incluso cuando parecen insolubles, dando muestras de valor, coraje, aplomo y determinación.

Versos 130-133:

"Y junto a su cueva halló a la alimaña. —¡En nombre del Padre del sacro universo, conjúrote! —Hermano Francisco, no te acerques mucho..."

Un conjuro, cual si se tratase de un mago lanzando un hechizo o de un exorcista tratando de expiar un demonio, dicho sea de paso, Francisco de Asís se le ha relacionado en los medios ocultistas como un exorcista, de la talla de San Benito de Abad y San Ignacio de Loyola. Aquí Francisco llama al lobo en nombre de Dios, lo cual puede sugerir un acto de bendición o un previo exorcismo para traer la paz o delatar las fuerzas demoniacas inherentes en el lobo o del cual fuese poseso, es como patear la reja y esperar la reacción si ataca es un demonio, entonces Francisco llama al lobo en el nombre de Dios, mostrando su fe y su creencia en la posibilidad de un cambio, de una acto penitente de contrición, de una bendición buscando la paz o de solicitar la intervención divina para cambiar la naturaleza del lobo. El lobo le advierte que no se acerque demasiado, es un recordatorio de que enfrentar la maldad puede ser peligroso y traer consecuencias o un llamado a mantener distancia prudente.

Versos 134-137:

"Yo estaba tranquilo allá en el convento; al pueblo salía, y si algo me daban estaba contento y manso comía."

Empieza con la asunción de todo y la asumirse responsable, el yo, Yo estaba tranquilo, explica su experiencia en el convento, estaba en paz en el convento y el lobo comportaba pacíficamente, se sentía aceptado, tenía pertenencia al pueblo donde experimentó un ambiente pacífico y generoso.

Versos 138-141:

"Mas empecé a ver que en todas las casas estaban la envidia, la saña, la ira, y en todos los rostros ardían las brasas de odio, de lujuria, de infamia y mentira."

En estos versos el lobo comienza a revelar que los observo con detenimiento, que los conoció bien y le dice a Francisco yo vi cosas, vi la hipocresía, la maldad, la mentira, la doble moral, menciona cómo su percepción cambió al notar la presencia de emociones negativas, de ver el profundo resentimiento y la falsedad con que se trataban, describe la hostilidad y los vicios que notó en las personas de la comunidad. Esta parte subraya cómo la influencia del entorno puede afectar la conducta de un individuo o, en este caso, del lobo; es decir, el entorno puede influir en el comportamiento.

Versos 142-145:

"Hermanos a hermanos hacían la guerra, perdían los débiles, ganaban los malos, hembra y macho eran como perro y perra, y un buen día todos me dieron de palos."

El lobo señala cómo la maldad y la corrupción de la gente en la aldea lo llevaron a cambiar su comportamiento, como ellos en secreto manejaban un doble discurso mientras hipócritamente se trataban por las espaldas estaban siendo capaces de los peores crímenes, de nuevo señala la hostilidad y la violencia entre la gente de la aldea, donde los débiles son perdedores y los malos son ganadores, la constante de la naturaleza la ley del más fuerte donde la debilidad no tiene cabida y los más débiles eran los más perjudicados, lo que provocaba más violencia y caos; una crítica a la crueldad y el egoísmo humanos.

Versos 146-150:

"Me vieron humilde, lamía las manos y los pies. Seguía tus sagradas leyes, todas las criaturas eran mis hermanos: los hermanos hombres, los hermanos bueyes, hermanas estrellas y hermanos gusanos."

El lobo le dice yo te hice caso a ti, le culpa, porque Francisco no quiere ver o no ve la realidad, le dice yo te obedecí, yo te acaté, te respeté que quede claro, una explicación de lo que viene a continuar, que lo motivo después de haber tratado de ser bueno a volverse violento, después de haber mostrado sumisión ante las leyes y enseñanzas, cómo le pagaron, es la carta fuerte, yo hice lo que tú me dijiste y mira las consecuencias.

Versos 151-154:

"Y así, me apalearon y me echaron fuera. Y su risa fue como un agua hirviente, y entre mis entrañas revivió la fiera,"

Le reclama y así, es decir, aun siendo lo que tu querías, aun siendo bueno mira lo que me hicieron, yo trate de ser lo que ti me pediste y mira lo que han hecho, el lobo explica cómo, tras su comportamiento sumiso, fue agredido y expulsado por las personas en el pueblo, la reacción burla y mofa provocaron que el coraje se detonara, quien no ha sentido la risa burlona de algún cobarde que asumido en su mayoría, poder o autoridad tratan de ridiculizar e ironizar como si fuese un heraldo de la verdad y la rectitud, como bien se pudiera usar un término coloquial "eso caliente", "eso cala" y la risa es sin duda un momento que intensificó su sentimiento de abandono y rechazo, su ira y su exclusión, segregar al distinto porque la ignorancia da miedo y es más fácil silenciar que dialogar, censurar que comprender, cuántos no hemos tenido ese momento donde la adversidad y el maltrato experimentados, despiertan la fiera, sacan nuestro instinto furtivo de sangre estimulando la naturaleza salvaje y violenta.

El dolor es el sazonador de los corazones rotos y el odio se convierte el sustento del alma, el rechazo y la hostilidad pueden avivar la violencia.

Versos 155-157:

"y me sentí lobo malo de repente; más siempre mejor que esa mala gente."

De nuevo el lobo se asume en el reflejo del yo, me, se responsabiliza y dice yo me sentí así, y revira pero aún ese momento fui mejor que ellos, actué de forma estoica mostrando ataraxia, la imperturbabilidad producto de un estado de control y de conocimiento pleno del peligro que provocaría desatar a la bestia, les daría puntos extra a los quejosos pobladores para tener más motivos de lamentación y entonces el lobo quedaría explícitamente como un villano consagrado por sus acciones, mantener la paz en momentos violentos es un manejo correcto de las emociones, mantener la calma cuando llega la tormenta es control absoluto de la naturaleza de la bestia, sin duda el lobo reconoce su transformación de un ser sumiso a uno agresivo, lo que refleja el impacto del entorno en su comportamiento y a pesar de su regreso a la ferocidad, se ve a sí mismo como mejor que las personas que lo atacaron y lo rechazaron. Una declaratoria de la crueldad humana y de incluso seres que en primera instancia

parecen irracionales tienen más valor, coraje y dominio de sus emociones, no dejándose llevar por la volatilidad del momento ni volviéndose presa de sus pasiones, el lobo actúa de una forma excepcional, incluso en ese estado salvaje se compara favorablemente con la maldad de la gente.

Versos 158-160:

"y recomencé a luchar aquí, a me defender ya me alimentar. Como el oso hace, como el jabalí,"

Y me devolví a mi destino, el lobo sigue asumiéndose como el protagonista de su propia historia a tal grado que bien lo dice recomencé a luchar aquí, un nuevo comienzo, un nuevo inicio, el renacer, el reconocerse entre el resto y asumir su propia naturaleza, defendiéndola como lo que es un depredador, adoptando la actitud de otros depredadores, en un afán de supervivencia, de saciar su hambre, de caza para subsistir, el lobo se reconoce como lo que es, un lobo. Justificando su comportamiento al compararse con otros depredadores y casi sugiriendo sino soy así o me matan, tengo que actuar de esta manera para sobrevivir, El lobo explica que volvió a la caza y a la violencia para sobrevivir, una observación de los límites de la moral y la supervivencia en la naturaleza. Qué está permitido cuando todo está permitido, cuando no hay límites hasta donde se puede llegar, cual es el freno ante la necesidad, el hambre y la supervivencia, no como tratar de justificar el crimen sino como una reflexión de que en ocasiones eres tú o el otro, usando un refrán "preferible que lloren en la casa del vecino que en la mía" y si les toca llorar que lo hagan fuerte para escucharlos.

Versos 161-163:

"que para vivir tienen que matar."

Matar es una elección y a veces una necesidad, en un juicio se puede decir que es legítima defensa o actuar en defensa propia, pero en la naturaleza no hay legislación, es un segundo la diferencia entre matar o morir, pensar las consecuencias es sinónimo de una muerte segura, entonces el lobo, reconoce que, como otros animales, debe matar para sobrevivir. Es explicar la naturaleza de la supervivencia en la naturaleza, la ley natural.

Versos 164-166:

"Déjame en el monte, déjame en el risco, déjame existir en mi libertad, vete a tu convento, hermano Francisco."

Es un momento de inflexión por una parte le pide de manera imperativa, casi ordenando déjame, repetido en tres ocasiones lo que tiene un significado en oraciones y ritos paganos, le dice aquí pertenezco déjame, aquí soy yo, aquí soy libre, regresa a lo tuyo, cada uno en su sitio, lo mío es el monte lo tuyo es el claustro, lo mío es el espíritu libre, lo tuyo la contención del cautiverio. Al final cada uno escoge su propia jaula y el lobo lo sabe, sabe que es libre en su propio sitio, el lobo busca la libertad y la independencia, perdona a Francisco dejándolo retornar ileso y pidiéndole que no insista que lo deje vivir en libertad en la montaña, el lobo se ha encontrado y uno de sus motivos es su deseo de vivir sin restricciones, de ser libre, mostrando respeto por lo que hace Francisco, aceptando la naturaleza y las libres decisiones o siendo un tanto dialécticos cada uno es dueño de su libre albedrío y se deben respetar las decisiones y las consecuencias que traen las mismas, cada uno se acepta tal cual es y ahí entra la tolerancia a la diversidad, el otro no es igual a mí, la pluralidad nos hace fuertes y en la universalidad podemos llegar al encuentro.

Versos 167-169:

"Sigue tu camino y tu santidad."

"Zapatero a tus zapatos"; Lo que sugiere entre líneas es déjame en paz, vete a lo tuyo, lo tuyo es un camino de santidad, lo invita a seguir su camino espiritual y su vida santa, mientras él busca su propio camino en la naturaleza. Un pleno reconocimiento de las diferentes elecciones de vida y la importancia de respetar la libertad.

Versos 170-173:

"El santo de Asís no le dijo nada. Le miró con una mirada profunda, y partió con lágrimas y con desconsuelos."

Qué podría decir Francisco, es más con qué cara, después de que le hicieron daño sería el colmo pedirle vuelva con él al pueblo donde lo agredieron, lo maltrataron y humillaron, sería como darle una bala más a quien con antelación nos disparó, es casi tan irónico como ponerse de diana para ver si tiene mejor

suerte y en esta oportunidad pueden destruirlo, Francisco no responde al lobo, pero muestra su tristeza y desconsuelo, siento que más que tristeza es su propio remordimiento por su culpa lo habían atacado, lo habían lastimado, su culpa por el daño que causo por creer en un pueblo malo, por creer en esa gente que al final lo defrauda y decepciona, es pues su silencio una forma de decir lo que el corazón no puede emitir con el sonido de las palabras bien puede interpretarse como una profunda comprensión, es cierto no responde verbalmente pero su mirada refleja comprensión y aceptación de la naturaleza del lobo. Una buena representación de la tristeza por la pérdida de la oportunidad de paz y reconciliación.

Versos 174-176:

"y habló al Dios eterno con su corazón."

A quien se busca en el momento de debilidad, quien es nuestro refugio en ese momento de prueba, el llamado se eleva al gran arquitecto del universo y la mejor forma de comunicarse con Dios es usando el lenguaje canónico dado en la oración, haciéndolo desde el corazón, desde la representación de la humanidad, de los sentimientos desde el alma, proclamando a esa divinidad en busca orientación y consuelo divino en medio de la dificultad.

Versos 177-179:

"El viento del bosque llevó su oración, que era: Padre nuestro, que estás en los cielos..."

Las palabras son llevadas por el viento, en la exhalación la voz busca llegar a Dios, la imagen del viento que lleva su oración puede verse como un simbolismo de cómo su compasión y aceptación se extienden a través de la naturaleza, como un acto contrición en busca de consuelo, de perdón, de iluminación de la sabiduría divina y de la fuerza para lidiar con la situación.

La oración como acto de contrición y penitencia, el último recurso cuando las cosas no funcionan buscar el consuelo de la deidad para dejar en manos de ese ser superior la respuesta adecuada, el anhelo de una respuesta que en ocasiones no llega, pidiendo paz a través de la fe. Francisco recurre a la oración del "Padre Nuestro" como una forma de buscar la guía y el apoyo divino en esta

situación. Con el "Padre nuestro", se hace una conexión directa con la oración cristiana universal, que habla de la relación con Dios como Padre celestial. Esta oración sugiere que San Francisco está buscando la orientación divina y el perdón por la situación que ha ocurrido con el lobo. Es un llamado a la reconciliación y la paz.

San Francisco termina su experiencia con una oración que busca la intervención divina y refleja la compasión y la redención. Una grata reflexión de la naturaleza humana y su maniqueo con la naturaleza.

Análisis del poema por escenas.

Presentación de Francisco y el lobo.

El varón que tiene corazón de lis,
alma de querube, lengua celestial,
el mínimo y dulce Francisco de Asís,
está con un rudo y torvo animal,
bestia temerosa, de sangre y de robo,
las fauces de furia, los ojos de mal:
¡el lobo de Gubbio, el terrible lobo!
Rabioso, ha asolado los alrededores;
cruel, ha deshecho todos los rebaños;
devoró corderos, devoró pastores,
y son incontables sus muertes y daños.

El autor hace una introducción, donde establece el contraste entre la figura de San Francisco, caracterizado por su pureza y dulzura, y el lobo, descrito como una criatura feroz y peligrosa. La oposición y las diferencias son notables. La descripción del lobo enfatiza su naturaleza destructiva, lo que crea una atmósfera de tensión y expectativa.

La dicotomía entre Francisco y el lobo simboliza la lucha entre el bien y el mal, así como la posibilidad de reconciliación. Francisco representa la paz y la espiritualidad, mientras que el lobo personifica la brutalidad y el caos.

Este fragmento se puede interpretar como una introducción a la temática central del poema: la capacidad de transformación. Francisco, como figura de luz, se enfrenta a la oscuridad encarnada por el lobo, sugiriendo que incluso lo más feroz puede ser apaciguado por la bondad y la compasión. Además, puede representar un momento donde el propio Santo se confronta contra las contradicciones de la fe, la luz siempre es acechada por las sombras y es en la manifestación de la oscuridad donde se prueba la templanza.

El encuentro entre Francisco y el lobo.

Francisco salió:
al lobo buscó
en su madriguera.
Cerca de la cueva encontró a la fiera
enorme, que al verle se lanzó feroz
contra él. Francisco, con su dulce voz,
alzando la mano,
al lobo furioso dijo: —¡Paz, hermano
lobo!— El animal
contempló al varón de tosco sayal;
dejó su aire arisco,
cerró las abiertas fauces agresivas,
y dijo: —¡Está bien, hermano Francisco!—

El encuentro es marcado por la valentía de Francisco, se requiere valor para enfrentar el mal y se requiere mucho coraje mantener una postura estoica al tener que dirigirse al lobo con un mensaje de paz. Por otro lado, el lobo, al escuchar la voz tranquilizadora del santo, responde con una actitud inesperada de respeto. Aquí puede plantearse la idea de empatía, el lobo es un animal reactivo producto de las circunstancias, más eso no le impide tener un control de sus emociones y de la forma en cómo actúan reciben una respuesta, es decir, cómo trata al lobo este se expresa.

El gesto de Francisco de extender la mano y hablar con dulzura simboliza el poder de la compasión, para cambiar la naturaleza agresiva del lobo. La reacción del animal indica una apertura hacia el entendimiento y la reconciliación.

Este acto se puede ver como una metáfora de la relación entre la humanidad y lo salvaje. Francisco actúa como un mediador que, a través del amor y la paz, logra lo que parece imposible: la calma de un ser considerado feroz. La interacción sugiere que todos tienen la capacidad de cambiar, aunque sea de manera temporal.

¿Puede la compasión transformar incluso lo más salvaje? ¿Es posible que el entendimiento triunfe sobre la violencia?

Justificación del lobo.

Y el gran lobo, humilde: —¡Es duro el invierno,
y es horrible el hambre! En el bosque helado
no hallé qué comer; y busqué el ganado,
y a veces comí ganado y pastor.

¿La sangre? Yo vi más de un cazador
sobre su caballo, llevando el azor
al puño; o correr tras el jabalí,
el oso o el ciervo; y a más de uno vi
mancharse de sangre, herir, torturar,
de las roncadas trompas al sordo clamor,
a los animales de Nuestro Señor.

¡Y no era por hambre, que iban a cazar!

El lobo se presenta como una criatura impulsada por la necesidad, argumentando que su violencia es el resultado de la desesperación por sobrevivir en un entorno hostil. El lobo da sus motivos y busca la empatía.

Esta justificación subraya la idea de que el comportamiento de una criatura no puede ser entendido sin considerar su contexto. El lobo no actúa por malicia, sino por instinto de supervivencia, lo que humaniza su figura y desafía las ideas preconcebidas sobre la naturaleza de lo salvaje. Hace, lo que corresponde hacer para sobrevivir, de cierta manera asume su papel en la naturaleza como depredador y de forma consciente casi vigilante también se percata del actuar de los otros, como si al explicar sus actos también exigiera poner en consideración que no hay una razón para el comportamiento sanguinario del hombre. Con que razón pueden juzgarlo, sin tener que sancionar y condenar el proceder del hombre. El asesinato con brutalidad desmedida como un acto de esparcimiento prácticamente, bien puede ser una crítica a los eventos taurinos que hacen gala de sadismo justificando el acto como arte.

El lobo se convierte en un símbolo de los desafíos que enfrentan todos los seres en su búsqueda de supervivencia. Su explicación pone de relieve la hipocresía de la violencia humana, mostrando que aquellos que critican al lobo también participan en actos de crueldad y ¿quién es peor, quién mata por hambre o por

un acto recreativo? ¿Hasta qué punto las acciones son justificables según las circunstancias? ¿Es posible recriminar a otro, lo que le es permisivo en él? ¿Hay congruencia entre las víctimas o sólo la exigencia de que el otro no tenga la capacidad de hacer lo que este no se limita?

La respuesta de Francisco.

Francisco responde: —En el hombre existe mala levadura.

Cuando nace, viene con pecado. Es triste.

Mas el alma simple de la bestia es pura.

Tú vas a tener

desde hoy qué comer.

Dejarás en paz

rebaños y gente en este país.

¡Que Dios melifique tu ser montaraz!—

Francisco justifica hipócritamente la naturaleza humana, dando una zanahoria de adulación al hacer un contraste con la pureza del alma del lobo con el pecado original del hombre. Le asegura que a partir de ahora tendrá alimento y que a cambio él dejará de atacar los rebaños.

Este intercambio revela una negociación de Francisco hacia el lobo, es decir, le da lo que necesita para controlar sus acciones futuras, subrayando la idea de que, a pesar de la crueldad inherente en la naturaleza humana, existe una posibilidad de redención y cambio. La bendición de Francisco también implica que la espiritualidad puede transformar incluso a los seres considerados salvajes.

La respuesta de Francisco sugiere que la redención es posible, pero también que la naturaleza humana es compleja y muchas veces marcada por el pecado. Esto plantea la pregunta sobre la capacidad de cada ser, ya sea humano o animal, para cambiar y buscar una vida más armoniosa.

¿Puede la bondad triunfar sobre la maldad? ¿Qué significa realmente ser puro? ¿Se puede enjaular a la bestia? ¿La esclavitud por conveniencia es libertad o el quebrantamiento del ser? ¿Se puede por comida, vender la voluntad?

La llegada de Francisco y el lobo, asombro.

—Está bien, hermano Francisco de Asís.—

—Ante el Señor, que todo ata y desata,

en fe de promesa tiéndeme la pata.—

El lobo tendió la pata al hermano

de Asís, que a su vez le alargó la mano.

Fueron a la aldea. La gente veía

y lo que miraba casi no creía.

Tras el religioso iba el lobo fiero,

y, baja la testa, quieto le seguía

como un can de casa, o como un cordero.

Francisco se dirige al lobo con una actitud pacífica y le pide que le ofrezca su pata como símbolo de promesa y reconciliación. El lobo, sorprendentemente, obedece, y ambos se dirigen juntos a la aldea. La gente observa con incredulidad.

La acción del lobo de extender la pata representa un cambio fundamental en su comportamiento, simbolizando una reconciliación entre lo salvaje y lo civilizado. El lobo, tradicionalmente visto como un ser feroz y amenazante, se transforma en un acompañante del santo.

Este acto puede ser interpretado como una metáfora de la capacidad de transformación y redención que reside en cada ser, independientemente de su naturaleza. Francisco, al ser una figura emblemática de la paz y la humildad, actúa como un mediador que invita al lobo a un nuevo camino. Se puede domesticar el impulso, a la bestia, al instinto y reprimir el actuar no termina liberando a una manifestación peor que aquello que trato de ser contenida.

¿Puede lo que parece feroz ser también dócil? ¿Qué significa realmente la redención? ¿Es posible la redención sin perder la esencia y la identidad?

El espíritu contenido y la alma prisionera siempre buscaran una forma de libertad.

La aceptación del lobo en la aldea.

Francisco llamó la gente a la plaza

y allí predicó.

Y dijo: —He aquí una amable caza.

El hermano lobo se viene conmigo;

me juró no ser ya vuestro enemigo,

y no repetir su ataque sangriento.

Vosotros, en cambio, daréis su alimento

a la pobre bestia de Dios.— —¡Así sea!—,

contestó la gente toda de la aldea.

Y luego, en señal

de contentamiento,

movió testa y cola el buen animal,

y entró con Francisco de Asís al convento.

Francisco convoca a la comunidad y les presenta al lobo como un "hermano", asegurando que ya no representará una amenaza. La gente, sorprendida pero dispuesta, acepta alimentar al lobo.

La proclamación de Francisco ante la comunidad refleja una nueva dinámica de confianza y aceptación. La frase "hermano lobo" redefine la relación entre humanos y animales, sugiriendo que todos los seres merecen compasión y cuidado.

Este pasaje puede interpretarse como una crítica a la percepción de la naturaleza como algo a temer o erradicar. Francisco, al invitar a la comunidad a alimentar al lobo, propone una visión de coexistencia, resaltando que la violencia puede ser superada por el entendimiento y el apoyo mutuo.

Al señalar la caza, implica a ver matado al lobo feroz o su domesticación significa la muerte de su ser salvaje. ¿Es posible aceptar a aquellos que han sido considerados enemigos?

El lobo en el convento.

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
en el santo asilo.

Sus bastas orejas los salmos oían
y los claros ojos se le humedecían.

Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
cuando a la cocina iba con los legos.

Y cuando Francisco su oración hacía,
el lobo las pobres sandalias lamía.

Salía por el monte, descendía al valle,
entraba en las casas y le daban algo
de comer. Mirábanle como a un manso galgo.

El lobo vive en paz en el convento, donde aprende y se integra en la comunidad.
Se muestra dócil y acepta la vida religiosa, convirtiéndose en un símbolo de paz.

Este periodo de calma simboliza la posibilidad de transformación interna. El lobo, que antes era temido, ahora se convierte en un ser querido y respetado, mostrando que el entorno puede influir positivamente en la naturaleza de un ser.

La transformación del lobo de un ser feroz a uno pacífico puede interpretarse como una alegoría de la redención. Sugiere que la violencia puede ser superada con amor, entendimiento y el ambiente adecuado. Francisco actúa como figura de guía y modelo de convivencia. ¿La espiritualidad es una forma de contener el instinto primitivo? ¿Cuánto de nuestro comportamiento está determinado por las circunstancias que nos rodean?

El retorno a la naturaleza.

Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
desapareció, tornó a la montaña,
y recomenzaron su aullido y su saña.

Otra vez sintióse el temor, la alarma,
entre los vecinos y entre los pastores;
colmaba el espanto los alrededores,
de nada servían el valor y el arma,
pues la bestia fiera
no dio treguas a su furor jamás,
como si tuviera
fuegos de Moloch y de Satanás.

Con la ausencia de Francisco, el lobo vuelve a su antiguo comportamiento, regresando a su estado salvaje y causando temor en la aldea.

Este regreso sugiere que la transformación puede ser efímera si no se mantiene el entorno propicio. La naturaleza del lobo, aunque cambiada temporalmente, aún está presente, resaltando la fragilidad de la paz y la lucha entre la violencia y la bondad.

Este fragmento puede leerse como un comentario sobre la naturaleza humana y la dificultad de mantener la paz. El lobo simboliza la violencia que puede resurgir en un contexto hostil. La figura de Moloch y Satanás refuerza la idea del mal inherente que puede reactivarse.

El lector es desafiado a reflexionar sobre la permanencia del cambio. ¿Es posible que la violencia vuelva a surgir si las condiciones no son adecuadas? Este pasaje también plantea cuestiones sobre la responsabilidad colectiva en la creación de

un ambiente pacífico y cómo el contexto puede influir en el comportamiento de los seres.

Esta sección actúa como un clímax de tensión, recordando al lector que la paz es un estado frágil y que requiere esfuerzo constante. Refuerza la idea de que la violencia puede resurgir si no se cultivan valores de comprensión y aceptación.

Francisco y el lobo “malo”.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,
todos le buscaron con quejas y llanto,
y con mil querellas dieron testimonio
de lo que sufrían y perdían tanto
por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.

Se fue a la montaña
a buscar al falso lobo carnicero.

Y junto a su cueva halló a la alimaña.

—¡En nombre del Padre del sacro universo,
conjúrote!

La comunidad con alevosía e hipocresía acude a Francisco con quejas sobre el lobo que ha vuelto a ser una amenaza. Francisco se dirige a la montaña para confrontar al lobo. La decepción es el mayor desengaño.

Este pasaje resalta la desilusión de la comunidad y el papel de Francisco como pastor o líder espiritual. Al buscar al lobo, Francisco asume la responsabilidad de restaurar el orden y la paz, lo que resalta la necesidad de acción y liderazgo ante la crisis.

La frustración de la comunidad puede reflejar la dificultad de mantener un estado de paz y armonía cuando los elementos que amenazan la convivencia son

persistentes. La figura de Francisco representa el ideal de un líder que busca la reconciliación, pero también destaca la realidad de que, a pesar de los esfuerzos, el mal puede resurgir en cualquier momento. El mal es un elemento latente en aquellos que lo han conocido.

¿Qué ocurre cuando aquellos a quienes se les ofrece ayuda o comprensión regresan a viejas costumbres? ¿Se necesita la vigilancia para no reincidir? ¿La bondad está condicionada a su observación? ¿El bien está limitado por su necesidad de cuidado?

El lobo se justifica y acepta su identidad.

—Hermano Francisco, no te acerques mucho...

Yo estaba tranquilo allá en el convento;

al pueblo salía,

y si algo me daban estaba contento

y manso comía.

Mas empecé a ver que en todas las casas

estaban la envidia, la saña, la ira,

y en todos los rostros ardían las brasas

de odio, de lujuria, de infamia y mentira.

Hermanos a hermanos hacían la guerra,

perdían los débiles, ganaban los malos,

hembra y macho eran como perro y perra,

y un buen día todos me dieron de palos.

Me vieron humilde, lamía las manos

y los pies. Seguía tus sagradas leyes,

todas las criaturas eran mis hermanos:

los hermanos hombres, los hermanos bueyes,

hermanas estrellas y hermanos gusanos.

Y así, me apalearon y me echaron fuera.

Y su risa fue como un agua hirviente,

y entre mis entrañas revivió la fiera,

y me sentí lobo malo de repente;

más siempre mejor que esa mala gente.

Y recomencé a luchar aquí,

a me defender y a me alimentar.

Como el oso hace, como el jabalí,

que para vivir tienen que matar.

Déjame en el monte, déjame en el risco,

déjame existir en mi libertad,

vete a tu convento, hermano Francisco,

sigue tu camino y tu santidad.

El lobo se dirige a Francisco con los motivos para ser lo que nunca debió dejar de ser, es la aceptación tácita de su papel en la historia, su renacimiento y su condena. Soy el que soy, ocupando un sitio en la narración y sabe que su lugar es el retorno a la naturaleza y a su vez el regreso a la violencia. El lobo alega que su comportamiento fue consecuencia de la hostilidad y envidia de los humanos. A pesar de haber intentado vivir en paz, fue atacado y rechazado por la comunidad. Fue juzgado por las acciones pasadas y no se le dio una verdadera oportunidad de redimirse.

El discurso del lobo revela una crítica a la humanidad y a la naturaleza violenta que puede estar presente en las relaciones sociales. Su justificación también puede interpretarse como un reflejo de la lucha interna entre la bondad y la violencia, lo que lleva a una reflexión sobre la percepción del "otro" y del "yo".

La narrativa del lobo sugiere que los seres vivos responden a su entorno. Las circunstancias crean la medida exacta de sus necesidades. El lobo sólo es un reflejo de aquello que impera. El lobo, al ser rechazado y agredido, opta por volver a su naturaleza salvaje como mecanismo de defensa. La violencia: ¿es innata o es una respuesta a la agresión externa? ¿Es la violencia de los seres humanos lo que provoca la violencia en otros? El lobo plantea dudas y cuestiona la empatía y la comprensión hacia aquellos que son considerados "diferentes" o "peligrosos". ¿Qué papel juega la sociedad en la creación de "monstruos"? ¿Por qué se debe negar aquello que se es, con tal de agradar a los otros? ¿La complacencia de otros, es el camino a la infelicidad?

Aceptarse es considerar el hecho que uno es lo que es y que esto no depende de los otros sino de la construcción y aceptación de uno mismo. ¿Exige un precio a pagar el acto de ser?

La revelación.

Y así, me apalearon y me echaron fuera.

Y su risa fue como un agua hirviente,

y entre mis entrañas revivió la fiera,

y me sentí lobo malo de repente;

más siempre mejor que esa mala gente.

Y recomencé a luchar aquí,

a me defender y a me alimentar.

Como el oso hace, como el jabalí,

que para vivir tienen que matar.

Déjame en el monte, déjame en el risco,

déjame existir en mi libertad,

vete a tu convento, hermano Francisco,

sigue tu camino y tu santidad.

El lobo expresa su deseo de regresar a la libertad y rechaza la idea de vivir bajo el control humano. Manifiesta que su regreso a la violencia es una necesidad de supervivencia, un instinto natural.

Esta declaración del lobo encapsula la lucha entre lo salvaje y lo domesticado. El lobo representa el instinto primario de sobrevivir, que a menudo se manifiesta en la forma de violencia cuando se siente amenazado. Esto puede interpretarse como una crítica a las estructuras sociales que reprimen lo instintivo y natural en favor de un orden impuesto.

La resistencia del lobo a aceptar la vida en el convento simboliza la lucha interna entre la naturaleza y la civilización. El lobo, al igual que muchos seres humanos, siente que su esencia se ve amenazada por la sociedad, lo que lo lleva a rebelarse.

El lector es llevado a cuestionar la noción de libertad y el precio que se paga por vivir en una sociedad ordenada. ¿Hasta qué punto es aceptable sacrificar la libertad individual en pos de la convivencia pacífica? ¿Ante la hostilidad se puede responder con violencia? ¿Un clérigo debe recitar versículos y dar oraciones contra un atacante?

La resignación.

El santo de Asís no le dijo nada.

Le miró con una profunda mirada,
y partió con lágrimas y con desconsuelos,
y habló al Dios eterno con su corazón.

El viento del bosque llevó su oración,
que era:

Padre nuestro, que estás en los cielos...

¿El bien que con mal es pagado, es la norma en la convivencia? La amabilidad es vista como un signo de debilidad y esta genera respuestas negativas. Aquí se puede considerar una máxima “es mejor ser temido, que amado”. Francisco sabe que no puede exigir la vida del otro, por ello se retira, lleno de tristeza, sin intentar convencer más al lobo con palabras, no hay nada que pueda modificar la realidad, los discursos no suplen a los hechos. En su lugar, dirige su oración silenciosa a Dios, buscando consuelo y entendimiento divino, mientras el viento del bosque lleva su plegaria.

Esta escena refleja una resignación espiritual por parte de San Francisco, quien, a pesar de su esfuerzo, reconoce que no siempre es posible cambiar las naturalezas más profundas mediante el diálogo o la persuasión. Las lágrimas y la oración indican que, aunque hay compasión, también hay una aceptación dolorosa de que ciertas fuerzas (como la violencia inherente del lobo y la maldad del pueblo) no pueden ser redimidas por completo en el ámbito terrenal.

A pesar de los intentos del santo por domar o redimir lo salvaje, nunca tomó en cuenta lo que señalaba el lobo, el hombre es capaz de matar por diversión. Existe un límite en lo que se puede transformar. La oración al "Padre nuestro" simboliza la entrega final al destino divino, subrayando la idea de que algunas batallas espirituales deben ser dejadas en manos de un poder superior y que hay cosas que superan nuestro limitado entendimiento. La oración de Francisco no es solo una súplica por el lobo, sino un acto de humildad, reconociendo que el verdadero poder de transformación no reside en los humanos, sino en Dios.

Es difícil mostrar la verdadera cara cuando todos están usando máscaras, por eso en la mayoría de los casos, las personas auténticas son juzgadas desde la hipocresía de los farsantes ¿Hasta qué punto es posible cambiar lo que parece intrínseco en un ser?

Análisis derivado del poema, ideas.

“Me convertí en lobo por amor al ganado
y por respeto a las ovejas”. Vassallo, M. (2024).

Me identifico con el lobo, no como un fin en sí mismo, sino como una consecuencia inevitable de las circunstancias que me han rodeado. Al leer Los motivos del lobo, cada lectura me revela nuevas profundidades, significados que antes no había alcanzado a comprender. Este poema, desde mi infancia, ha sido una constante en mi vida, marcándome de manera indeleble. Los placeres obtenidos de sus enseñanzas pronto se convirtieron en cargas, y el lobo se integró a mí ser, especialmente durante una adolescencia plagada de violencia, pérdidas, exilio y muerte. Las lágrimas que acompañaron este periodo difícil se mezclaron con una especie de reivindicación personal, una especie de grito ahogado que repetía: “siempre mejor que esa mala gente”.

En este proceso, me volví intolerante a la risa, un gesto que sentía vacío, incapaz de capturar la verdadera naturaleza de lo que había vivido. Como cazador, entendí que si erraba, debía aliviar el sufrimiento de la presa, al igual que en la vida, donde las heridas infligidas, aunque inevitables, debían ser acompañadas de una especie de redención. Así, el poema se volvió parte de mi identidad, un simbiote que me enseñó a reconocermi no como un héroe, sino como el villano de muchas historias. Me permitió abrazar este rol sin remordimiento, mostrando mis colmillos cuando era necesario.

La sociedad, en cambio, me ha exigido ser ese “buen hombre” que mis parejas, mi madre y otras personas esperaban de mí. Pero esa bondad, aprendí, tiene límites dictados por la moral, límites que yo no estoy dispuesto a aceptar. El lobo no está atado a esos principios, no reconoce barreras más allá de los contratos y objetivos que establece. Mientras que los “buenos” a menudo se ven paralizados por su propio código moral, el lobo navega por los dilemas más oscuros, dispuesto a quemar puentes y destruir lo necesario para lograr sus fines.

Curiosamente, el lobo también es una figura que unifica a la comunidad. Es el enemigo que necesitan, el símbolo del mal contra el que todos pueden unirse. Siempre buscan silenciar su voz, apagarla porque resulta incómoda, pero es

precisamente esa incomodidad lo que lo hace esencial. Ser el lobo en un mundo de ovejas alienadas no es un acto de crueldad, sino de valentía. Se requiere valor para estar en constante oposición, para ser la fuerza que frena la imprudencia y pone límites cuando nadie más se atreve.

Al final, ser el lobo es abrazar una libertad que pocos se atreven a explorar, una libertad que implica navegar por las sombras de la moralidad, sin miedo a ser el malo de la historia, porque en esa oscuridad también hay poder y verdad.

La figura del lobo en no es sólo un símbolo literario, sino también un reflejo de las tensiones inherentes a la existencia humana. La identificación personal con el lobo permite abordar el texto desde una perspectiva emocional y crítica, subrayando cómo los contextos adversos moldean el carácter y las decisiones. En un mundo de ovejas alienadas, el lobo no es simplemente un antagonista; es un catalizador que expone la fragilidad de las normas sociales y la hipocresía de quienes dependen de un enemigo para justificar su cohesión. El "mal" es construido y perpetuado por la colectividad.

¿Por qué usar la figura del lobo?

El lobo, como figura central en *Los motivos del lobo*, funciona como un símbolo universal que trasciende su representación literal para abordar las contradicciones inherentes al ser humano. En la tradición de Plauto y Hobbes, el lobo encarna tanto la amenaza externa como la naturaleza conflictiva de las relaciones humanas. Sin embargo, Darío va más allá al mostrar al lobo no sólo como un depredador, sino como una víctima de las condiciones humanas. Esta figura, inscrita en el contexto del Modernismo, refleja el interés de este movimiento por explorar la fragmentación del ser y las tensiones entre lo civilizado y lo salvaje, la redención y la barbarie. Al usar al lobo como símbolo, Darío critica una modernidad que, al igual que el lobo, está atrapada entre sus aspiraciones éticas y sus impulsos destructivos.

A primera vista, puede parecer que Darío simplemente retoma la historia de San Francisco de Asís y el lobo de Gubbio, pero al observar más de cerca, se revela una representación más profunda del lobo como una figura que encarna tanto la violencia como la dualidad moral inherente al ser humano.

El lobo, en este contexto, no sólo es un depredador salvaje, sino también un reflejo del caos y la autodestrucción que residen en los seres humanos. Al igual que en la famosa frase latina de Plauto y popularizada por Hobbes, *Homo homini lupus* ("El hombre es un lobo para el hombre"), el lobo puede entenderse como una metáfora de la capacidad humana para infligir daño y destrucción a su propia especie. En el poema, el lobo simboliza esos impulsos primarios y violentos que los seres humanos tratan de reprimir, pero que en ocasiones explotan en forma de barbarie y crueldad, como se observa en los actos de violencia que Darío critica en la sociedad moderna. La brutalidad del lobo también es una representación de lo que Ricoeur define como el mal que cobra sentido en la narrativa. Como menciona Ricoeur, "la narración del mal permite comprender su significado en la experiencia humana".

Darío, al elegir al lobo como figura central de su poema, parece subrayar la naturaleza salvaje y conflictiva de las relaciones humanas, así como la eterna lucha entre la civilización y la barbarie. Los lobos, aunque socialmente asociados con el mal, también son animales que evocan características como la lealtad, el

liderazgo y la independencia. De esta forma, el lobo se convierte en un símbolo que oscila entre la destrucción y la sabiduría, entre el caos y la supervivencia. La dualidad del lobo en el poema también refleja la capacidad del ser humano para la compasión y la redención, a través de su encuentro con San Francisco, pero igualmente su tendencia a la violencia, como se muestra cuando el pueblo regresa a su hostilidad una vez que el santo se marcha.

En términos religiosos, el lobo ha sido tradicionalmente asociado con lo demoníaco, lo salvaje y lo infernal, como guardianes de los límites del bien y el mal. Esto refuerza la idea de que el mal no es una entidad aislada, sino un fenómeno que permea todos los aspectos de la vida humana y que puede surgir incluso en quienes buscan negarlo. Como menciona Darío, el mal en la figura del lobo "despierta los temores más tangibles", siendo una metáfora del terror y la violencia que la humanidad trata de controlar, pero que a menudo encuentra formas de emerger.

Finalmente, el uso del lobo en el poema no sólo sirve para ilustrar la brutalidad de los conflictos en la sociedad humana, sino también para señalar la compleja relación entre el bien y el mal. Como indica Darío, "el bien no es absoluto y su contraparte, el mal, tampoco", lo que implica una crítica al pensamiento maniqueo que busca categorizar la moral en términos binarios. En el contexto del poema, el lobo, al igual que el ser humano, es un ser contradictorio que habita en la frontera entre la civilización y la barbarie, capaz de tanto amor y compasión como de crueldad y destrucción.

Su inspiración es el lobo de Gubbio, ¿Cuál es su diferencia?

El poema "Los motivos del lobo" de Rubén Darío claramente se inspira en la leyenda del lobo de Gubbio, en la que San Francisco de Asís, a través de su bondad y compasión, transforma a un lobo feroz que aterrorizaba a un pueblo, convirtiéndolo en un guardián pacífico. Sin embargo, aunque comparten la misma base narrativa, Darío introduce una interpretación más compleja y crítica, estableciendo diferencias significativas con la leyenda original.

En la leyenda de Gubbio, el lobo es una criatura salvaje que se redime por la intervención espiritual de Francisco. Este proceso de redención y pacificación subraya la capacidad del ser humano (o de un poder divino) para transformar incluso los corazones más salvajes. El mensaje subyacente es uno de esperanza, basado en la creencia en la posibilidad de la conversión moral y espiritual.

En contraste, en el poema de Darío, el lobo no es simplemente una bestia transformada por la intervención divina, sino un símbolo de las contradicciones y la brutalidad inherentes a la humanidad. Darío se aleja de la imagen redentora y optimista, enfocándose en la persistencia de la violencia y la naturaleza destructiva del ser humano. Aquí, el lobo se convierte en una metáfora de la condición humana, donde la posibilidad de redención es cuestionada y, en su lugar, se destaca la naturaleza ambivalente del bien y el mal. Este enfoque más pesimista refleja la visión de Darío sobre la sociedad, sugiriendo que la brutalidad del lobo no es tan diferente de la brutalidad humana.

Así, mientras que la leyenda del lobo de Gubbio se centra en la capacidad de transformación y la victoria de la compasión sobre la violencia, Darío utiliza la figura del lobo para criticar la inhumanidad de la sociedad, sugiriendo que el mal no puede ser eliminado tan fácilmente. Esta diferencia puede entenderse como una forma de exponer las limitaciones de la bondad y la compasión en un mundo marcado por la violencia y la contradicción moral. Como señala Ricoeur, la narrativa del mal cobra sentido cuando este se convierte en una parte inevitable de la experiencia humana.

En consecuencia, mientras la leyenda del lobo de Gubbio presenta una visión optimista de la redención, el poema de Darío ofrece una crítica social donde el

lobo encarna la complejidad y ferocidad de la naturaleza humana, exponiendo la coexistencia inseparable del bien y el mal.

Mientras que la leyenda del lobo de Gubbio ofrece una visión optimista sobre la capacidad de redención, el poema de Darío plantea una crítica más compleja y sombría. El lobo de Gubbio, pacificado por la intervención de San Francisco, simboliza la posibilidad de transformación a través de la fe y la compasión. En contraste, el lobo de Darío no sólo es un símbolo de la naturaleza salvaje, sino también un reflejo de la brutalidad y la contradicción moral de la sociedad. Al regresar a su estado salvaje tras la partida de Francisco, el lobo encarna las limitaciones de la redención individual en un entorno marcado por la violencia y la hipocresía. Darío subraya que la redención no es únicamente un acto espiritual, sino un proceso que requiere un cambio profundo en las estructuras colectivas.

Rechazo.

El rechazo en el poema no es sólo un acto social, sino un reflejo de la incapacidad humana para tolerar lo que desafía las normas establecidas. El lobo, como símbolo de lo incómodo y lo diferente, enfrenta una exclusión que no surge de una reflexión consciente, sino de un impulso colectivo hacia la homogeneidad. Como señala Sartre, "el otro es el mediador indispensable entre yo y mí mismo", y en este caso, el lobo cumple esa función al revelar las contradicciones internas de la comunidad que lo rechaza. Este rechazo culmina en la frialdad del "invierno oscuro", una experiencia de soledad que trasciende lo físico para convertirse en una confrontación existencial con el vacío.

Por ser lobo es que lo rechazan, no por lo actos sino por quien no decidió ser, por su naturaleza. Es tan colateral como rechazar a alguien por su tono de piel, grupo étnico, sexo, preferencia, idioma nativo, apellido o la falta de este, discriminado, excluido y rechazado aunque se trate por momentos de demostrar lo contrario, el lobo cuando no hay autoridad vigilante es el blanco de las miradas que lo incriminan, que en susurros lo estigmatizan, que lo señalan y atormentan hasta mandarlo a su gueto natural en el frío solitario de los riscos.

Enfrentar una realidad cruda exige más que matizarla con intentos de suavización: requiere exponerla sin adornos, despojándola hasta sus elementos más básicos para comprender que incluso un lobo tiene motivos para seguir siéndolo. La exclusión, más que una decisión consciente, revela la incapacidad para tolerar la diferencia, un acto de silenciar las voces que resultan incómodas. Este fenómeno es algo que se experimenta profundamente cuando se vive en la periferia de la aceptación, como sucede con aquellos que, al tratar de integrarse a un colectivo, se ven obligados a demostrar cuánto han cambiado o, en ciertos casos, cuán "lobos" siguen siendo.

A medida que se avanza en la vida, la dureza que se experimenta durante la juventud se transforma en una pragmática resiliencia. Lo que antes se asumía con furia o energía desenfrenada, ahora se enfrenta con cálculo y reflexión. La lucha, que antes tenía sentido, se convierte en un ejercicio agotador, vaciado de propósito. Esta pérdida de sentido se asemeja a la sed insaciable: aunque se

beba o se consuma, el vacío interno persiste, un hueco existencial que la crudeza de la vida no logra llenar.

A esta dureza se le suma la realidad de la barbarie del ser humano hacia sus iguales. Intentar domesticar esa ferocidad, tanto externa como interna, se convierte en una batalla constante. Los lobos, tanto metafóricos como reales, enfrentan la exclusión cuando sus aullidos —sus voces— son demasiado perturbadores para el grupo. Al ser expulsados de la comunidad, la desolación se profundiza, y es en ese momento cuando el frío del "invierno oscuro" se convierte en una experiencia que sólo quienes lo han vivido comprenden verdaderamente. Este frío, más allá de lo físico, es simbólico de la soledad y la dureza de la vida, y aquellos que lo han atravesado reconocen que el calor aparente del sol, en estos contextos, no calienta, sino que quema.

La exclusión y la lucha, por tanto, no son simplemente inevitables, sino necesarias para revelar las contradicciones internas y externas que atraviesan la vida humana. El mal, más que un elemento separable de la existencia, se infiltra y se arraiga en un mundo que carece de valores firmes. Como señala Hannah Arendt, "la banalidad del mal" se manifiesta cuando los individuos actúan de manera inconsciente e irreflexiva dentro de sistemas que perpetúan la crueldad. Es este mal el que parece avanzar hacia la absolución, en un mundo lleno de desafíos y carente de responsabilidad.

El lobo como filósofo.

“¿De qué sirve un filósofo que no hiere los sentimientos de nadie?”

Diógenes de Sinope

El lobo no es simplemente un símbolo de la naturaleza salvaje, sino también una metáfora del filósofo que, como Diógenes de Sinope, desafía las convenciones sociales en su búsqueda de la verdad. Al igual que el lobo, el filósofo incomoda porque expone las contradicciones de la sociedad, revelando verdades que esta prefiere ignorar. Michel Foucault sugiere que el poder intenta silenciar a quienes desestabilizan el orden establecido, y en este sentido, el lobo representa esa voz incómoda que, aunque rechazada, es esencial para confrontar la hipocresía y las limitaciones de la moral colectiva.

El lobo, como metáfora de la filosofía, encarna la figura del pensador incómodo y desafiante, aquel que no teme herir los sentimientos ni las convenciones sociales en su búsqueda de la verdad. La cita de Diógenes, "¿De qué sirve un filósofo que no hiere los sentimientos de nadie?" encapsula esta perspectiva, señalando que el filósofo debe ser un provocador, un agente de cambio que desestabiliza el orden establecido y las verdades incuestionadas, a fin de llevar al pensamiento hacia una reflexión más profunda. Al igual que el lobo en el poema de Rubén Darío, el filósofo no se conforma con la complacencia de la mayoría, sino que persiste en su búsqueda de autenticidad y libertad, aun a costa del rechazo o la exclusión.

El filósofo, al igual que el lobo, está condenado a ser un “outsider”, alguien que incomoda por su mera presencia y sus preguntas. Sin embargo, esta incomodidad no es un fin en sí mismo, sino un medio para alcanzar un propósito mayor: la búsqueda de la verdad. La relación entre el filósofo y la incomodidad es inherente a su naturaleza, ya que, como observa el poema de Darío, el lobo sigue siendo fiel a sus motivaciones internas, aunque esto implique enfrentarse a la incompreensión o al rechazo de la sociedad. Esta figura se alinea con la imagen de Diógenes, quien abogaba por vivir de acuerdo con los impulsos naturales y rechazaba las convenciones artificiales que limitan la libertad del individuo.

En este contexto, la figura del lobo en el poema simboliza no sólo la libertad, sino también la autenticidad del pensador que se niega a doblegarse ante la presión social. Esta libertad, como subraya Diógenes, únicamente se puede lograr mediante una vida guiada por la honestidad y la verdad, aunque esto implique la confrontación con los valores y normas dominantes. En este sentido, la función del filósofo es similar a la del lobo: desafiar las hipocresías que sustentan el orden social y exponer las contradicciones inherentes a las creencias establecidas.

La reflexión sobre la figura del lobo como filósofo también revela la importancia de la sinceridad y la autenticidad, tanto en la filosofía como en la vida cotidiana. Herir los sentimientos de otros no es un acto de crueldad, sino un acto necesario para confrontar las debilidades y carencias que la mayoría prefiere ignorar. Este enfrentamiento es esencial, ya que las personas suelen rechazar aquello que les refleja verdades incómodas sobre sí mismas. El filósofo, entonces, tiene la tarea de desvelar estas verdades, aun cuando ello implique herir sensibilidades.

Al igual que Diógenes, quien se enfrentaba a la hipocresía con su actitud descarada, el lobo de Darío no se somete a las expectativas sociales ni a las convenciones, manteniéndose fiel a sí mismo y a sus motivaciones internas. Como señala Darío en su poema, "los motivos del lobo" no son más que la expresión de una naturaleza auténtica y libre que, aunque incomprendida por el hombre, sigue su curso inmutable.

Maniqueo.

A través de los ojos de Darío, se puede observar un contraste entre la imagen inicial del lobo como una criatura feroz y su eventual transformación en un ser más pacífico tras su encuentro con Francisco de Asís. Este cambio puede interpretarse como una forma de maniqueísmo, en donde se presenta una oposición rígida entre el bien y el mal, lo salvaje y lo doméstico, lo diabólico y lo divino. El maniqueísmo, como se sabe, es una doctrina que simplifica el mundo en dos fuerzas antagónicas: el bien y el mal, lo que reduce la complejidad de las acciones y motivaciones humanas.

En el poema, el lobo comienza como una figura asociada al mal, visto por la comunidad como una bestia sanguinaria que amenaza su seguridad. Esta percepción del lobo encarna el lado maligno y destructivo de la naturaleza, algo que parece irrevocable. Sin embargo, tras su encuentro con Francisco de Asís, un símbolo de lo divino y compasivo, el lobo se transforma en una criatura dócil, reflejando una dualidad entre el salvajismo innato y la capacidad de redención a través de la gracia y la bondad. El encuentro entre estas dos figuras establece una aparente dicotomía entre el mal que representa el lobo y el bien que encarna Francisco.

No obstante, este maniqueísmo inicial se ve desafiado cuando el lobo explica sus agresiones como respuesta a las acciones humanas que lo llevaron a comportarse de manera violenta. En lugar de una simple división entre el mal (el lobo) y el bien (el hombre), el poema revela la complejidad de las relaciones entre lo salvaje y lo civilizado. El lobo no es inherentemente malvado, sino que su comportamiento es una reacción ante la hostilidad que ha experimentado por parte de los humanos. Este giro introduce una crítica implícita a la idea maniquea tradicional, sugiriendo que las personas también pueden actuar de manera maliciosa o injusta, lo que implica que tanto el bien como el mal son más complejos de lo que parece a simple vista.

La narrativa, al final, no sólo reflexiona sobre la posibilidad de redención, sino también sobre cómo las interacciones humanas pueden influir en las transformaciones de otros. De este modo, se rechaza una visión simplista del bien y el mal y se propone una comprensión más matizada, donde la naturaleza

humana se presenta como un cruce entre ambos extremos. El lobo, al igual que los humanos, experimenta su propia dualidad y responde a las circunstancias que enfrenta.

Aunque el poema parece presentar inicialmente un esquema maniqueo, en el que Francisco representa el bien y el lobo el mal, esta dicotomía se desmorona cuando el lobo justifica sus acciones como una respuesta a las circunstancias humanas. Como señala Ricoeur, "el mal no puede entenderse plenamente fuera de la narración que lo sitúa", y en este caso, Darío muestra que el lobo no es intrínsecamente maligno, sino un reflejo de un entorno que perpetúa la hostilidad. Este enfoque rechaza la simplicidad del pensamiento binario y sugiere que tanto el bien como el mal son construcciones moldeadas por la interacción y el contexto.

El lobo y la idea que no todo lo malo puede redimirse.

La redención no es un estado permanente, sino un proceso condicionado por el entorno. Como argumenta Kierkegaard, "la fe y la redención son caminos llenos de tensiones y contradicciones", y Darío refleja esta idea al mostrar cómo el lobo, a pesar de su transformación inicial, regresa a su naturaleza violenta cuando enfrenta nuevamente la hostilidad humana. Aristóteles también enfatiza que las virtudes no pueden desarrollarse en un vacío, y en este sentido, el poema cuestiona si es posible sostener la redención en un entorno que perpetúa la exclusión y la violencia.

En el poema se plantea un dilema profundo sobre la posibilidad de redención y su durabilidad. El lobo, al inicio, es representado como una criatura inherentemente maligna, una amenaza para la comunidad que debe ser sometida o erradicada. Sin embargo, tras su encuentro con Francisco de Asís, quien representa la bondad y la compasión, el lobo experimenta una transformación significativa, volviéndose dócil y aparentemente redimido. Este cambio parece sugerir que incluso las criaturas más peligrosas pueden ser tocadas por la gracia y la influencia moral de un ser compasivo. Una analogía a esta se puede resumir con la sabiduría popular y el refrán coloquial que parece calzar a la medida: "*Dime con quién andas y te diré quién eres*", la presencia de alguien que favorece el entorno, la guía y el consejo es suficiente para rescatar incluso a un lobo salvaje y con un instinto primario e impulsivo desenfrenado.

No obstante, esta transformación resulta efímera. Una vez que el lobo vuelve a interactuar con la comunidad humana, su comportamiento inicial resurge, regresando a su naturaleza violenta y depredadora. Ahora bien, "*El que con lobos anda, aullar se enseña*", al parecer el contacto con la humanidad, devela una naturaleza peor a la de la bestia, una crueldad contenida y sólo sometida por la apariencia. Este giro en la narrativa desafía la noción de una redención definitiva o permanente, mostrando que la influencia de la bondad puede ser transitoria frente a las fuerzas del entorno hostil. En palabras de Darío, la humanidad y sus acciones también tienen una influencia decisiva sobre la naturaleza de los seres, lo que sugiere que la redención no es únicamente una cuestión de voluntad individual, sino también de las condiciones sociales y ambientales en las que se desenvuelve el individuo.

La ambigüedad sobre la redención que presenta el poema refleja una visión más realista y compleja de la naturaleza humana y de la redención misma. No todas las criaturas, ni todas las personas, pueden mantener una transformación moral a largo plazo. Esta falta de permanencia en el cambio subraya la fragilidad de la bondad frente a la adversidad. Al mismo tiempo, el poema invita a reflexionar sobre la influencia que las comunidades y sus actitudes pueden tener en la posibilidad de cambio de un individuo, cuestionando si la redención es realmente una elección individual o si depende en gran medida del entorno que rodea al sujeto en cuestión.

Por tanto, "Los motivos del lobo" no solamente trata sobre la redención del mal, sino sobre su volatilidad y su vulnerabilidad a la corrupción externa. La figura del lobo en este poema desafía la idea convencional de que el mal puede ser completamente erradicado o transformado de manera definitiva, destacando que la naturaleza y el comportamiento de los seres están constantemente en tensión con las influencias externas que los rodean.

Puede un hombre que se siente como ese lobo redimirse.

El poema muestra que la redención no es solamente un acto individual, sino un proceso que depende tanto de la voluntad del ser redimido como de la aceptación de la sociedad. Kierkegaard señala que la fe y el cambio requieren "angustia y sufrimiento" para alcanzar una comprensión más profunda de la existencia. Sin embargo, como en el caso del lobo, la sociedad a menudo actúa como un juez implacable que limita la capacidad del individuo para superar su pasado. Así, la redención es presentada en el poema como frágil y efímera, amenazada constantemente por un entorno incapaz de aceptar plenamente la transformación.

El poema permite plantear un paralelo entre la figura del lobo y la de un hombre con un pasado oscuro que busca redimirse. El lobo, tras ser tocado por la compasión de Francisco de Asís, experimenta una transformación momentánea, pero la hostilidad y el rechazo de la comunidad lo empujan de nuevo a su naturaleza agresiva. Esta narrativa refleja la complejidad de la redención en aquellos cuya naturaleza o historia está marcada por la violencia, lo que resuena con la situación de un hombre que, tras intentar cambiar su vida, enfrenta pruebas que lo arrastran de vuelta a su antiguo yo.

La idea de que "la propia existencia lo ha puesto a prueba", como si las circunstancias buscaran provocar que resurja su lado oscuro, refleja una visión pesimista de la capacidad humana para cambiar de manera definitiva. Al igual que el lobo, el hombre que busca redimirse no puede escapar de su pasado porque la sociedad lo juzga constantemente por lo que ha sido, no por lo que intenta ser. Las inclemencias y las pruebas que enfrenta simbolizan la lucha interna y externa por superar una naturaleza o un pasado marcado por la agresividad y el sufrimiento.

El poema de Darío expone esta tensión al sugerir que, a pesar de los intentos de cambio, ciertas naturalezas pueden ser vistas como inmutables por la sociedad. Esto plantea una cuestión fundamental sobre la redención: ¿puede alguien que ha sido "salvaje" en su comportamiento o naturaleza ser aceptado de manera genuina después de un cambio? Como el lobo, el hombre que busca cambiar se encuentra atrapado por las expectativas y los juicios de los demás, que buscan

en él la agresión que intentan evitar, provocando que eventualmente recaiga en su comportamiento anterior.

Este dilema también subraya la importancia de la empatía y la comprensión hacia aquellos que intentan cambiar. La figura de Francisco de Asís en el poema representa una excepción a la norma social: una figura compasiva que ve más allá de la naturaleza violenta del lobo. Sin embargo, como sugiere la historia, el perdón individual no siempre es suficiente cuando la sociedad en su conjunto sigue viendo a la persona como peligrosa. Es necesario que la comunidad también juegue un papel en la aceptación y apoyo de la transformación de un individuo, en lugar de perpetuar su condena a un ciclo de violencia o rechazo.

Este enfoque encuentra eco en las reflexiones sobre la naturaleza humana y la redención, donde la hostilidad y desconfianza de la sociedad hacia quienes buscan cambiar puede, paradójicamente, reforzar su conducta anterior. Tal como lo menciona el lobo en su regreso a la violencia, el "ojo por ojo" únicamente perpetúa el ciclo de daño y violencia, tanto en el hombre como en las bestias.

El hombre es un lobo para el hombre.

El poema de Darío ofrece una analogía clara con la visión de Hobbes en *Leviatán*. Sin una autoridad moral o reguladora, el hombre y el lobo caen en ciclos de violencia que perpetúan el conflicto. Francisco de Asís actúa temporalmente como un "Leviatán moral", pero su ausencia permite que tanto el lobo como la comunidad regresen a su estado natural de hostilidad. Este ciclo sugiere que, al igual que en el estado natural hobbesiano, la paz y la civilización son frágiles y requieren un mantenimiento constante para no desmoronarse.

Es cuando, la frase "Homo homini lupus" ("El hombre es un lobo para el hombre") resuena con suma potencia, (aunque ha sido atribuida comúnmente a Hobbes, su origen proviene de la comedia *Asinaria* de Publio Terencio Africano). Esta expresión captura una visión pesimista de la naturaleza humana, enfatizando la capacidad de los seres humanos para dañarse unos a otros en un entorno competitivo y carente de autoridad reguladora. Hobbes retomó esta noción en su obra *Leviatán*, donde la emplea para subrayar su teoría política: en ausencia de un gobierno fuerte o un "Leviatán", el estado natural del hombre es de guerra constante y competencia destructiva, donde la vida es "solitaria, pobre, brutal y corta".

En el poema, se puede observar un reflejo de esta visión cuando el lobo percibe la violencia y el conflicto entre los hombres. Sin una figura que encarne autoridad o moral, como lo es Francisco de Asís en este caso, los seres humanos caen en comportamientos de agresión, egoísmo y rivalidad. El lobo, inicialmente una amenaza, se convierte en víctima de esta misma violencia humana cuando, tras su transformación inicial, es atacado nuevamente y vuelve a su naturaleza agresiva, ilustrando la dificultad de mantener la redención en un entorno hostil.

La percepción de la gente hacia el lobo cambia drásticamente según su comportamiento. Cuando el lobo actúa de manera salvaje, es temido y demonizado, pero cuando adopta una actitud más dócil tras su encuentro con Francisco, su relación con los humanos mejora momentáneamente. Esta dinámica también refleja cómo la sociedad tiende a juzgar y reaccionar frente a aquellos que, habiendo cometido actos violentos, intentan redimirse. Al igual que los seres humanos en la visión de Hobbes, el lobo enfrenta un entorno que,

aunque busca mantener la paz, sigue siendo propenso a la competencia y la hostilidad.

La intervención de Francisco de Asís puede leerse como una analogía de una figura de autoridad moral que impone orden en un mundo donde la violencia parece ser una constante natural. Sin embargo, al desaparecer esta influencia moral o reguladora, la naturaleza competitiva y destructiva de los seres humanos –y del lobo en este caso– reaparece, revelando que sin una estructura que controle los impulsos más oscuros, el hombre (y el lobo) sigue siendo un peligro para su prójimo.

La reflexión de Darío sugiere que, al igual que en la teoría hobbesiana, la presencia de un contrato social o una autoridad reguladora es crucial para mitigar la violencia intrínseca que parece surgir en el estado natural de los seres humanos. Sin una autoridad o figura moral como Francisco, los hombres, como los lobos, están condenados a caer en la violencia y el conflicto.

El lobo como un ser solitario.

La soledad del lobo en el poema encarna tanto su poder como su vulnerabilidad, reflejando la paradoja existencialista de la libertad individual. Sartre argumenta que la autenticidad implica aceptar las consecuencias de ser "el único responsable" de la propia existencia. En este sentido, el lobo, al optar por su independencia, renuncia a la seguridad que ofrece la comunidad. Sin embargo, su muerte inevitable subraya que incluso los seres más fuertes sucumben cuando carecen de un legado colectivo que los trascienda.

El lobo, como figura simbólica en el poema, se presenta como una representación de la soledad y el poder. La soledad del lobo no es meramente un signo de aislamiento, sino una afirmación de su capacidad para sobrevivir en condiciones extremas, donde otros perecen. Este lobo, solitario y fuerte, ejemplifica una dualidad: por un lado, su resistencia y autosuficiencia son atributos positivos; por otro, su independencia puede convertirlo en una figura peligrosa y temida. Esta visión del lobo encaja en la imagen arquetípica de la criatura como un ser indomable, que no se adapta, sino que sobrevive.

El lobo solitario, en contraposición a aquellos que viven en grupo, encarna la libertad que ofrece la ausencia de ataduras. Su falta de miedo a la muerte, y su lucha constante por la supervivencia, lo convierten en una figura poderosa, un símbolo de resiliencia en un mundo donde el peligro es constante. Como se menciona, "ser viejo en un mundo hostil donde todos mueren jóvenes es un símbolo de poder", lo que subraya cómo la longevidad en circunstancias adversas refleja la fortaleza innata del lobo.

El poema no solamente muestra al lobo como un ser que puede ser transformado por la compasión de Francisco de Asís, sino también como una criatura cuya supervivencia en la adversidad es, en sí misma, una forma de resistencia. La determinación del lobo de luchar y sobrevivir, a pesar de la hostilidad del mundo que lo rodea, refuerza la idea de que la soledad, cuando va acompañada de poder y autosuficiencia, es un símbolo de fuerza. Este es el verdadero carácter del lobo: una existencia marcada por la lucha constante, en la cual no teme enfrentarse al peligro, sino que lo afronta como parte de su naturaleza cotidiana.

En este sentido, el lobo puede ser interpretado no únicamente como un antagonista que representa lo salvaje, sino como una figura que celebra la lucha y la supervivencia en un mundo hostil.

Bajo una tónica que deja la reflexión abierta como herida que no cede. En el poema la figura del lobo se centra en su soledad y fortaleza, y en la resiliencia que emerge de su independencia; sin embargo, también plantea una paradoja profunda. Una frase de George R.R. Martin permite considerar una arista que emerge voraz: “el lobo solitario perece, pero la manada sobrevive”, es decir, la vida solitaria del lobo, que lo hace fuerte y autosuficiente, es también su mayor limitante, porque, al final, se lleva consigo su propio legado.

La soledad del lobo, que parece ser su mayor virtud y fuente de poder, es también el preámbulo de su desaparición, ¿al morir qué deja?, la leyenda de ser un enemigo feroz, el Ulises que sea el cuento de los pequeños y la pesadillas de los traviesos, ¿qué queda?, al final el “Memento Mori” resuena en todos los seres pero en la soledad que se deja, un cuerpo inerte que será tal vez el trofeo de quienes vengan a celebrar con el cadáver las afrentas, profanando su cadáver y sirviendo de presea para los que desean venganza. En un contexto natural, la manada asegura la continuidad, el aprendizaje y la herencia; en cambio, el lobo solitario carece de este lazo colectivo que podría preservar su existencia y transmitir su esencia. Cuando el lobo muere, su historia se pierde en el viento; no hay nadie que herede su conocimiento, su linaje, ni nadie que celebre su resistencia. Su lucha se vuelve un esfuerzo solitario sin sucesores, un triunfo efímero, una batalla pírrica por encontrar un sentido a la existencia y sobrevivir por una causa que se desvanece en la perpetuidad del tiempo.

Así, aunque el lobo simboliza poder y libertad individual, su destino final revela una fragilidad subyacente: una vida fuerte, pero sin continuidad. Esta dualidad – la fortaleza en la soledad frente a la permanencia de la colectividad– manifiesta considerar la reflexión sobre la soledad y el legado. Aunque el lobo sobrevive en el aquí y ahora, su historia muere con él, resaltando una verdad esencial: la fortaleza del individuo es admirable, pero la manada garantiza el futuro.

El lobo siempre será un lobo.

Freud sugiere que los impulsos reprimidos no desaparecen, sino que retornan con mayor intensidad. En el caso del lobo, su naturaleza salvaje no puede ser contenida indefinidamente, y su explosión violenta refleja las consecuencias de intentar domesticar lo indomable. Darío, al mostrar la inevitable recaída del lobo en su agresividad, plantea una crítica a la imposición de valores civilizatorios que no consideran las particularidades de la naturaleza esencial de cada ser.

En el poema el lobo representa a una criatura que nunca deja de ser quien es, se presenta una visión de la naturaleza intrínseca como algo imposible de cambiar. Aunque el lobo intente seguir la guía de su maestro, Francisco de Asís, y se esfuerce por reprimir su instinto violento y salvaje, su verdadera esencia, la de ser un depredador, prevalece. Esto refuerza la idea de que la naturaleza no puede ser completamente domesticada o reprimida sin consecuencias.

La imagen del lobo que "se fuerza a la domesticación" pero, en lugar de ser transformado, acumula odio y resentimiento, apunta hacia una idea de represión interna que, lejos de suprimir los impulsos naturales, los agrava. La explosión violenta y la liberación con furia, pueden ser descritas vívidamente en la imagen del "baño de gloria" y el "olor a hierro tibio", reforzando la agresión reprimida. Este frenesí emocional que surge al liberar los instintos reprimidos, y la distinción entre aquellos que han matado y aquellos que no, es clave para entender la dificultad de cambiar la naturaleza fundamental de un individuo.

En este contexto, la naturaleza del lobo, por extensión la del ser humano, no puede ser completamente controlada ni suprimida sin generar un contragolpe destructivo. Se puede interpretar que la represión excesiva de la verdadera esencia de un individuo, ya sea una inclinación hacia la violencia o cualquier otro impulso, no lleva a la redención sino a una erupción más violenta y caótica cuando esos impulsos finalmente se liberan.

El poema de Rubén Darío sobre el lobo plantea la pregunta sobre si es posible redimir o cambiar la naturaleza de un ser inherentemente salvaje. Aunque Francisco de Asís logra, temporalmente, pacificar al lobo, su regreso a la

violencia tras la hostilidad humana evidencia que su naturaleza no ha cambiado en esencia, sólo fue contenida por un tiempo.

El lobo debe sobrevivir.

El lobo, atrapado en un ciclo de violencia y supervivencia, ejemplifica lo que Nietzsche denomina el "eterno retorno". Su lucha constante no tiene otro propósito que la afirmación de su propia existencia, una lucha que, aunque trágica, también es profundamente vital. Sin embargo, al carecer de un legado colectivo, esta supervivencia se convierte en un triunfo efímero, una victoria pírrica que será saltada por la mortalidad, destacando la fragilidad de una vida vivida únicamente por la fuerza individual.

El concepto del lobo en su lucha por sobrevivir está profundamente arraigado en una visión darwiniana de la vida, donde la "supervivencia del más fuerte" predomina, y las reglas morales o éticas carecen de significado. El lobo, una vez liberado, se rige por la "ley del talión", una lógica de retribución que responde a cada daño con una venganza equivalente, reflejando la brutalidad del ciclo de violencia en el que está atrapado. Este enfoque no solamente revela la naturaleza implacable del lobo, sino también el carácter insaciable de su lucha por el poder y la supervivencia.

En este sentido, el lobo no sólo lucha contra otros, sino que también anticipa su propio fin: la llegada de otro que le arrebatará su dominio, una suerte de justicia inevitable en un mundo sin reglas. Este ciclo incesante de daño y retribución no deja espacio para la redención ni para el cambio duradero, y aunque pueda experimentar una satisfacción momentánea en su triunfo, el lobo también enfrenta una devastación emocional al reconocer que su destino final es el mismo que el de aquellos a quienes destruyó. Esta dualidad, entre la satisfacción de haber sobrevivido y el reconocimiento de la propia fragilidad, encapsula la tragedia de la bestia que se rige únicamente por sus instintos primarios.

Este ciclo perpetuo de violencia recuerda a la teoría de Hobbes en su obra *Leviatán*, donde la vida en un estado de naturaleza es "solitaria, pobre, desagradable, brutal y breve" debido a la falta de una autoridad superior que imponga orden. En el poema de Darío, aunque Francisco de Asís temporalmente logra domesticar al lobo, su naturaleza salvaje prevalece, mostrando que la lucha por la supervivencia, una vez desatada, no puede ser fácilmente contenida por ideales de paz o compasión.

De manera similar, en la tragedia del lobo y del hombre, el ciclo de la violencia se perpetúa, y aunque uno pueda gozar de un breve momento de poder, la llegada de un oponente más fuerte es inevitable, sugiriendo una reflexión más amplia sobre la naturaleza humana y su incapacidad para romper este ciclo destructivo cuando no se establece una estructura moral o de autoridad que lo regule.

Los motivos del lobo: dar a cambio mal por el bien; el bien que con mal se paga.

La respuesta del pueblo al lobo, donde el bien se paga con mal, refleja lo que Camus denomina "la indiferencia absurda del universo". Esta reciprocidad negativa subraya la tensión entre las expectativas éticas y la realidad de una existencia que no garantiza justicia. Además, la hipocresía del pueblo al demonizar al lobo, mientras perpetúan sus propias faltas, resuena con las dinámicas de exclusión y culpa colectiva en las sociedades modernas.

En el poema, se explora la paradoja de la reciprocidad negativa: el pueblo, a pesar de recibir el bien de San Francisco, domesticando al peor enemigo y haciendo un aliado, responde con mal. Este poema por dicha acción, conlleva la reflexión sobre la naturaleza compleja de las relaciones humanas y animales, donde el bien no siempre genera gratitud ni cambia la esencia de quienes lo reciben. El lobo, representado como un ser salvaje y primario, parece incapaz de romper con su naturaleza agresiva, lo que sugiere que ciertos aspectos de la esencia no pueden ser alterados mediante el bien, por más compasivo que sea el intento de transformación. Aunque hay que determinar que el pueblo es el responsable de su villanía y el que causó su propio mal, el pueblo es su propia némesis y busca constituir en el lobo la figura donde descargar todo aquello que no puede de sí, es más fácil culpar a otros de los males propios que asumir la responsabilidad de los mismos.

Este acto de "pagar el bien con mal" plantea preguntas fundamentales sobre la justicia y la moralidad en situaciones donde las expectativas éticas no son correspondidas. Desde una perspectiva filosófica, se podría argumentar que el poema refleja una visión pesimista similar a la de Thomas Hobbes, quien creía que el ser humano (o en este caso, el pueblo) tiende al conflicto y la agresión en ausencia de una estructura social coercitiva que lo controle.

La idea de que la vida, o el mundo, "devuelve el bien con mal" también puede ser vista desde la perspectiva de una crítica existencialista, que sugiere que no hay una garantía de justicia cósmica, y que la experiencia del sufrimiento o la ingratitud es inherente a la vida humana. La figura del pueblo, incapaz de retribuir el bien recibido, simboliza la tragedia de una existencia gobernada por fuerzas

instintivas y condicionadas por la simulación, la hipocresía y la apariencia que únicamente responden a los códigos morales impuestos y supervisados.

El poema así resalta la tensión entre la naturaleza salvaje y la humanidad, mostrando que la moralidad no es una transacción segura; el bien no siempre es recompensado, y el mal a veces surge como una respuesta inevitable en ciertos seres.

Un lobo no deja de ser un lobo porque lo veas sereno.

El lobo es presentado como una figura de contradicción, cuya calma no es indicativa de redención, sino un respiro momentáneo en un ciclo interminable de lucha interna y externa. Freud, al describir la dualidad humana, sugirió que el individuo está atrapado entre el instinto y la civilización; en el lobo, esta dualidad emerge como una tensión entre su serenidad superficial y su naturaleza esencialmente violenta. Este simbolismo resalta la lucha constante entre el deseo de paz y la inevitabilidad del conflicto.

El lobo, en esta reflexión literaria, se presenta como una metáfora de la brutalidad y la complejidad inherentes al ser humano. Bajo su serenidad aparente, no deja de ser un ser marcado por la violencia, el instinto y el dolor. He aquí, cuando las ideas interpelan al narrador, sometiendo a juicio al juzgador, y dejando ver que el presente se identifica como un lobo cansado y solitario, que al igual que el personaje ha transitado un recorrido de vida plagado de sombras, cargado de experiencias que distan de la sabiduría idealizada, pero que lo han curtido en las realidades más duras de la existencia.

El tono del texto, marcado por una mezcla de resignación y advertencia, refleja un profundo autoconocimiento y aceptación. Este lobo ha conocido la violencia tanto como víctima y perpetrador, y su cansancio no es una señal de debilidad, sino de la pesada carga de su historia. La calma que exhibe es engañosa; bajo la superficie yace un ser con la capacidad de infligir daño, pero también con una comprensión cruda de la vida como un escenario de lucha y sufrimiento. En este sentido, el lobo representa no sólo la brutalidad, sino también la lucha por la redención.

El monólogo se convierte en un aviso a aquellos que se atreven a acercarse demasiado: "mantén tu distancia", pues el lobo sigue siendo peligroso. La advertencia está cargada de una ambigüedad moral, donde el lobo, que no ha dejado de ser quien es, oscila entre la tentación de volver a la violencia y un deseo fatigado de paz.

La descripción que sobresalta en el pensamiento es que la vida es como "un infierno con pequeños fragmentos de alegrías" y ello, destaca una visión nihilista en la que el placer es momentáneo y la felicidad es apenas un antídoto fugaz

ante la brutalidad cotidiana. El lobo se confiesa como alguien que ha conocido las profundidades del mal, incluso ha visto la muerte de cerca, lo que lo ha insensibilizado frente a los temores y sufrimientos que otros podrían encontrar insoportables. El "hogar" del lobo, su infierno personal, está construido por las cruces que carga, los actos violentos que ha cometido y los corazones que ha consumido.

Sin embargo, en medio de su cansancio y violencia, hay también un resquicio de reflexión: el lobo parece comprender que sus acciones no son meramente fruto de una maldad innata, sino de las circunstancias que lo han formado. Aquí, el lobo ofrece una crítica implícita a la injusticia de la vida y a la violencia estructural que lo ha moldeado. En su confesión, se encuentra una búsqueda de redención, aunque esta sea esquiva.

El final, que evoca un momento de calma y paz momentánea, es profundamente ambiguo: aunque el lobo está tranquilo, sigue siendo un lobo. Esta dualidad, entre el deseo de paz y la tentación del daño, entre la calma y el peligro, refleja la complejidad del ser humano enfrentado a sus propios demonios internos. En esta tensión reside el verdadero peligro y la belleza del texto: el lobo no es sólo una figura de violencia, sino también de introspección, un ser que, a pesar de todo, aún busca un lugar en el mundo, aunque sea en medio del caos y el dolor.

El lobo se convierte en un símbolo de la lucha existencial, no sólo contra el mundo exterior, sino también contra su propio ser. Al igual que en Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, el conflicto interno es irreductible; la aceptación de su dualidad es tanto su condena como su liberación. Nietzsche lo llamaría un ejemplo de amor fati, donde el lobo no busca trascender su naturaleza, sino abrazarla como un acto de autenticidad y poder. De esta idea, surge el poema a continuación, un aviso literario donde el lobo es el "señor Hyde", una bestia que se contiene pero permanece vigente en el "Dr. Henry Jekyll".

*Nota al pie: Dr. Jekyll y Mr. Hyde" hace referencia a El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde, una novela corta escrita por Robert Louis Stevenson en 1886. La obra narra la historia de un médico, el Dr. Henry Jekyll, quien desarrolla una fórmula que le permite liberar su lado más oscuro y primitivo, personificado en el violento y amoral Mr. Edward Hyde. Este relato es un estudio profundo de la dualidad humana, explorando cómo el bien y el mal coexisten dentro de una misma persona. La mención en el texto establece un paralelismo entre la naturaleza indomable del lobo y el conflicto interno del Dr. Jekyll, donde la aceptación de la dualidad se convierte en un acto inevitable de auto comprensión y destino.

Lamento del lobo

Vengo del infierno,
donde los demonios susurran nombres olvidados.
En las sombras de mi ser, el lobo tiene motivos:
un guerrero cansado, marcado por cicatrices,
rastros de ráfagas y metrallas,
con ojos que cargan el peso del tiempo,
oscuras ventanas a tormentos inconfesables.

No confundas mi calma con virtud,
soy un lobo solitario, un eco de verdad cruda.
Mi lengua, templada en la fragua de la violencia,
habla en un idioma de sombras,
y cada palabra lleva el borde de un cuchillo,
afilado por años de hambre y desesperación.

He respirado la paz momentánea,
pero mi historia está escrita con sangre,
un infierno pintado de penumbras con arcoíris intermitentes.
El veneno me devoraba,
y aun así, la vida persistía,
como una melodía rota en un mundo que agoniza.

En la penumbra de mi ser, un lobo yace,
cansado de danzas macabras,
de mirar a la muerte y encontrarla familiar.
Mis ojos, infiernos marrones y profundos,
guardan sombras y memorias de una vida
que ruge y canta en cada cicatriz.

No sonrío por burla,
sino por placer amargo:

el hierro tibio de la violencia,
la caricia fría de un amor que nunca redime.

He probado los sabores de la traición,
apuñalado y apuñalando,
un lobo en un mundo de traidores.
En cada duelo, en cada venganza,
la sangre que fluye es un espejo
de un alma que lucha por sobrevivir.

Quizá el destino divino nos haya cruzado,
mi oscuro idioma y tus oídos ingenuos.
Hermano, mantén distancia,
pues mi calma es un disfraz
y, en mi interior, se cierne un invierno sin fin.

Soy un lobo que carga con sus elecciones,
un eco de violencia, la voz de años tortuosos.
Angustia fatal mis ojos encarnan,
una sombra que danza entre el bien y el mal.

La palabra seduce, en el juego de las letras.
La vida, ese infierno con destellos efímeros de alegría,
es un veneno que consume y define.
Mis actos desconcertarán al más inocente,
pero ¿quién puede juzgar al lobo
sin mirar primero su propia sombra?
Mi existencia es un ritual perpetuo,
Mi existencia es un ritual perpetuo,
una plegaria al vacío:

*Sanctus Deus, Sanctus fortis,
Santo inmortal, ten piedad de este lobo.*

Mi voz, un susurro en el viento,
lleva un adiós en un idioma antiguo,
una súplica tallada en huesos rotos.

Hugo, nombre que resuena en un último lamento,
invoco la palabra que trasciende:
Sanctus, en mi boca, como juramento.
Deja que el verso florezca donde la sangre ha corrido,
y que el lobo, aunque condenado,
haya dejado algo más que cicatrices en su andar.

Aunque sé a dónde voy,
recuerdo siempre de dónde vengo:
vengo del infierno,
ningún demonio me es ajeno.

Capítulo 2. La trinidad.

Oveja (pueblo), lobo y pastor (Francisco de Asís).

El poema "Los motivos del lobo" de Rubén Darío se puede interpretar como una reflexión profunda sobre la naturaleza humana, marcada por el conflicto interno entre lo salvaje y lo civilizado, el instinto y la espiritualidad. Esta obra, rica en simbolismo, utiliza la figura del lobo y de San Francisco de Asís para articular tensiones universales entre el pecado, la redención, la violencia y la comunidad.

Para entender las tensiones que subyacen en el poema, es necesario entender el simbolismo del lobo y San Francisco, en sus papeles de protagonista y antagonista.

El lobo representa el mal en toda su expresión, es la exhibición de la naturaleza salvaje, los impulsos primarios y la brutalidad que anidan en el ser humano, mientras que San Francisco de Asís simboliza lo opuesto, la paz, la espiritualidad y la esperanza de redención. Este contraste encarna una dualidad fundamental en el ser humano, donde los instintos animales coexisten con el anhelo de trascendencia moral. En términos filosóficos, esta representación evoca una suerte de lucha entre el "estado de naturaleza", tal como lo describió Hobbes, y la posibilidad de redención a través de un ideal de virtud, alineado con el pensamiento cristiano.

Es preciso remarca que el poema va más allá de la simple dicotomía entre lo salvaje y lo civilizado. A través de la interacción entre el lobo y San Francisco, Darío plantea una alegoría sobre el pecado y las condiciones que lo engendran. El lobo, a pesar de simbolizar la violencia, no es inherentemente maligno; su agresividad está motivada por el hambre y la necesidad de sobrevivir. Esto sugiere que las acciones violentas pueden ser respuestas a circunstancias extremas, más que expresiones de una maldad innata, desafiando la simple categorización moral de lo bueno y lo malo.

Pero en toda trinidad, existe y persiste un justo medio que se oculta a la vista, porque se fija la atención generalmente a los opuestos que enmascaran los extremos y es este ente intermedio el escenario que en muchas ocasiones pasa

como circunstancial y casi invisible de su responsabilidad. El poema introduce una crítica sobre la alienación y el conformismo a través de la servilidad del pueblo ante el pastor. La comunidad, representada en su incapacidad de actuar por sí misma y su obediencia ciega a una figura de autoridad, refleja una dinámica peligrosa que perpetúa el sufrimiento colectivo. Aquí se observa una crítica social similar a la que encontramos en las ideas sartreanas, donde el *"infierno son los otros"*, y la alienación surge cuando los individuos delegan su responsabilidad moral a figuras autoritarias sin cuestionar su legitimidad.

Aunque reconociendo al pueblo, se puede determinar que ellos en su visión sesgada enjuician al lobo, es decir, al otro, porque en ello se les da el subsumir la responsabilidad en la culpabilidad del tercero, de esa manera se elimina la posibilidad de reconocimiento de actuación y menos de responsabilidad. La noción entonces es que *"el infierno somos nosotros"* y esta idea se relaciona con la crítica de Darío a la falta de autoconocimiento y la incapacidad del pueblo de resistirse a las dinámicas de poder. El poema muestra cómo la deshumanización y la alienación pueden convertir a las personas en cómplices de su propio sufrimiento. Esta visión sugiere que el verdadero infierno no es un lugar externo o metafísico, sino una construcción social resultado de la falta de conciencia crítica y la sumisión colectiva.

El pueblo no es necesariamente la víctima, sino el actor que emite más quejas y muestra al otro en su proceder ocultando la causa del mismo y negando que hay una gravamen al confrontarlo, causalmente actúan con la hipocresía que puede verse en muchos ámbitos, *"arrojan la piedra y esconden la mano"*, suena como un lugar común para el presente, que hasta parece una descripción del compañerismo ilustrado en un poema.

A pesar de la oscuridad presente en la naturaleza del lobo y en la sumisión del pueblo, Darío sugiere que la transformación es posible siempre que exista una figura de autoridad que mantenga el control, gobierno y orden. Pero cuando la resistencia en este caso del pueblo, que juega en el papel de fuerza externa que impide que se concrete, el retorno a la identidad de parte del lobo es necesario y se consigue justo lo contrario, esto sugiere que aquello que se busca combatir es una pulsión que se hace latente y se expresa al convertirse en ello.

En el análisis del poema "Los motivos del lobo" de Rubén Darío, se pueden distinguir tres figuras claves: la oveja, el lobo y el pastor, que representan diferentes arquetipos dentro de una estructura simbólica que enfrenta el bien y el mal. Esta dinámica no sólo refleja un conflicto entre las fuerzas del bien y el mal, sino también una crítica profunda a las narrativas sociales que a menudo simplifican estos conceptos en un maniqueo reduccionista de buenos y malos.

La Oveja (el Pueblo).

La oveja es la representación del pueblo, percibido como vulnerable, inocente y en necesidad de protección. A menudo, el pueblo se ve a sí mismo como víctima de las circunstancias y de las amenazas externas, sin reconocer su propia participación en los sistemas que perpetúan el mal. En este sentido, la oveja también simboliza la conformidad y la negación de las realidades incómodas. El pueblo, según esta visión, tiende a ignorar los peligros inminentes, prefiriendo una existencia cómoda y apacible, aunque ello implique una falta de preparación ante las amenazas reales. Esta vulnerabilidad está en la falta de conciencia crítica, lo que hace que el pueblo sea fácilmente manipulable.

El Lobo (el predador).

El lobo, tradicionalmente visto como el villano en las narraciones populares, encarna el mal, la amenaza y el peligro. Su figura representa a aquellos que, movidos por la necesidad o la naturaleza, actúan de forma agresiva o maliciosa. El lobo no sólo simboliza la violencia, sino también la alteridad, lo diferente que asusta y perturba a la comunidad establecida. En este contexto, el lobo es el depredador que expone la vulnerabilidad de las ovejas, recordando la omnipresencia del mal en el mundo. Su figura se asocia con los instintos salvajes y destructivos que, aunque repudiados por la sociedad, forman parte inherente de la existencia humana. El poema de Darío refleja esta dualidad entre la naturaleza feroz del lobo y su búsqueda de redención, lo que lo convierte en un personaje profundamente complejo y simbólico.

El Pastor (Francisco de Asís).

La figura de Francisco de Asís, conocido por su amor hacia todas las criaturas, incluidas las más temidas como el lobo, es presentada como el mediador, el que busca la paz y la reconciliación. El pastor, en este caso, es quien intenta redimir al lobo y guiar a las ovejas, siendo un símbolo de liderazgo moral y espiritual. Francisco es el arquetipo del guía compasivo que no solo reconoce la presencia del mal, sino que trabaja para mitigar sus efectos y proteger a la comunidad a través de la bondad y la compasión. En su diálogo con el lobo, Francisco no busca destruir la naturaleza de este, sino transformarla, apelando a su capacidad de cambio y redención. Como líder espiritual, el pastor no sólo protege a las ovejas, sino que también humaniza al lobo, mostrando que incluso en los más feroces puede haber un anhelo de transformación.

La relación entre los tres arquetipos.

El conflicto entre el lobo y el pueblo es central en la narrativa del poema, pero lo que es más interesante es cómo el pastor interviene para intentar reconciliar estas fuerzas opuestas. Aquí se puede hacer una analogía con la relación entre Pedro, Jesús y Judas. Pedro, en este caso, sería el lobo, la figura rebelde y conflictiva; Judas, el pueblo, con su traición implícita, representando las dinámicas de hipocresía y manipulación; y Jesús, como Francisco de Asís, el mediador y guía espiritual que recibe los "besos de hipocresía" de Judas y la entrega. Qué hubiera sucedido si en el encuentro el lobo ante los sucesos que acontecieron con el pueblo hubiese reaccionado de manera violenta y no se hubiera detenido, dejando en trisas al santo. El pueblo asumiría responsabilidad o culparía al lobo quien actuaría conforme una defensa ante la violencia sufrida y adecuado a un acto preventivo de ataque. La duda razonable es, el pueblo mide sus acciones o se deja llevar por el impulso visceral, que hace acopio de resentimiento, envidia y coraje reprimido. Porque en voz de Darío parece figurar que no tiene la capacidad de pensar a futuro y solamente arremete furtivo.

La crítica implícita es que, mientras el pueblo busca culpar al lobo, muchas veces es él mismo quien perpetúa la injusticia y la violencia a través de su conformismo y su resistencia al cambio. El "ojo por ojo" sólo perpetúa el ciclo de violencia, y la verdadera solución reside en un liderazgo que pueda guiar a ambos hacia la redención y el entendimiento.

El poema nos confronta con la dualidad inherente en la naturaleza humana: el bien y el mal no son absolutos, sino que coexisten en cada individuo. La figura del lobo como depredador es un recordatorio de los instintos más oscuros del ser humano, mientras que el pastor, en la figura de Francisco de Asís, encarna la esperanza de redención y transformación a través del amor y la compasión. Sin embargo, el verdadero problema reside en la oveja, en el pueblo, que a menudo busca chivos expiatorios para sus propios fallos y su propia pasividad frente al mal.

El peligroso pastor.

En los ámbitos religiosos, políticos y sociales, el liderazgo no sólo es un fenómeno de guía, sino un poder transformador que puede moldear la manera en que las personas perciben y responden al mundo. El líder carismático tiene la capacidad de reformular la realidad para sus seguidores, y en esa reformulación puede yacer un peligro latente.

En todos lados existe el pastor se puede encontrar oculto a la vista, porque la ceguera cognitiva suele negarse a ver la nariz aunque sea evidente, un profesor, un sacerdote, un individuo adoctrinado de ideologías, un charlatán de supercherías chamánicas, un demagogo, un populista, un líder carismático tan común en la político, que tiene un problema para cada solución y una respuesta ante aquello que ignora, dejando ver sus incapacidades exhibidas y vividas en el atrevimiento.

La influencia del líder es, por su propia naturaleza, ambigua. Si bien puede ser una fuente de inspiración y cohesión, también se convierte en un canal para el fanatismo cuando la crítica desaparece. En casos extremos, líderes que promueven ideologías destructivas o intolerantes desencadenan una lealtad ciega que, sin escrutinio, puede llevar a la violencia. Las dinámicas sectarias y los movimientos radicales son ejemplos de cómo el poder de la palabra puede despojar al individuo de su capacidad de discernir, propiciando una aceptación acrítica de actos que, de otro modo, serían inaceptables.

El proceso de alienación y dependencia que emerge en estos contextos es alarmante. A medida que los seguidores delegan su juicio moral en el líder, se diluye la autonomía personal. La ideología del líder se convierte en la única verdad, y cualquier disidencia interna es percibida como una amenaza. En estos casos, el líder adquiere un poder casi divino, casi mesiánico, incitando la oposición hacia los "otros", a menudo a través de la deshumanización de aquellos que no pertenecen al grupo, los buenos son sus seguidores, los que repiten la voz única, los que rinden culto al narcisismo del líder y a su persona; los malos son todos aquellos que tengan pensamiento propio, que demuestren crítica, cuestionamiento y disidencia. Esta construcción del enemigo externo,

reforzada por la narrativa del líder, puede desencadenar conflictos que van más allá de la mera retórica, llegando al terreno de la violencia.

Para contrarrestar estos peligros, es esencial que los individuos mantengan la responsabilidad personal y la capacidad crítica. Aquí radica uno de los pilares fundamentales de la ética individual: la capacidad de cuestionar, de resistir la tentación de seguir ciegamente a cualquier figura de autoridad. Promover una cultura de diálogo abierto, de libre expresión, de hermenéutica y pensamiento crítico dentro de los grupos es una salvaguarda contra la idolatría y la manipulación. La educación, como mecanismo de apertura a diferentes perspectivas, se presenta entonces no sólo como un derecho, sino como una necesidad para evitar caer en el dogmatismo, el fanatismo, la idolatría, el servilismo y el prejuicio.

Finalmente, el debate sobre la ética del liderazgo nos obliga a examinar no solamente a los seguidores, sino también a los líderes en sí mismos. Un liderazgo responsable debe ser consciente del peso de sus palabras y acciones, y en lugar de sembrar división, polarización u odio, debe esforzarse por promover la paz, la unidad y la comprensión. En una sociedad inteligente todas las voces son bienvenidas por molestas que puedan ser. La capacidad de un líder para movilizar a las masas conlleva una responsabilidad ética inherente, que debe estar centrada en el bien común y no en el fomento de la lealtad incondicional o la polarización.

En la sociología y la filosofía política, el fenómeno del culto a la personalidad ha sido ampliamente estudiado como una forma en que los líderes utilizan su carisma y habilidades retóricas para consolidar una base de seguidores fervorosos. En este contexto, el líder no solo es seguido, sino idolatrado, y su influencia trasciende el ámbito de lo racional, dominando las emociones y la ética de sus adeptos. Este fenómeno plantea preguntas profundas sobre los límites del poder y la autonomía del individuo dentro de la estructura del grupo.

El "peligroso pastor", por tanto, no es únicamente una figura literaria o simbólica, sino una realidad observable en los escenarios donde el poder del líder anula la capacidad crítica de sus seguidores, dejando tras de sí un rastro de fanatismo y alienación que puede tener consecuencias desastrosas para la cohesión social

y la ética colectiva. Un seguidor fanático nunca dejará de ser una oveja. Las ovejas siempre siguen obedientes el rebaño y creen ciegamente que el lobo es el enemigo a temer, mientras caminan pacíficas al matadero donde las espera el pastor.

Pueblo sabio.

En el poema "Los motivos del lobo", Rubén Darío articula una crítica sutil pero profunda a las dinámicas sociales que moldean la conducta de los individuos dentro de una comunidad. El pueblo que se describe refleja un estado de alienación y obediencia que ha perdido la capacidad de cuestionar, lo que lo hace vulnerable a la manipulación bajo la influencia de un líder carismático. Este fenómeno no es sólo literario, sino que encuentra eco en análisis históricos y sociológicos sobre la relación entre el poder y las masas.

El pueblo alienado que Darío describe funciona como una entidad conformista, atrapada en la sumisión. La falta de pensamiento crítico y la incapacidad para interpelar las decisiones del líder los transforma en un "rebaño". Este concepto del rebaño remite a una crítica social que ha sido recurrente a lo largo de la historia, desde las reflexiones de Nietzsche sobre la moral del esclavo, hasta los estudios contemporáneos sobre el comportamiento de las masas en contextos sociopolíticos. Aquí, el pueblo no es dueño de sus acciones, sino que sigue ciegamente la dirección impuesta por quien tiene el poder, lo que lo predispone a comportamientos destructivos sin plena conciencia de sus implicaciones.

La idolatría hacia el "pastor", otro símbolo poderoso del poema, encarna la rendición moral ante la figura de autoridad. El servilismo que esto genera no solamente implica la aceptación de sus enseñanzas, sino también la supresión de cualquier capacidad crítica dentro de la comunidad. Esta idolatría puede ser vista como un reflejo de regímenes autoritarios, donde la figura del líder se convierte en un objeto de culto que dictamina las normas sin resistencia ni objeción. En este contexto, el pueblo se convierte en un actor pasivo que sacrifica su autonomía en aras de satisfacer las expectativas del líder, aun cuando esto vaya en contra de sus propios intereses.

La falta de resistencia que se manifiesta en el pueblo es un reflejo de lo que en psicología social se ha estudiado como "obediencia ciega". Estudios como los de Stanley Milgram han demostrado cómo los individuos, bajo la presión de la autoridad, pueden seguir órdenes que van en contra de su propio sentido ético. En el poema, este fenómeno está representado por la incapacidad del pueblo de desafiar al "pastor", consolidando una estructura de poder en la que cualquier

forma de oposición es vista como una traición. Esta dinámica de control refuerza la figura del líder como una autoridad inquebrantable y desvía cualquier posibilidad de disenso.

Las consecuencias de la falta de cuestionamiento son claras. En el poema, como en la historia, la incapacidad de una comunidad para interpelar a sus líderes puede llevar a catástrofes colectivas. Las guerras, las opresiones y los conflictos surgen en gran parte de ideologías no cuestionadas, que una vez examinadas revelan su vacío ético. La manipulación de las masas ha sido un tema recurrente en la historia, y Darío parece sugerir que la verdadera sabiduría de un pueblo radica en su capacidad para resistir la idolatría y fomentar una cultura de pensamiento crítico y pluralidad de ideas.

La crítica que subyace en "Los motivos del lobo" es una llamada a la reflexión sobre las relaciones de poder y la responsabilidad individual dentro de una comunidad. Darío nos invita a cuestionar las dinámicas que silencian la voz del pueblo y a repensar el papel del liderazgo en la configuración de la realidad social, alertándonos sobre los peligros del servilismo y la obediencia incondicional en manos de una figura autoritaria.

El infierno somos nosotros.

Retomando la afirmación "el infierno somos nosotros" desde esta idea, planteó una crítica profunda sobre la condición humana y la participación activa en las dinámicas de sufrimiento. Esta idea sugiere que el mal y la opresión no son fuerzas externas que simplemente nos afectan, sino que a menudo provienen de nuestras propias acciones, omisiones y estructuras sociales que perpetuamos sin cuestionar.

La condición humana y el autoconocimiento: El reconocimiento de que "el infierno somos nosotros" conlleva a la introspección sobre las responsabilidades personales y colectivas. Carl Jung sostiene que el autoconocimiento es esencial para enfrentar los aspectos oscuros de la psique humana. Esta introspección es clave para evitar la repetición de patrones destructivos. En un contexto social, la incapacidad de mirar hacia dentro y de asumir nuestras fallas contribuye al mantenimiento del sufrimiento y la opresión. Es únicamente cuando las personas y las sociedades se enfrentan a su sombra que pueden aspirar a un cambio real.

El papel de la sociedad en el sufrimiento: La alienación del individuo dentro de un grupo tiene consecuencias devastadoras. Un pueblo que no cuestiona y que actúa con obediencia ciega se convierte en agente de su propia opresión. Los estudios sobre comportamiento colectivo, como los de Hannah Arendt sobre la "*banalidad del mal*", demuestran cómo la falta de pensamiento crítico y la conformidad permiten que las atrocidades ocurran. En este sentido, el infierno no es un castigo externo, sino una creación social que surge de la pasividad y la sumisión.

El dilema moral recae en la falta de cuestionamiento por parte de un pueblo y este puede conducir a la deshumanización de sí mismo y de los otros. Sartre, en su obra *A puerta cerrada*, utiliza la metáfora del infierno para referirse a las tensiones y las malas elecciones que los seres humanos hacen en su convivencia. Aquí, el infierno es el resultado de las relaciones sociales basadas en la falta de ética y empatía. La alienación y el fanatismo ciegan la capacidad de reconocer al otro como un ser humano digno, lo que provoca un ciclo de sufrimiento autoinfligido.

Aunque la frase "el infierno somos nosotros" podría parecer pesimista, también señala hacia una posibilidad de cambio. Al aceptar la complicidad en el sufrimiento, se abre una vía hacia la redención. Esta idea se vincula con la capacidad humana para la resiliencia y el crecimiento moral. Viktor Frankl, en su obra *El hombre en busca de sentido*, subraya que incluso en las circunstancias más terribles, las personas tienen la capacidad de encontrar sentido y de elegir una actitud que trascienda el sufrimiento. Así, el reconocimiento del propio rol en la perpetuación del sufrimiento puede ser el primer paso hacia una transformación positiva.

Ante lo anterior, querido pueblo, debes afirmar que aunque suene devastador "el infierno somos nosotros" y con ello se abre la puerta al entendimiento en una llamada a la reflexión sobre la responsabilidad moral y social. A través del autoconocimiento, el pensamiento crítico y la empatía, es posible revertir las dinámicas destructivas que nos afectan tanto a nivel individual como colectivo. La frase recuerda que la transformación comienza desde dentro, y que el infierno que experimentamos puede ser superado si asumimos nuestra responsabilidad en la creación de un mundo más justo.

Dialogando con el poema.

En toda interpretación subyace un llamado, un susurro que puede ser atendido desde la conciencia o desde la supuesta "objetividad" crítica, pero, inevitablemente, este llamado toca las fibras más profundas del ser. El lector encuentra en el texto una voz que resuena con la suya propia, un eco que refleja su interioridad. Así, el texto interpela, exige ser leído y comprendido, revelando que detrás de cada palabra se esconde una confesión del mundo, una verdad personal del autor proyectada en las líneas.

Este diálogo entre lector y texto se torna fecundo cuando el poema no sólo enuncia, sino que se desdice, se contradice y se reconstruye. Hay en esta dinámica un juego de espejos: el poema es conmigo y yo soy en el poema, permitiéndole ser en su total autonomía. Esta es la esencia de la hermenéutica, donde la interpretación no impone un sentido fijo, sino que abre una puerta a la libertad, a aquello que se esconde en los intersticios de la realidad, en aquello que muchas veces permanece invisible por nuestra propia ceguera. Y es aquí donde se manifiesta el pensamiento como un refugio seguro, un espacio que nadie puede arrebatarnos.

Al caminar por el mundo de las letras, descalzo sobre abrojos y pétalos, asumo mi lugar como escritor. En este terreno, soy creador, no con la arrogancia de quien se cree omnipotente, sino con la humildad de quien reconoce que con un sólo trazo de la pluma puede traer al ser lo inexistente. Rubén Darío, a más de un siglo, sigue hablando, sigue vivo en cada verso, en cada palabra que aúlla desde las alturas literarias. Su "lobo" sigue vagando, en libertad, marcando con sus colmillos endurecidos los riscos de las palabras.

Es en este espacio donde me encuentro libre, alejado de la estrechez de ciertas correcciones filosóficas que, en su afán de decir mucho, terminan por no decir nada. Me he sentido muchas veces condenado a no ser entendido, pero en el abismo de esa incomprensión, he encontrado la salvación en las palabras de un maestro, cuya autoridad no reside en su grado académico, sino en la profundidad de su pensamiento.

La literatura, en su vastedad, permite lo que el argumento filosófico a menudo no comprende: un espacio para pensar con el alma, donde las musas susurran al

oído y, con mano firme, guían al escritor. En este proceso corpóreo de la escritura, las influencias del mundo se filtran en cada línea, dibujando pensamientos que habitan en las fronteras del universo literario.

Mientras la filosofía se debate en sus contradicciones y cuestionamientos, en la literatura habitamos aquellos que hemos sido tocados por las metáforas, las analogías y los aforismos. Aquí, no son bienvenidos los que, con soberbia, se asumen como portadores de una verdad única. La literatura, con su apertura, nos invita a abrazar la duda no como un obstáculo, sino como el verdadero camino hacia el entendimiento.

Reincorporando las baterías hacia el poema en "Los Motivos del Lobo", la dinámica entre los tres personajes—San Francisco, el lobo y el pueblo—construye una "trinidad" que va más allá de los roles tradicionales de protagonista y antagonista. Esta estructura nos revela una tensión profunda entre la bondad que San Francisco busca despertar, la naturaleza salvaje y redimida del lobo, y el pueblo, que actúa como una fuerza disruptiva y antagonista frente a ambos.

San Francisco de Asís, encarnando el ideal cristiano de compasión y redención, intenta liberar en el lobo una bondad inherente que pocos ven. El lobo, aunque inicialmente una criatura de violencia y temor, es capaz de responder a esta empatía con un cambio notable: su naturaleza feroz es domada, aunque temporalmente. No obstante, el verdadero antagonista aquí no es únicamente el lobo, sino el propio pueblo, cuya reacción es clave para comprender la complejidad del poema.

El pueblo, lejos de ser simplemente una víctima pasiva de la violencia del lobo, tiene un papel protagónico en el rechazo del cambio. Representa una sociedad que se aferra a su necesidad de tener un enemigo, una figura externa a la que proyectar sus miedos y frustraciones. Esta colectividad se resiste a la transformación del lobo porque su estructura social, sustentada en la búsqueda de un villano común, no puede funcionar sin una némesis que unifique y dé propósito a su cohesión interna. En otras palabras, la redención del lobo amenaza el equilibrio precario de una comunidad que necesita del miedo para sostenerse.

Este rechazo colectivo a la redención del lobo subraya una crítica más profunda de Darío hacia la hipocresía social. El pueblo, que debería beneficiarse de la paz y la transformación del lobo, es el primero en sabotear este proceso, mostrando su incapacidad para aceptar la redención tanto del otro como de sí mismo. La violencia, en este sentido, no es exclusivamente una característica del lobo, sino también del pueblo, que a través de su odio y miedo mantiene al lobo en su rol de "bestia". El lobo, redimido temporalmente por San Francisco, es forzado a regresar a su naturaleza destructiva, no por voluntad propia, sino porque el pueblo lo empuja hacia ese destino.

El poema de Darío, entonces, no es simplemente una parábola de la bondad humana frente a la naturaleza salvaje. Es una reflexión sobre la alienación, el miedo al otro y la necesidad social de un chivo expiatorio. El lobo es más que una figura bestial; es un reflejo de los instintos colectivos y las proyecciones de una sociedad que, al rechazar la transformación, perpetúa su propia barbarie.

El mensaje del poema parece señalar que, mientras la compasión individual puede cambiar a un ser, es la estructura social la que lo condena a la violencia. De esta forma, Darío teje una crítica no solamente a la brutalidad natural, sino a la incapacidad humana para superar sus propios miedos y prejuicios.

Esto implica que el poema también habla de un doble rasero y la doble moral del pueblo lo que introduce una dimensión crítica a la hermenéutica del poema, revelando una dinámica social de hipocresía y condena cíclica. El pueblo, que bajo la observancia de San Francisco mantiene una fachada de civilización y moralidad, rápidamente retorna a sus instintos más bajos—odio, resentimiento, envidia—en cuanto desaparece la figura moralizadora del santo. Esto no sólo expone la fragilidad moral del colectivo, sino que también subraya cómo la presencia o ausencia de figuras de autoridad regula, o inhibe, los impulsos destructivos latentes en la sociedad.

El pueblo, lejos de ser simplemente testigo del conflicto entre San Francisco y el lobo, es un agente activo que moldea el comportamiento de este último. Al proyectar sobre el lobo sus propios temores y frustraciones, el pueblo se convierte en artífice del ciclo de violencia que busca perpetuar. En lugar de aceptar la redención del lobo, el pueblo lo acosa, lo condena, y lo empuja de

vuelta a su estado primitivo. Esta dinámica refleja el concepto de la "*profecía autocumplida*", donde el propio prejuicio y miedo del grupo social provocan la conducta destructiva que tanto temen. El pueblo necesita al lobo en su forma más violenta para justificar su odio preexistente, evitando así cuestionar sus propios defectos y limitaciones.

Asimismo, esta visión de un pueblo que actúa con hipocresía cuando se siente fuera de la supervisión moral de San Francisco puede interpretarse como una crítica a las sociedades que mantienen una moralidad superficial, dependiente de la vigilancia externa, y que ceden a sus peores impulsos en la ausencia de dicha vigilancia. Este comportamiento colectivo del pueblo refleja el fenómeno del *mobbing*, donde el grupo acosa y margina a un individuo, hasta forzarle a asumir el rol de "villano". Así, el lobo, aunque inicialmente redimido por la bondad de San Francisco, es llevado de nuevo a la violencia, no por su propia naturaleza, sino porque el pueblo necesita que él fracase para validar su propia narrativa de enemistad.

En definitiva, el poema de Darío no es sólo una reflexión sobre la naturaleza dual del ser humano, sino también una aguda crítica social. El pueblo, como microcosmos de la sociedad, es incapaz de sostener la redención de aquellos a quienes previamente ha demonizado, perpetuando una estructura de odio y rechazo que condena tanto al lobo como a ellos mismos a un ciclo interminable de violencia.

Esta interpretación es una crítica profunda hacia las estructuras sociales que, en lugar de fomentar la redención y el cambio, parecen actuar en contra de estas posibilidades. En el poema parece insinuar que el lobo no fracasa simplemente por sus propios defectos, sino porque la sociedad, representada por el pueblo, sabotea activamente cualquier intento de transformación positiva. Esta dinámica entre el individuo y la sociedad resalta la tensión entre los instintos primitivos que San Francisco intenta redimir y las fuerzas sociales que perpetúan el ciclo de violencia.

El efecto Pigmalión, que se manifiesta en la manera en que el pueblo moldea el comportamiento del lobo, es clave para entender esta crítica. El pueblo, a través de sus expectativas negativas, fuerza al lobo a asumir su rol destructivo. Al

proyectar sobre él sus miedos y frustraciones, el pueblo crea una "*profecía autocumplida*", en la que el lobo, a pesar de sus intentos de redención, termina siendo aquello que la sociedad espera de él: una bestia. Este fenómeno revela una dinámica de victimización y negación, en la que el pueblo prefiere externalizar el mal en lugar de enfrentarse a su propia responsabilidad en la creación de dicho mal.

La figura de Judas es una metáfora adecuada para describir la traición del pueblo, no sólo hacia el lobo, sino hacia la posibilidad de redención. Al igual que Judas traiciona a Cristo, el pueblo traiciona su propia capacidad de redimir al lobo, aferrándose a su papel de víctima mientras perpetúa la violencia. Esta contradicción refleja un aspecto oscuro de la naturaleza humana: la necesidad de proyectar el mal en otros para mantener la ilusión de bondad y pureza en uno mismo. Aquí se introduce el concepto freudiano del "*instinto de muerte*" (Todestrieb), donde los impulsos destructivos internos de la sociedad son proyectados sobre el lobo, quien se convierte en el receptor de esas pulsiones reprimidas.

Citando un refrán, "*el problema no es el perro que muerde, sino quien patea la reja*; no es Pedro que grita, sino Judas que besa", este ilustra perfectamente dicha dinámica. El problema real no es la violencia explícita del lobo, sino los impulsos sociales que lo llevan de nuevo a ese estado. El pueblo es quien "patea la reja", provocando el fracaso de la redención al no asumir su responsabilidad en el ciclo de violencia.

Los motivos del lobo no sólo es un poema sobre la dicotomía entre la civilización y la barbarie, sino una reflexión profunda sobre la naturaleza humana y la complicidad social en la perpetuación del mal. Al proyectar su oscuridad interna sobre el lobo, el pueblo revela la incapacidad de aceptar su propio rol en la creación del conflicto y, por ende, su propia falta de redención. La obra nos confronta con una paradoja: necesitamos el mal para justificar nuestra supuesta bondad, pero al negarlo en nosotros, sólo lo perpetuamos en los demás.

Existe entonces la necesidad del pueblo de mantener al lobo como villano lo que señala un aspecto psicológico y social profundo: la resistencia al cambio. El pueblo, al no querer reconocer que el lobo ya no es una amenaza, se aferra a la

idea de un "otro" hostil que legitime su propia inacción moral y cultural. Este fenómeno revela una dependencia simbólica del conflicto, en la que el lobo, aun redimido, debe volver a asumir su rol de villano para que el pueblo pueda mantener su identidad basada en la victimización y la confrontación.

Este proceso implica una disonancia cognitiva (Festinger, 1957), en la que las personas prefieren aferrarse a creencias y comportamientos conocidos, aunque estos resulten destructivos, antes que aceptar una realidad que les obligue a cambiar. En este caso, la eliminación del lobo como amenaza requeriría que el pueblo enfrente su propio crecimiento moral y la necesidad de transformar sus estructuras sociales, lo cual es incómodo y desafiante. La comodidad de seguir en un ciclo de conflicto proporciona una falsa sensación de estabilidad.

Filosóficamente, esta dinámica recuerda a la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel, donde ambas partes dependen una de la otra para definir su identidad. El pueblo, como colectivo opresor, necesita al lobo en su rol de agresor para justificar su propio sentido de justicia y moralidad. Si el lobo deja de ser una amenaza, la estructura social misma se desestabiliza, ya que perderían el contraste necesario para definir su posición como víctimas justas. Este tipo de dependencia revela que el conflicto, lejos de ser incidental, es esencial para el mantenimiento de la identidad social.

Este tipo de resistencia al cambio también puede vincularse con la teoría del chivo expiatorio (Girard, 1977), donde una comunidad necesita externalizar sus propias tensiones y conflictos sobre un individuo o grupo que actúa como el receptor de su agresión. En este caso, el lobo es el chivo expiatorio necesario para que el pueblo no tenga que enfrentarse a sus propios fracasos morales. La proyección del mal en el lobo les permite no sólo justificar sus acciones, sino también mantener una narrativa que perpetúa el status quo.

El pueblo en el poema no simplemente rechaza la redención del lobo por comodidad, sino porque eliminar al villano implica una amenaza a su propia identidad. El lobo es un reflejo de las fallas internas de la sociedad, y su rechazo indica una incapacidad profunda para evolucionar moralmente sin la presencia de un "otro" sobre el cual proyectar sus miedos y agresiones.

Todo esto también implica una dinámica entre el lobo y el pueblo en el poema que se relaciona con el concepto psicológico de la proyección, en la que el pueblo externaliza en el lobo aquellas características que no puede aceptar en sí mismo. Esta proyección les permite aligerar el peso de sus propios defectos y contradicciones morales, ya que encuentran en el lobo un chivo expiatorio sobre el cual canalizar sus emociones negativas, sus sentimientos de culpa y su responsabilidad colectiva. La hostilidad hacia el lobo redimido simboliza la negativa del pueblo a reconocer sus propias sombras, sus propios errores.

El refrán popular "si te choca, te checa" se aplica con precisión en este contexto, ya que lo que el pueblo desprecia en el lobo es, de hecho, un reflejo de lo que no puede soportar ver en sí mismo. El lobo, como receptor de esa agresión, encarna la figura del "otro" en el cual depositar toda la culpa y responsabilidad de los propios actos de los que el pueblo no quiere hacerse cargo. Esta figura externa actúa como un canal que libera al pueblo de la necesidad de una autoevaluación crítica.

Esta dinámica puede entenderse mejor si recurrimos al concepto de proyección freudiana, en la que los impulsos no deseados son externalizados y atribuidos a otros (Freud, 1911). Además, en términos sociológicos, lo que describe Girard sobre el mecanismo del chivo expiatorio cobra relevancia: la comunidad canaliza sus tensiones internas hacia un individuo o grupo, y al dirigir todo su odio y agresión hacia esa figura, logra una especie de catarsis colectiva (Girard, 1977). Este proceso no sólo permite al pueblo descargar sus conflictos internos, sino que también refuerza su cohesión social a través de la exclusión y el rechazo del lobo.

Al gritar "¡ladrón!" y acusar al lobo, el pueblo no simplemente desvía la atención de sus propias faltas, sino que también perpetúa una estructura social en la que el mal y la violencia siempre están "fuera", lejos de ellos mismos. Esta dinámica asegura que no tengan que enfrentar la responsabilidad de sus propios actos. El hecho de que el lobo haya cambiado es una amenaza para esta estructura: si el mal no es intrínseco al lobo, entonces deben admitir que ellos mismos son los causantes de la maldad que proyectan. Así, el rechazo a la redención del lobo es un rechazo a su propia redención, una resistencia al cambio que, en última instancia, perpetúa el ciclo de violencia y opresión dentro de la sociedad.

Retomando el "doble rasero" que exhibe el pueblo es fundamental para comprender la crítica implícita de Darío. El comportamiento del pueblo, que actúa con aparente bondad bajo la vigilancia de San Francisco, pero que regresa a sus costumbres antiguas en ausencia de esta figura moral, revela no solamente una profunda hipocresía colectiva, sino también la perpetuación del mal que habita en su interior. Al proyectar sus propios defectos y fallos sobre el lobo, son tan buenos como la vigilancia moral del santo se los permite, pero alejados del ojo observador el pueblo mantiene una ilusión de moralidad que es frágil y superficial. La existencia del lobo, en este sentido, se convierte en un espejo que refleja su propia dualidad moral, una lucha interna que rehúyen enfrentar.

La dependencia del pueblo de figuras morales como San Francisco indica que su bondad no nace de una convicción genuina, sino de la necesidad de un marco externo que les imponga la conducta virtuosa. Este fenómeno se asemeja a la ética heterónoma descrita por Kant, donde los individuos actúan de acuerdo a mandatos externos en lugar de por convicciones morales internas (Kant, 1785). Cuando la figura autoritaria de Francisco se ausenta, los instintos más primarios del pueblo —el resentimiento, la violencia y la venganza— afloran con claridad, mostrando que su "bondad" es, en efecto, una construcción reactiva, desprovista de autenticidad.

Este comportamiento refleja también la idea de la "moral del esclavo" en el pensamiento nietzscheano, donde el pueblo se ve obligado a depender de un *Übermensch* —en este caso, Francisco— para definir lo que es moral. Sin la guía de esta figura superior, el pueblo sucumbe a sus tendencias más bajas, lo que demuestra que su compromiso con la moralidad es superficial y depende de la vigilancia externa.

La crítica que emana de esta interpretación revela que, al rechazar al lobo, el pueblo no solamente niega la posibilidad de redención para este, sino que también se niega a sí mismo la oportunidad de evolucionar y confrontar su propia falta de autenticidad. La figura del lobo, marginada y condenada, se convierte en un símbolo de la cobardía del pueblo, que evade la autocrítica y prefiere aferrarse a una imagen de virtud que, en última instancia, es solo una fachada.

Es en la dinámica de la trinidad entre San Francisco, el pueblo y el lobo donde se despliega de manera fascinante, mostrando distintas facetas de la naturaleza humana y las relaciones sociales. Francisco se erige como el pastor, una figura de guía y moralidad que intenta reconciliar tanto al pueblo como al lobo dentro de un ideal de bondad y comunión. El pueblo, representado como las ovejas, revela su vulnerabilidad y fragilidad moral al depender de la presencia del pastor para actuar conforme a esos ideales. Sin embargo, cuando la figura de autoridad se ausenta, el pueblo no sólo revela su incapacidad para convivir con lo diferente, sino que también desata una agresión desmedida hacia el lobo, quien simboliza la otredad.

El lobo, entonces, se convierte en un agente de resistencia. Al negarse a ser absorbido por la manada, encarna la lucha por la emancipación, un desafío a los roles predeterminados que la sociedad espera de cada individuo. Este conflicto no radica en una maldad inherente del lobo, sino en su mera diferencia; su existencia, al no ajustarse a las normas sociales, se convierte en un blanco de agresión por parte del pueblo, que no tolera lo distinto porque amenaza su zona de confort. Así, el ataque al lobo se transforma en un acto violento que revela la hipocresía y el miedo arraigado en el pueblo.

La relación entre estos tres elementos —pastor, ovejas y lobo— ilustra una dinámica de poder y control. El pastor actúa como un intermediario, intentando equilibrar lo civilizado con lo salvaje. Sin embargo, también pone de manifiesto la dependencia del pueblo en figuras autoritarias para sostener un orden moral superficial. Esta dependencia sugiere que, sin una autoridad que los guíe, los valores del pueblo son inestables y tienden a desmoronarse, dando paso al caos. Lo diferente, lo que se resiste a ser domesticado, es entonces eliminado para mantener la ilusión de uniformidad.

Esta reflexión es acerca del miedo a lo diferente y la agresión que desencadena es profundamente significativa. El lobo, lejos de ser un ser maligno, representa el desafío a la conformidad social, mientras que el pueblo encarna la hipocresía de una moralidad que sólo se mantiene bajo la supervisión de una figura externa. Este fenómeno se alinea con las teorías de la alienación y la exclusión social, donde aquellos que no se adaptan a los valores predominantes son estigmatizados y atacados no por sus acciones, sino por su mera existencia fuera

de la norma. En este contexto, el lobo se erige como un chivo expiatorio, necesario para desviar la atención del pueblo de su propia incapacidad para aceptar y abrazar la pluralidad.

Así, se revela una crítica poderosa a las estructuras sociales que, al insistir en la conformidad, no sólo niegan la diversidad, sino que también perpetúan un ciclo de violencia y represión, que en última instancia compromete la auténtica moralidad del pueblo. Esta reflexión lleva a reconsiderar las dinámicas de poder en nuestras propias comunidades y a cuestionar qué significa realmente ser "bueno" en un mundo donde la diferencia es vista como una amenaza.

Acercando esta idea al contexto de una sociedad democrática, es crucial reflexionar sobre la noción de pluralismo y la tolerancia hacia la otredad, así como la aceptación de ideas divergentes. En teoría, las democracias deberían ser bastiones de diversidad, promoviendo un espacio donde las voces disidentes puedan coexistir. Sin embargo, la realidad a menudo revela una tendencia hacia el pensamiento único, donde la mayoría intenta imponer su perspectiva y eliminar las disidencias. Este fenómeno no solamente implica un ataque a aquellos que representan lo diferente, sino que también refleja un profundo miedo al cambio y a la confrontación con realidades que desafían el statu quo.

El poema ilustra de manera emblemática esta dinámica. El lobo, en este marco, simboliza al disidente que, al negarse a conformarse con las normas sociales, se convierte en el blanco de la hostilidad del pueblo, que actúa como una mayoría cohesiva. Este conflicto entre el lobo y las ovejas revela un tipo de democracia formal que, lejos de garantizar el respeto a la diversidad, corre el riesgo de caer en la "tiranía de la mayoría". En este sentido, el pueblo prefiere destruir al lobo, un símbolo de la resistencia al conformismo, en lugar de abrirse a la posibilidad de coexistir con lo diferente.

Este fenómeno de exclusión es común en sociedades que luchan por aceptar la diversidad. La pluralidad, aunque es un pilar fundamental de la democracia, puede generar incomodidad al cuestionar las convicciones y prejuicios arraigados. Esta lucha interna se refleja en la tendencia del pueblo a desestabilizar y eliminar aquello que no se ajusta a sus normas. La filosofía de pensadores como John Stuart Mill subraya la importancia de proteger no sólo las

libertades individuales de la intervención estatal, sino también de las presiones que puede ejercer la mayoría sobre los individuos (Mill, 1859).

La necesidad de encontrar un chivo expiatorio, como el lobo, se convierte en un mecanismo de defensa psicológica para la mayoría. Proyectar su maldad en el lobo les permite a los miembros del pueblo eludir su propia responsabilidad y mantener una imagen más confortable de sí mismos. Esta proyección no solo refuerza un ciclo de violencia y marginación, sino que también impide el reconocimiento de sus propias sombras, lo que resulta crucial para la evolución personal y social.

La narrativa del lobo y el pueblo no sólo resuena con el conflicto entre el individuo y la masa, sino que también pone de manifiesto una lucha interna común a todas las sociedades. La incapacidad para aceptar y convivir con la diversidad, junto con el rechazo de las voces disidentes, representa un desafío constante que amenaza la integridad misma de la democracia. La verdadera democracia debería celebrar la diversidad y permitir una coexistencia pacífica, no solamente como un ideal, sino como una práctica efectiva. Sin embargo, en el poema estas dinámicas sociales sugieren que el camino hacia esa idealidad está plagado de obstáculos que requieren una reflexión profunda y un compromiso genuino con la pluralidad.

La relación entre el poema y diversos textos y contextos resulta ser rica y variada, permitiendo explorar dinámicas fundamentales de la condición humana. En la literatura clásica, la dualidad entre el bien y el mal se manifiesta en obras como *El paraíso perdido* de John Milton. En este texto, se aborda la rebelión y la caída del hombre a través de la figura de Satanás, quien, al igual que el lobo, se presenta como un personaje complejo que desafía las nociones tradicionales de moralidad. Esta intersección entre el lobo y figuras literarias que simbolizan el conflicto interno entre el bien y el mal resuena en la narrativa de Darío, enfrentando al pueblo con el lobo en una lucha por la liberación.

Por otro lado, el concepto del chivo expiatorio se observa con claridad en *El señor de las moscas* de William Golding, donde un grupo de niños, al estar aislados, proyecta sus miedos y agresiones en un villano, justificando así su propia violencia. Esta dinámica refleja la necesidad del pueblo en el poema de

contar con el lobo como un enemigo externo, lo que subraya cómo las sociedades pueden crear y alimentar sus propios monstruos para evitar confrontar sus propias fallas y responsabilidades.

Desde una perspectiva más contemporánea, la obra de Franz Kafka, especialmente *La metamorfosis*, ofrece una mirada sobre cómo el individuo se convierte en un paria en su propia sociedad. Gregor Samsa, al igual que el lobo, sufre una transformación que lo aísla y lo convierte en objeto de repulsión y rechazo, invitando a reflexionar sobre la alienación y la lucha por la aceptación en un entorno hostil.

Además, en el ámbito psicológico, el *efecto Pigmalión* se relaciona con teorías sobre el comportamiento social, donde las expectativas y creencias de un grupo influyen en el comportamiento de sus miembros. La dinámica entre el pueblo y el lobo puede entenderse como un ejemplo de cómo las proyecciones sociales moldean la identidad y las acciones de un individuo. Esta idea se explora en textos de psicología social, como los de Henri Tajfel, que discuten la teoría de la identidad social y cómo las personas tienden a categorizarse y definir su identidad a través de la oposición a "otros" (Tajfel, 1974).

Finalmente, el tema de la otredad y la marginación en "Los motivos del lobo" se vincula con el discurso postcolonial de autores como Edward Said, quien argumenta que el otro debe ser controlado o eliminado para preservar la identidad del grupo dominante. Esta idea se refleja en la relación entre el pueblo y el lobo, quien es rechazado por su diferencia y su resistencia a conformarse a las normas sociales establecidas (Said, 1978).

Las conexiones mencionadas evidencian que la obra de Darío no sólo es relevante en su contexto literario, sino que también ofrece un espejo para explorar dinámicas humanas universales en diversas disciplinas y períodos históricos. La sociedad, a menudo, se aferra a un pensamiento erróneo, buscando justificar sus acciones pasadas en lugar de reconocer el presente. En este sentido, el pueblo tiende a proyectar sus errores en el lobo, negando su capacidad de adaptarse a un cambio necesario y actual. Esta actitud retrógrada, anclada en la nostalgia por un pasado idealizado, impide el desarrollo hacia un futuro más constructivo.

Al enfocarse en el lobo, el pueblo evita confrontar su propia maldad, manteniendo una imagen de sí mismo que les resulta más cómoda. En este ciclo, el lobo se convierte en el chivo expiatorio de la violencia y la culpa del pueblo, que, al generar un enemigo, corre el riesgo de crear el mal que tanto teme. La incapacidad de reconocer y aceptar lo diferente no solo perpetúa la marginación, sino que también impide la evolución social, al tiempo que se ignoran las consecuencias de sus acciones presentes. Al permanecer sumidos en un pasado que ya no existe, el pueblo pierde de vista el futuro y las posibles repercusiones de su negativa a adaptarse, convirtiéndose en arquitectos de su propia destrucción.

Darío revela cómo la sociedad tiende a aferrarse a un pasado que ya no les sirve, un pensamiento retrógrado que les impide reconocer el potencial de cambio en el presente y en el propio lobo. Este fenómeno es evidente en diversas dinámicas sociales, donde el miedo a lo diferente se convierte en una justificación para la violencia y el rechazo. Desde la psicología, este comportamiento se puede entender a través del concepto de "*pensamiento de grupo*", que señala cómo las dinámicas colectivas conducen a una conformidad que ignora las realidades individuales. La necesidad de mantener un enemigo común proporciona un sentido de pertenencia y control, pero a la vez perpetúa ciclos de violencia y discriminación.

Además, se añade la idea del concepto de "escapismo" que también resulta pertinente. Muchas personas prefieren aferrarse a viejas narrativas que les proporcionan una sensación de seguridad, eludiendo la incertidumbre del cambio. Este patrón se refleja en la literatura, especialmente en obras como *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, donde los personajes de la familia Buendía repiten los errores del pasado, ignorando las lecciones que podrían haber aprendido. La incapacidad de adaptarse se convierte en un trágico destino que les condena a la repetición.

Este ciclo es peligroso; el pueblo no sólo se priva de la oportunidad de crecer y evolucionar, sino que también crea un ambiente en el que el mal que temen puede volverse contra ellos. En este sentido, la narrativa de Darío actúa como una advertencia sobre las consecuencias de la ignorancia y la falta de autocrítica en la sociedad.

Al profundizar en el poema, se evidencia que la narrativa no sólo aborda la dualidad entre el bien y el mal, sino que también revela la complejidad de la naturaleza humana a través de la relación entre el lobo, San Francisco y el pueblo. Esta dinámica sugiere una suerte de trinidad donde cada personaje simboliza una faceta del conflicto moral y ético. El lobo representa la naturaleza salvaje y la búsqueda de autenticidad, mientras que San Francisco de Asís encarna la búsqueda de redención y bondad. Por su parte, el pueblo actúa como un reflejo de los miedos y resentimientos colectivos, funcionando como un catalizador del conflicto.

El concepto de pensamiento retrógrado es crucial en esta obra. El pueblo, al aferrarse a la imagen del lobo como villano, no solamente se niega a ver su transformación, sino que se limita a sí mismo al no permitir el cambio. Este patrón de comportamiento ilustra cómo la sociedad se aferra al pasado, utilizando sus propios miedos y prejuicios para justificar acciones que perpetúan la violencia y la opresión.

Esto se conecta con la idea de culpabilidad compartida, donde la sociedad evita asumir la responsabilidad de sus acciones. La proyección de sus propios errores y miedos en el lobo se convierte en un mecanismo de defensa que les permite mantener su autoimagen, aunque a costa de la vida del lobo y de la posibilidad de un cambio real. Así, el poema de Darío no simplemente ofrece una narrativa sobre la lucha entre el bien y el mal, sino que también invita a la reflexión sobre cómo las dinámicas sociales pueden obstaculizar el crecimiento personal y colectivo, lo que debe derivar en cuestionar los propios prejuicios y limitaciones.

Retornando a la nombrada relación entre Los motivos del lobo de Rubén Darío y Cien Años de Soledad de Gabriel García Márquez he descubierto paralelismos intrigantes que abordan la lucha entre el pasado y el presente. Ambas obras exploran cómo las comunidades, atrapadas en ciclos de repetición de errores, se niegan a aceptar el cambio. En Cien Años de Soledad, la familia Buendía queda atrapada en la fatalidad de su historia, repitiendo los mismos patrones de conducta, lo que refleja la resistencia al aprendizaje que también se manifiesta en el pueblo del poema de Darío, que se aferra a su visión limitada del lobo.

El realismo mágico presente en la obra de García Márquez ilustra la incapacidad de la sociedad para cambiar. Macondo se convierte en un microcosmos donde los eventos históricos, los mitos y las realidades sociales se entrelazan, resonando con la figura del lobo, que encarna simultáneamente la victimización y la villanía. Así, la narrativa de García Márquez se convierte en un espejo de cómo los traumas colectivos pueden influir en la percepción de lo diferente, algo que también se encuentra en la dinámica del pueblo que ataca al lobo, reflejando el poder destructivo de la comunidad.

El papel del grupo en ambas narrativas es crucial. En cada historia, las comunidades pueden actuar tanto como fuerzas solidarias como destructivas. La fuerza del grupo puede proporcionar apoyo, pero también lleva a la marginalización de aquellos que no se ajustan a las normas establecidas. Este tema es particularmente pertinente cuando se considera cómo el odio y la violencia pueden perpetuarse a través de la historia, así como ocurre en *Los motivos del lobo*, donde el pueblo, al no aceptar la transformación del lobo, perpetúa un ciclo de violencia y exclusión.

Esta dinámica se ha manifestado en eventos históricos, como el *Holocausto*, donde la sociedad alemana, influenciada por ideologías de superioridad racial, se convirtió en cómplice de la deshumanización de los judíos, llevando a la aniquilación de millones. De igual manera, en México, el resentimiento hacia los colonizadores españoles ha perdurado a lo largo de los siglos. Este resentimiento, alimentado por injusticias históricas, ha creado una narrativa que sigue afectando la identidad colectiva, impidiendo que ciertos sectores de la sociedad avancen hacia la reconciliación y el entendimiento.

En ambos casos, la incapacidad de confrontar el pasado resulta en un ciclo continuo de violencia y exclusión. La crítica de Darío hacia una sociedad que se niega a aceptar la redención del lobo resuena con estas realidades históricas, mostrando cómo el estigma y el rencor transforman a la comunidad en un ente que perpetúa el mal, en lugar de actuar como un agente de cambio. La conexión entre estas obras se convierte en un llamado a la reflexión sobre la importancia de reconocer y confrontar el pasado, en lugar de permitir que la memoria colectiva continúe alimentando el resentimiento y la violencia.

La narrativa de la victimización en *Los motivos del lobo* de Rubén Darío y *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez revela cómo las sociedades, al evitar asumir la responsabilidad por sus propias acciones, crean enemigos externos sobre los cuales proyectar sus fracasos y temores. Este fenómeno, presente tanto en la ficción como en la realidad, se manifiesta a través del resentimiento hacia grupos o individuos, convirtiéndose en un mecanismo que impide la autocrítica y el desarrollo personal y social.

El estudio del resentimiento colectivo ha sido objeto de análisis profundo por diversos autores. Edward Said, en *Orientalismo*, argumenta que las representaciones negativas de "el otro" perpetúan el conflicto y la violencia en las relaciones internacionales. De manera similar, Frantz Fanon, en *Los condenados de la tierra*, discute cómo las luchas de las colonias contra el colonialismo están intrínsecamente relacionadas con la identidad y el resentimiento acumulado hacia los opresores. Ambos textos sugieren que la falta de reconocimiento y reconciliación con el pasado contribuye a perpetuar un ciclo de odio y violencia.

En este sentido, las obras de Darío y García Márquez ilustran cómo el resentimiento y la falta de aceptación del pasado obstaculizan el desarrollo de sociedades más justas y pacíficas. La lucha del lobo contra el pueblo puede interpretarse como una alegoría de las dinámicas sociales que se repiten en la historia, donde la resistencia al cambio y la perpetuación del odio impiden el progreso. Estas narrativas conllevan a reflexionar sobre la importancia de asumir la responsabilidad de nuestras acciones y cultivar la tolerancia y la aceptación para construir un futuro más armonioso.

El resentimiento en la sociedad mexicana hacia su historia, particularmente en relación con la colonización española, es un tema complejo que ha dejado una huella profunda en la identidad nacional y en las dinámicas sociales contemporáneas. Este sentimiento, alimentado por siglos de opresión, injusticias y desigualdades, se manifiesta en la percepción de que la colonización no sólo fue un proceso de dominación territorial, sino también un ataque a la cultura, la lengua y la espiritualidad de los pueblos indígenas. Octavio Paz, en *El laberinto de la soledad*, analiza cómo el mexicano a menudo se siente atrapado entre su herencia indígena y su legado colonial, lo que genera un conflicto interno que se

traduce en actitudes de resentimiento hacia figuras que representan esta historia, como los españoles.

Este resentimiento puede verse exacerbado por eventos históricos recientes, como la Revolución Mexicana y la persistente desigualdad económica en el país. La lucha de clases y el acceso desigual a recursos refuerzan la idea de que la opresión continúa, aunque de maneras más sutiles, lo que genera una visión crítica hacia las élites, muchas de las cuales están vinculadas con el pasado colonial. Además, el pensamiento crítico contemporáneo, como el de Néstor García Canclini, señala que la globalización y la influencia de culturas extranjeras pueden provocar respuestas defensivas en la sociedad mexicana, manifestándose en un resurgimiento de un nacionalismo reactivo que busca proteger lo "mexicano" frente a influencias percibidas como amenazas. Este fenómeno se observa en movimientos que promueven la cultura y el idioma locales como formas de resistencia.

No obstante, es crucial reconocer que este resentimiento no es homogéneo; se manifiesta de maneras diversas, desde la celebración de la identidad cultural hasta expresiones de violencia y xenofobia. La literatura y el arte sirven como vías para explorar y sanar estas tensiones, permitiendo que las voces disidentes sean escuchadas y que la sociedad reflexione sobre su pasado.

La actual gobernanza en México ha exacerbado el resentimiento colectivo, convirtiendo a nuevos actores en los enemigos del pueblo. No sólo la conquista española se erige como un símbolo de opresión, sino que también grupos como empresarios, neoliberales y conservadores han sido señalados con epítetos que dividen y polarizan la sociedad. Esta estrategia discursiva no es únicamente una simplificación de los problemas complejos que enfrenta el país, sino un mecanismo que evade la autocrítica y desvía la responsabilidad hacia otros.

En este contexto, el ex presidente Andrés Manuel López Obrador ha adoptado un lenguaje que categoriza a estos grupos como "enemigos del pueblo". Esta retórica crea una dinámica en la que los ciudadanos, al identificarse con lo que se define como el "buen pueblo", se convierten en cómplices de una narrativa que opone a las "ovejas" (el pueblo) contra el "lobo" (los enemigos). Este patrón, como se ha discutido en la sociología política, es un claro ejemplo de la creación

de chivos expiatorios que desdibuja la responsabilidad del gobierno y minimiza los problemas reales (Lipset & Bell, 1982).

La trinidad que se establece entre el gobierno, el pueblo y sus enemigos es una repetición de un viejo patrón que, según Octavio Paz, a menudo conduce a la violencia social. La incapacidad de confrontar los errores propios, unida a la tendencia a proyectar la culpa hacia otros, crea un ciclo de resentimiento y agresión que ha caracterizado la historia de México, donde grupos marginados se convierten en blanco de esta violencia simbólica y literal (Paz, 1950).

Este ciclo de victimización y la identificación del otro como enemigo no sólo perpetúan el resentimiento, sino que también obstaculizan el diálogo y la reconciliación, cerrando las puertas a un futuro más inclusivo y equitativo. Así, se vuelve esencial reconocer estos patrones y buscar un camino hacia la auto-reflexión y la responsabilidad colectiva.

La Revolución Mexicana es un claro ejemplo de cómo la construcción de un enemigo externo puede unificar a la población en torno a una causa, desviando la atención de problemas más profundos. Figuras como Pancho Villa utilizaron la narrativa del enemigo para movilizar a las masas, a menudo demonizando a grupos específicos, como los asiáticos, en un intento por resolver conflictos complejos mediante la violencia y el racismo (Rojas, 2012).

En el contexto contemporáneo, la retórica antiinmigrante, especialmente la promovida por figuras políticas en Estados Unidos como Donald Trump, se alimenta de este mismo mecanismo. Al designar a los mexicanos como "el otro", se les atribuyen culpas y se les convierte en chivos expiatorios para problemas económicos y sociales intrincados, perpetuando así un ciclo de discriminación y odio que no solamente afecta a los mexicanos, sino que complica las relaciones entre México y Estados Unidos, así como la percepción de identidad nacional (Bauman, 1989).

Este patrón de búsqueda de enemigos externos ha sido ampliamente estudiado. Zygmunt Bauman, en *Modernidad y Holocausto*, sostiene que las sociedades tienden a crear "otros" a quienes culpar para evitar confrontar sus propias contradicciones. Esta manipulación de tensiones raciales y culturales ha sido

utilizada en México para justificar acciones violentas y manipular la opinión pública (Bauman, 1989).

Las consecuencias del ciclo de victimización y odio hacia el otro pueden ser devastadoras, como se ha evidenciado en la historia de la discriminación hacia los mexicanos en Estados Unidos, fenómeno que ha resurgido en tiempos recientes. La solución a estos problemas radica en fomentar un diálogo más abierto y comprensivo, que permita a las sociedades confrontar su pasado y construir un futuro más inclusivo y armónico.

El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) representa otro ejemplo paradigmático de cómo los movimientos que buscan visibilizar injusticias sociales son a menudo considerados "lobos" por el orden establecido. Surgido en 1994, el EZLN no sólo demandó derechos fundamentales para las comunidades indígenas, sino que también criticó las profundas desigualdades y el olvido sistemático en que estas comunidades habían vivido durante siglos. La respuesta gubernamental fue rápida y violenta, reflejando el temor ante un movimiento que cuestionaba la estructura de poder imperante.

El Plan Tierra-Marte, implementado para reprimir al EZLN, ilustra la tendencia del sistema a criminalizar y deslegitimar las luchas indígenas, tratándolas como una amenaza a la estabilidad nacional. Esta estrategia resultó en agresiones sistemáticas y violaciones de derechos humanos que intensificaron el sufrimiento de comunidades ya marginadas que anhelaban un cambio (Escobar, 2007; González, 2011).

Además, el hecho de que segmentos de la sociedad civil percibieran al EZLN como un peligro resalta cómo la discriminación y la marginalización pueden perpetuarse. Las narrativas que rodean a estos movimientos son a menudo moldeadas por el miedo y la ignorancia, creando un ambiente donde la violencia y el desprecio hacia el otro son justificados en nombre del orden y la seguridad (Krauze, 2004). Este fenómeno no es exclusivo de México; se manifiesta en diversas partes del mundo donde los movimientos sociales enfrentan represión.

La lucha del EZLN subraya la imperante necesidad de reconocer y validar las voces disidentes y de construir una sociedad que respete la pluralidad y la diversidad. Es un recordatorio de que las luchas por la justicia social no deben

ser silenciadas ni deslegitimadas, y que el reconocimiento de la dignidad humana es esencial para el progreso colectivo (Meyer & Staggenborg, 2008).

El lobo en la escuela.

Ahora bien, en el ámbito educativo la historia ojala fuese distinta, sin embargo, la realidad impera con la severidad que ilustra un cuento.

“La granja”

Haciendo una analogía de la educación con una granja, en ella existen varios actores: los perros son los maestros que sirven de guía del rebaño, los estudiantes son las ovejas y el Estado o sistema es el granjero que usa a los perros y se sirve de las rumiantes. Cualquiera fuera de ese esquema es un depredador y debe ser exterminado, atacado, perseguido y mal visto; es decir, se convierte en un zorro o en un lobo.

Ahora, usando esa analogía, pongamos a prueba el humanismo: ¿qué agente de cambio genera un sistema de rebaño? ¿Qué humanidad tiene el servir? ¿Quién puede sacar provecho de que las cosas se sometan a una voluntad estructurada y estandarizada? Vassallo, M. (2024).

Un fractal es considerar una situación concreta en un entorno escolar, como un microcosmos de la sociedad en general. En este contexto, desde su inicio, una norma se establece, creando patrones de conducta que restringen la capacidad de los individuos para salirse de un control totalitario. Esta dinámica puede ser comparada con la metáfora de "La granja", donde se encuentra el granjero, las gallinas, las ovejas y, por supuesto, el lobo. En esta analogía, el lobo representa al disidente, a la voz que no encaja en la norma, que busca actuar de manera distinta a lo convencional y desafiar la construcción impuesta por el sistema. Este tipo de voz, al exhibir las fallas del propio sistema, a menudo es atacada, silenciada o eliminada, pues representa una amenaza a un orden establecido que prefiere mantener la conformidad.

El caso del lobo, o el pensador crítico, se convierte en esencial para el desarrollo de una educación que fomente la creatividad y el pensamiento crítico. Sin embargo, estas figuras suelen ser percibidas como amenazantes por quienes

desean preservar el status quo. En "La granja", los animales luchan por liberarse de un sistema opresivo, pero con el tiempo, algunos de ellos terminan reproduciendo las mismas dinámicas de opresión que originalmente pretendían derrocar. Este ciclo de control se reproduce en muchas instituciones educativas, donde el disidente es silenciado para preservar la estabilidad.

Teóricos como Paulo Freire han subrayado la importancia de esta dinámica. En su obra *Pedagogía del oprimido*, Freire argumenta que la educación debe ser un proceso liberador que desafíe las estructuras de poder y fomente la conciencia crítica. Sin embargo, esta visión educativa es a menudo reprimida en favor de un enfoque más conformista que prioriza la obediencia y la memorización sobre el pensamiento crítico. Freire critica lo que él denomina educación "bancaria", donde los estudiantes son considerados recipientes vacíos que deben ser llenados, en lugar de participantes activos en su propio aprendizaje (Freire, 2000).

Las dinámicas de conformidad y disidencia se manifiestan en diversas formas en las instituciones educativas. En muchos casos, el currículo se centra en la transmisión de información, creando un ambiente donde los estudiantes son desincentivados a cuestionar las ideas presentadas. Además, la inclusión de temas controvertidos o críticas al sistema suele ser restringida, a menudo debido a presiones sociales o políticas, donde las voces disidentes son silenciadas para preservar una narrativa dominante. Esto perpetúa un entorno que desalienta el cuestionamiento y el debate.

Investigaciones como las de Henry A. Giroux han demostrado que las políticas educativas pueden reforzar la desigualdad social al marginar a ciertos grupos de estudiantes, creando un contexto donde aquellos que se atreven a cuestionar el modelo dominante son considerados problemáticos (Giroux, 2010). Este fenómeno puede llevar a una homogeneidad en el pensamiento crítico, sofocando la diversidad de voces en el ámbito académico.

Sin embargo, existen ejemplos alentadores, como aquellos estudiantes que se convierten en activistas en sus propias escuelas. Cuando estos jóvenes comienzan a cuestionar el currículo o abogar por cambios, encarnan la figura del

lobo. Sin embargo, a menudo enfrentan resistencia tanto de sus compañeros como de las autoridades escolares, que pueden percibir estas acciones como desobediencia o rebeldía. En última instancia, la figura del lobo, como pensador crítico, es fundamental para cualquier sociedad que aspire a la justicia y al cambio social.

La figura del lobo en la sociedad se erige como un símbolo indispensable para el progreso y el cambio. Este personaje, a menudo considerado una amenaza, desempeña un papel crucial al cuestionar las normas establecidas y fomentar la reflexión en los demás. A través de su cuestionamiento, el lobo se convierte en una oportunidad para que la sociedad se enfrente a sus propias creencias y se replantee su sistema. Así, el lobo no es simplemente un adversario, sino también un catalizador necesario para la movilización y la transformación social.

Haciendo otra analogía pero en un ecosistema diferente, es la del tiburón en un contenedor, que se utiliza para mantener vivos a los peces, quizá esta última es particularmente ilustrativa. Aunque requiere una breve explicación para su correcto entendimiento, al introducir un tiburón a un contenedor, los peces se ven forzados a adaptarse y moverse, evitando así la muerte por estrés que podría resultar de un entorno cerrado y sin estímulos. De manera similar, el lobo introduce tensión y desafío en la sociedad, manteniéndola alerta y activa. Sin esta presión, la complacencia puede conducir a la estagnación y al deterioro de las dinámicas sociales.

Este concepto resuena con la teoría de la "*innovación disruptiva*" de Clayton Christensen, quien argumenta que el progreso a menudo surge de quienes desafían el status quo (Christensen, 1997). Asimismo, Michel Foucault ha explorado cómo la crítica y la resistencia son esenciales para la transformación social, sugiriendo que el cuestionamiento del poder es fundamental para el avance de la sociedad (Foucault, 1976).

En el ámbito educativo, el lobo puede personificarse en el estudiante que desafía el currículo o en el docente que rompe con métodos tradicionales de enseñanza. En ambos casos, estos "lobos" abren espacios para la reflexión y el crecimiento, invitando a otros a reconsiderar sus perspectivas. Por ende, no sólo es crucial aceptar la existencia del lobo, sino también buscar y fomentar su presencia en

las comunidades. Ese lobo confronta la comodidad y motiva a participar activamente en la construcción de un futuro más consciente y equitativo.

Al analizar la dinámica entre el pueblo, el santo y el lobo, se observa cómo esta interacción se manifiesta en diversas culturas y períodos históricos. El lobo, como símbolo de cuestionamiento y cambio, se vuelve esencial para el progreso. Sin embargo, en muchas sociedades, el pueblo tiende a optar por una narrativa cómoda, culpando al lobo en lugar de reflexionar sobre sus propias fallas.

Fomentar un entorno donde la crítica y la disidencia sean valoradas es fundamental, no sólo en el ámbito educativo, sino también en la política y la vida social. Esto permite que las comunidades no se queden estancadas en el resentimiento, sino que utilicen al lobo como una herramienta para la transformación. Las problemáticas sociales no son solamente el resultado de fuerzas externas, sino también de la inacción y la complacencia de la comunidad misma.

Además, los conceptos de resiliencia y adaptabilidad son esenciales. En el contexto del pueblo mexicano, por ejemplo, la historia ha influido en el presente, brindando oportunidades para aprender y crecer. Las narrativas de la Revolución Mexicana y el levantamiento zapatista ilustran cómo, a pesar del dolor y la división, existe un potencial para la unidad y el cambio social.

La aceptación del lobo como un componente necesario de la sociedad puede conducir a una comprensión más profunda de las dinámicas sociales, promoviendo una cultura que valore la crítica constructiva y el cambio. Este enfoque es vital tanto para el crecimiento individual como para la cohesión social y el progreso colectivo.

"Ojalá que la excepción sea la norma" en el contexto del lobo en la literatura y la mitología es profundamente simbólica. El lobo, generalmente percibido como feroz o maligno, se convierte en la excepción cuando actúa con nobleza o compasión. Este comportamiento, aunque sorprendente, es un recordatorio de que lo "excepcional" puede estar presente en cada ser, como se ejemplifica en el poema de Darío en donde el lobo, en lugar de seguir su instinto destructivo, actúa con respeto y amor hacia el ganado y las ovejas. Aunque sea de forma temporal, dando lugar al encuentro que desperdiciado es por el pueblo.

Reconocer y abrazar la figura del lobo en nuestra sociedad no solamente enriquece el entendimiento de las relaciones humanas, sino que también sienta las bases para un futuro donde la crítica constructiva y la disidencia sean fundamentales para el avance social.

Capítulo 3. El Mensaje Ético del Poema

En este último capítulo de la tesis, el objetivo es integrar y analizar críticamente los temas abordados en los capítulos previos, consolidando así un enfoque hermenéutico que permita alcanzar un nivel de maestría. La magnitud del talento se mide aquí por los límites de la creación y la capacidad para dejar una huella distintiva sin la repetición de otros, aunque incorporando referencias necesarias que enriquezcan el análisis, pues no se puede hacer camino sobre suelo labrado. Este momento marca la culminación de un aprendizaje que desemboca en la proposición de nuevo conocimiento.

La comprensión del mundo requiere una claridad en lo que se desea del mismo. La realidad se presenta tanto en lo observable como en lo especulativo, ya que hay aspectos que escapan a la certeza empírica y demandan una exploración filosófica. La ética, en este contexto, se presenta como una parte de lo observable que pasa por el sujeto que observa. Esto implica que quien observa puede percibir o no los elementos a su alcance, aunque estos sean visibles. Ello depende invariablemente del observador y no del acto que se está visualizando. La ética, en este sentido, se sitúa en un ámbito intermedio entre lo tangible y lo especulativo; es observable, pero su aprehensión depende del observador y no del objeto percibido.

Este punto de vista encuentra sustento en Heidegger, quien concibe la realidad como una experiencia del "Ser en sí mismo" (Heidegger, 1962), y en Kant, quien define la "cosa en sí" (Ding an sich) como aquello que trasciende la experiencia sensorial y se encuentra en el ámbito de lo especulativo (Kant, 1781/1787). Este aspecto especulativo aborda lo que no se puede experimentar directamente, pero se intuye o teoriza, buscando fundamentos sobre la esencia misma de la realidad.

La moral distraída puede pasar por alto muchos universos. El malo no podrá entender al bueno, y el bueno no puede comprender las razones del malo. En un dilema de valores, la realidad puede variar. Esta dinámica genera una tensión constante en el pensamiento humano: la necesidad de certezas y la inevitabilidad

de las dudas. Tratándose de un poema, la realidad es que, hasta el momento, los lobos no hablan y los santos son de porcelana. Si alguien quiere refutar lo anterior, enhorabuena, Darío es el medio para adentrarse en un mundo literario donde "la realidad" puede estar abierta al quehacer del autor, y allí lo observable es tan mágico como el realismo.

La realidad ética es dual: una parte tangible, definida por lo comprobable, y otra que exige apertura al misterio y la especulación, sin certezas. A diferencia de la ciencia, aquí el conocimiento puede ser incierto y abierto a interpretación, pero sigue siendo significativo porque aborda aspectos de la experiencia humana y de la realidad en su sentido más profundo. La realidad, entonces, es el teatro de lo visible y el enigma de lo invisible; su totalidad es un entramado de certezas y misterios.

La ética, entendida aquí, opera como una frontera última entre lo humano y lo animal, actuando como un baluarte que protege a la humanidad de sucumbir al instinto primario. Esta es la interpretación ética que subyace en este Capítulo 3, "El Mensaje Ético del Poema", donde se concibe la ética no sólo como un conjunto de normas, sino como un límite que sostiene la libertad y evita que se degeneren en libertinaje.

La ética, en esta concepción, se convierte en una medida de lo correcto, que no necesariamente coincide con lo justo o lo beneficioso, sino con aquello que debe hacerse en respeto a lo ajeno. En esta visión, la ética no solamente orienta la acción, sino que la valida en el umbral de la humanidad. Al igual que en la figura del lobo, cuya esencia salvaje le dificulta mantener un compromiso moral, el hombre que renuncia a discernir entre el bien y el mal cede su propia humanidad. La pérdida de esta razón superior —la capacidad de juicio ético— supone un retorno a un estado primario, donde la inteligencia queda subordinada al impulso,

y la libertad se convierte en un campo estéril donde la virtud no florece. La ética es la última vigilia del hombre; cruzar su umbral es perder el faro que guía su humanidad.

La ética no coarta la libertad, sino que establece sus límites naturales, defendiendo la frontera donde el derecho propio no invada el ajeno. Esta idea es esencial en una sociedad en la que la libertad debe ser una afirmación de la dignidad humana, no una negación de los demás. La ética entonces se convierte en la medida de lo correcto, que no es lo justo ni lo favorable, sino lo que debe hacerse en respeto a lo otro y lo ajeno. Ser ético es ser libre de dañar y no de actuar; la libertad se plenifica en el límite donde otros derechos comienzan.

El poema sugiere que el bien y el mal no siempre son aparentes, y que el mal puede enmascararse dentro de los límites permisibles, en la fina línea de lo aceptable. Esta dualidad genera la oportunidad de cuestionar la ética como una guía interna, que debe ser vigilante ante el bien aparente. El pueblo, incapaz de mantener una conducta ética ante la "oportunidad de revancha", revela que la ética es también una lucha constante de autoobservación y rectitud.

La ética, entonces, se configura como un vigía en la mente humana; su propósito es discernir no sólo para evitar el mal, sino para resistir el bien aparente que envenena. La realidad observable en el poema sugiere que la ética verdadera no descansa en la justicia, que favorece a una parte, sino en lo correcto, un concepto que trasciende intereses y busca el deber objetivo. Este deber está guiado por la noción de lo correcto como lo universalmente necesario, como aquello que debería hacerse independientemente de la preferencia o el beneficio inmediato.

En la práctica ética, esto implica un compromiso con la acción que resguarda la dignidad humana, aun cuando esta no sea conveniente ni beneficiosa para el que actúa.

Hacer lo correcto es honrar lo debido; en el deber se hallan la virtud y la humanidad, en la justicia solo el beneficio de unos pocos. Dejando entreabierta la puerta al actuar sin reflexión ni altura de miras, se cosecha la repercusión de un futuro incierto. El mal, entonces, se esconde en los límites de lo permitido, en el territorio de lo aceptable. La ética, desde esta óptica, es el baluarte que impide el avance de la perversidad, y su integridad radica en su intransigencia ante lo que puede ser pero no debe ser.

En este sentido, la ética no es únicamente un regulador de acciones sino el principio de permanencia en la humanidad, la medida exacta donde la libertad se convierte en virtud o cae en el libertinaje.

La ética es el centinela de la libertad; en ella, el hombre halla su dignidad o su perdición. La ética en Los motivos del lobo es el hilo sutil que da forma a la humanidad y que define el lugar del hombre en el mundo: una lucha constante por sostenerse en el terreno de lo correcto en lugar de rendirse a lo permisible. Darío nos presenta una visión de la ética no como un mandato externo, sino como la expresión de la humanidad interior que necesita afirmarse a pesar de los instintos. En este sentido, la ética no es un concepto abstracto sino una presencia activa que protege a la libertad de su propia autodestrucción. La ética es la fortaleza del hombre; en su luz, la libertad florece y, sin ella, se consume en sombras.

La ética es el cristal donde se refleja el actuar y con el que se puede calificar la acción, ello es que la ética actúa como un filtro o una lente a través de la cual podemos observar y evaluar el comportamiento humano. La ética no solamente guía las acciones, sino que también nos permite juzgar su valor y su impacto, dotándolas de un sentido y otorgándoles dirección en función de ideales de bien, justicia o virtud.

La ética, refleja la naturaleza y la intención detrás de cada acción, y permite una introspección que trasciende la mera observación de los hechos. Como un espejo, refleja lo que es, pero también lo que debería ser, creando un espacio para la autocrítica y la mejora. Es llegado a ese punto que el actuar humano se examina no sólo en términos de sus consecuencias prácticas, sino en relación con un ideal ético. La acción no es buena o mala sólo en función de sus resultados, sino de su alineación con un carácter virtuoso. La acción ética es entonces la que refleja virtudes como la justicia, la valentía o la prudencia.

El poema sugiere que la ética verdadera no se basa en una justicia parcial, sino en un compromiso objetivo con lo correcto. En este marco, lo correcto trasciende intereses personales y se orienta hacia lo que debería hacerse en virtud del respeto a la dignidad humana, aun cuando esto no sea ventajoso para quien actúa. Este compromiso ético es similar a lo que Kant define en su imperativo categórico, donde las acciones deben alinearse con principios universales que promuevan el respeto y la autonomía (Kant, 1785).

La ética aquí se entiende como la última vigilia de la libertad humana. En palabras de Heidegger, es un "límite ontológico" que configura la existencia misma (Heidegger, 1962), y, en términos kantianos, un "espejo moral" que permite la autocrítica y el perfeccionamiento (Kant, 1785). La ética, como se refleja en "Los motivos del lobo" de Rubén Darío, no es un concepto abstracto, sino una presencia activa que guía la libertad, evitando que se degrade. Así, la ética se convierte en la "fortaleza del hombre" que, en su iluminación, permite florecer la libertad, protegiéndola de su autodestrucción.

La función de la ética como criterio de valoración y como lente interpretativa permite juzgar la calidad moral de los actos humanos, no sólo en función de sus consecuencias, sino de su alineación con un carácter virtuoso. Kant sostiene que las acciones deben ser valoradas en conformidad con el deber y la dignidad humana, lo que proporciona una base objetiva para evaluar la calidad moral del actuar (Kant, 1785).

Según Kant, una acción es moralmente correcta si puede ser universalizable y respeta a los demás como fines en sí mismos (Kant,

1785/2012). Esta ética deontológica evalúa las acciones no por sus consecuencias, sino por su coherencia con el deber y la razón. La ética, como un “cristal” que define el límite de lo que se considera humano, separa lo propiamente humano de lo instintivo y bestial, implicando la capacidad de autocontrol y discernimiento moral. Así, la ética actúa como frontera que evita que el ser humano caiga en el puro instinto o en la destrucción de sus valores más profundos (Nietzsche, 1886/2000).

Nietzsche, al examinar las cargas y limitaciones impuestas por la ética, también resalta cómo, en su forma más elevada, la ética permite al individuo trascender su propia naturaleza mediante el esfuerzo hacia ideales superiores (Nietzsche, 1886/2000). La ética es, por tanto, el límite y reflejo de nuestra humanidad; es el “cristal” que obliga a ver nuestras acciones en sus luces y sombras. Este marco ético traza la frontera entre la acción impulsiva y la racionalidad moral, elevando al ser humano por encima de su naturaleza básica y acercándolo a una visión ideal de humanidad. La ética es el límite y el reflejo de nuestra humanidad; es el cristal que nos obliga a ver nuestras acciones en su luz y sombra.

Para Aristóteles, las virtudes como la templanza y la prudencia permiten a la persona controlar sus deseos y pasiones, actuando en armonía con su propósito racional. De esta manera, el actuar ético es una decisión consciente, que implica resistencia a las inclinaciones inmediatas en favor de una conducta elevada y digna (Aristóteles, 1998). La ética, entonces, no sólo crea un orden necesario para la convivencia y el desarrollo humano, sino que mantiene un equilibrio entre los deseos individuales y el bienestar colectivo. Sin ella, el ser humano podría actuar guiado por fuerza y deseos de poder, resultando en un estado de conflicto similar al “estado de naturaleza” descrito por Hobbes, donde la vida sería “solitaria, pobre, desagradable, brutal y breve” (Hobbes, 1651/2011).

Desde la perspectiva kantiana, la ética implica una autorregulación constante para actuar de acuerdo con el deber, y no únicamente con el placer o interés personal (Kant, 1785/2012). Este carácter profundamente humano de la ética permite la creación de valores que trascienden la mera supervivencia o satisfacción personal. Así, la ética se convierte en la barrera que contiene los

impulsos primitivos, orientando al ser humano hacia una forma de ser más reflexiva y menos reactiva.

La ética es el borde entre el instinto y la razón, el punto donde el hombre se aleja de la bestia y se compromete con su humanidad. La ética es la frontera que separa lo humano de lo bestial, el límite entre la libertad que construye y el impulso que destruye. La ética es la franja limítrofe entre la bestia y el hombre, es el punto último donde se pierda la humanidad, si un humano no es capaz de vislumbrar el bien del mal, ha perdido la razón superior de elección del pensamiento sobre la visceralidad del instinto.

Al definir la ética como “el punto último donde se pierde la humanidad,” surge una perspectiva en la que esta disciplina actúa como una brújula moral, orientando al individuo hacia un actuar reflexivo, lejos de los impulsos instintivos y, en cambio, cerca del pensamiento. Esta concepción sitúa a la ética en un umbral crítico: es el conjunto de principios que, al ser puestos en práctica, transforma a la persona en un ser moral capaz de diferenciar el bien del mal y de elegir actuar en favor de la comunidad y la justicia. La ética es el último baluarte de la humanidad en el hombre; perderla es ceder a la tiranía de los instintos, olvidando el poder de la razón.

La ética es el camino de permanencia en el hombre por su propia humanidad, por el contrario la falta de ella es el páramo desierto que conlleva al libertinaje y hacia la perversidad. El mal se esconde en los límites de lo permitido y lo aceptable.

La ética, entendida como “camino de permanencia en el hombre por su propia humanidad,” la ética debe verse como un pilar que permite al individuo conservar su humanidad, promoviendo una conducta guiada por la razón y el respeto mutuo. En contraposición, la ausencia de ética deja un vacío que conduce al “libertinaje y la perversidad,” es decir, al deterioro de las normas que sustentan la convivencia y el respeto en sociedad.

La idea también sugiere que el mal se encuentra en los límites de lo permitido, el mal se oculta en lo que parece moralmente ambiguo o socialmente

aceptable, mostrando que la ética debe ir más allá de normas explícitas y buscar un compromiso genuino con la justicia y el bien.

La ética es la barrera que preserva al hombre de su propia destrucción; allí donde la moral se diluye, surge el desierto de la perversidad. Desde la realidad observable lo ético no atenta contra la libertad del otro y tampoco conlleva a la negligencia de la no acción por comodidad, sino que está en la capacidad de hacer en forma lo correcto. Ni siquiera lo justo porque ellos suele beneficiar a una parte, lo correcto es hacer lo que se debe hacer.

Desde la realidad observable, lo ético implica un respeto profundo por la libertad del otro, es decir, las acciones no deben invadir ni limitar injustamente los derechos o el bienestar ajeno. Además, esta visión rechaza la negligencia pasiva o la "no acción" motivada por comodidad o indiferencia; al contrario, la ética se traduce en un deber activo de "hacer lo correcto" como una expresión de compromiso moral.

Lo "justo", sin embargo, aunque se enfoca en la equidad, tiende a favorecer a una de las partes involucradas en situaciones de conflicto o decisión. En cambio, lo "correcto" se presenta aquí como un principio superior, que se compromete no sólo con la equidad, sino con un bien objetivo y universal: hacer lo que es debido, independientemente de beneficios particulares.

Lo ético es actuar con libertad y responsabilidad, sin ceder a la comodidad de la inacción; pues ser ético es, ante todo, elegir lo correcto, incluso cuando lo justo pueda beneficiar sólo a unos pocos.

Lo ético es una expresión de verdad, es ético robar evidentemente no, señalar al ladrón es ético, en ello no hay recompensa pero en su tolerancia sólo hay complicidad y deshonestidad. La verdad es molesta y nos arroja al ojo del enemigo y de la discrepancia pero es el ente liberador del mundo.

La ética muestra que lo ético es, en esencia, una expresión de verdad. En un sentido práctico, la ética confronta aquello que podría ser incómodo, como la denuncia de una injusticia, incluso cuando no hay recompensa o gratificación inmediata. El acto de señalar una conducta incorrecta, como el robo, es ético

porque rechaza la complicidad; al tolerar el mal, uno se convierte en parte de la deshonestidad que fomenta.

La verdad, en este sentido, es vista como liberadora y, aunque molesta, constituye el fundamento de un mundo más justo. Aceptar la verdad y actuar en conformidad con ella es un acto de valentía que puede ponernos en conflicto con otros, pero es precisamente en esta valentía donde reside su capacidad para transformar. La ética, entonces, no se define sólo por el impacto de nuestras acciones en nosotros mismos, sino también en cómo éstas liberan o reprimen el potencial de justicia en el mundo.

La ética es un espejo de la verdad en acción; callarla es deshonor, revelarla es liberación, aunque duela. La ética es la lupa que permite consolidar la verdad en la acción. Es ético que las mayorías aplasten a las minorías, es ético que la voz de un colectivo pueda imponerse sin tolerar ni respetar a un grupo minoritario. También en concordia con lo anterior es ético que la voz de una minoría imponga una ideología y agenda, es ético que por cubrir sus acciones se pase por la libertad de la masa.

La masa es un pueblo ignorante producto perverso de un gobierno sin ética, su voz es nula pues carece de pensamiento propio y sólo sigue de forma alienada a un corruptor, es ético permitirlo o es ético exponer la mediocridad, el resentimiento, la bajeza y la ignorancia de un sometimiento consensuado por la comunidad basado en la comodidad, la conveniencia y la falta de pensamiento crítico.

La ética permite ver al lobo pero también enjuiciar al pueblo ¿Es ético engañar? Por tanto, un pueblo engañado y embrutecido que grita Barrabás es un pueblo carente de ética. Sin esta, sus acciones son una demostración inescrutable de la bestialidad funcional de un homínido. Sin la capacidad de ejercer la acción con ética la bestia se asoma de forma notable.

La ética es el límite de lo correcto y debe mediar en la acción, la omisión, comprensión y comunicación. Un pueblo con ética es bueno sin pastor. Un pueblo con ética es un pueblo libre y su libertad se mide no el colectivo que

mantiene una voz única sino en la capacidad de tolerar, dialogar y respetar las voces disidentes, entre más voces distintas conviven en armonía mayor pluralidad existe y también mayor ética. Un mundo sin ética es un mundo de tiranos. Los tiranos son la representación de un gobierno sin ética y limitado. Ético no es aquello observable mientras está supervisado, sino aquello aceptable mientras está sin el ojo inquisidor del castigo. Si la bondad está mientras se somete a un escrutinio, simplemente no existe. Si se depende de una fe para ser bueno se carece de bondad.

Si se necesita del pastor para caminar el pueblo es un rebaño que carece de sentido y su rumbo está condicionado al interés del que lo señala. El punto de ruptura entre el hombre y la bestia es la ética. Un hombre sin ética es una bestia sin escrúpulos ni valores, es la justificación del fracaso de la sociedad y la carencia de humanidad.

Quien justifica su argumento por la cantidad y la demasía de seguidores, carece de ética y de argumento. Muchos nunca es sinónimo de aceptable y correcto, muchos es más cercano a sometidos y a incapaces, muchos es un rebaño llevado por un pastor al matadero. El lobo no es el villano, el lobo es la representación del pueblo que encarna la violencia y la violencia se justifica en contra del villano.

El lobo es la respuesta a la acción desenfrenada de un pueblo violento y este es su reflejo, es decir, la medida del enemigo es equivalente a su creador. Un individuo violento es la respuesta de una sociedad que engendró un monstruo ocultando su maldad y manifestándose en un ser.

Un pueblo es un colectivo que tiene el poder de la mayoría, más, la ética es el punto de la tolerancia. La ética, exige que las mayorías no impongan tiránicamente su voz sobre las minorías. En esta línea, filósofos como John Stuart Mill defienden que la libertad de expresión y la pluralidad son esenciales para una sociedad ética y funcional. Un "pueblo ético" respeta las diferencias y promueve el diálogo, estableciendo un entorno donde la disidencia no sólo es tolerada sino valorada como un camino hacia el conocimiento.

Además, la ética tiende su camino en la libertad individual. Un pueblo ético es "bueno sin pastor" porque actúa en función de valores y principios interiores, no de imposiciones. La ética, entonces, se convierte en la base de la libertad verdadera, entendida como la capacidad de tomar decisiones morales sin depender de una guía externa. Esto recuerda la idea aristotélica de la virtud, que debe practicarse de forma libre y consciente para ser genuina.

Sobre ello, se puede considerar que hay en el lobo un símbolo idóneo que refleja el mal. El lobo aparece como un producto de la violencia de una sociedad que crea y luego condena a su "villano." Esta imagen podría interpretarse como una crítica a la "sombra" social, como lo explicaría Carl Jung: el individuo violento refleja las facetas reprimidas y oscuras de la sociedad que lo creó. Esta figura también ilustra cómo la ética es el límite entre el bien y el mal, entre la civilización y el instinto.

La ética, además, es una verdad incómoda. Señalar al "ladrón" o denunciar la injusticia puede exponernos a represalias, pero es esencialmente un acto ético. La ética no se limita a la ausencia de maldad; implica enfrentarse a las falsedades que perjudican el bien común, a pesar del riesgo que ello conlleva. La ética es la fuerza que mantiene la integridad humana en la oscuridad; sin ella, la humanidad se disuelve y deja espacio sólo para el instinto.

En una sociedad de falsos, es mal visto quien va sin máscara. En una sociedad de mentirosos, la verdad suele ofender. En una sociedad de malvados, la bondad es vista como condescendiente e interesada. En una sociedad dañada, la violencia es tan natural que sólo se exhibe en su exceso. En una sociedad mediocre, quien piensa es visto como diferente y arrogante. La soberbia del ignorante siempre se asoma en el atrevimiento de su incapacidad.

La sociedad que condena la buena acción está perdida. Imagina devolver un celular y ser castigado por hacer lo correcto. Hay que estar muy enfermo para

quejarse del medicamento, y no de la enfermedad. Todo mal se sostiene en la incapacidad de condenarlo. Quien, por esclavitud moral, tolera el mal sólo perpetúa su existencia. El mal suele ser condenado por pocos, aceptado por muchos y tolerado por miedo.

No hay mal peor que el silencio de los buenos, ni sociedad más malvada que aquella que rechaza el bien para no erradicar el mal. El mal se ve como una simbiosis de costumbres que, por apego, se tolera como algo natural. Todo mal comienza por pequeñas omisiones de aquellos que lo ven y lo consideran "aceptable."

El lobo no es el mal; es el mensajero que dice las verdades incómodas del pueblo. El mal no reside en quien denuncia, sino en quienes prefieren callar mientras se manchan las manos de sangre. El pastor tolera el mal, no porque sea "malo", sino porque no quiere enfrentarse a la realidad de su propia hipocresía. Justificar el mal con la excusa de que es de "mala cepa" es convertirse en cómplice de él.

El mal persiste en una sociedad que, incapaz de reconocer sus faltas, rechaza la virtud en favor de la comodidad y el conformismo. Esto recuerda la alegoría de la caverna de Platón, donde aquellos que se atreven a ver más allá son rechazados por quienes prefieren la seguridad de las sombras.

La ética del poema resalta la importancia de la congruencia. Eres tan bueno como lo que dices y haces. No basta con decir lo correcto; la congruencia es vivir conforme a los principios que predicas. Sin congruencia, la ética se convierte en una fachada vacía, una promesa que no se cumple. La verdadera ética se muestra en la acción, no sólo en la palabra.

Quién es malo el lobo al decir las verdades del pueblo en voz del autor o el pueblo al lloriquear las respuestas frontales del lobo. El papel de los "buenos" en el silencio es particularmente relevante: el mal no necesita únicamente de quien lo perpetúa, sino del consentimiento pasivo de quien lo observa y calla. Esto resuena con la idea de Edmund Burke: "Para que el mal triunfe, sólo es necesario que los buenos no hagan nada". Aquí, la sociedad que critica y excluye al "diferente" se convierte en cómplice de una dinámica de rechazo al bien y normalización del mal.

Ojala fuera una analogía, la realidad supera la ficción cuando en un país lejos de premiar la honestidad se le castiga, este se condena. El hecho de devolver un celular y ser castigado refleja un sistema tan moralmente comprometido que castiga la virtud, ilustrando cómo, en palabras de Friedrich Nietzsche, la sociedad crea sus propios límites de "bien" y "mal" en función de sus prejuicios y comodidad. Esta sociedad entonces vive en una contradicción, donde la ética es subvertida y la moral queda en manos de aquellos que buscan el mínimo esfuerzo para no incomodar.

Cada individuo debe cuestionar su papel en perpetuar o desafiar el mal. La verdadera bondad no teme a la soledad, porque la ética es la brújula que guía al justo entre la multitud de la falsedad.

Otro aspecto que considero notable señalar de la ética del poema es la congruencia. La congruencia es un vestigio de la ética, eres tan bueno como pregonas y profesas o sólo es un disfraz que simula una supuesta bondad que promete pero al condenar calla y al actuar concede.

La congruencia es estar en sintonía de lo que dices con lo que haces, no va el haz lo que digo y no lo que hago y no va tampoco en la tolerancia aquello que en flagrancia está mal pero que no se actúa en consecuencia.

La congruencia resalta la importancia de vivir de acuerdo con los propios principios éticos, sin caer en la hipocresía de "decir una cosa y hacer otra." La congruencia se convierte aquí en la manifestación auténtica de la ética en la acción diaria; es la alineación entre palabra y conducta. Sin congruencia, la ética

se vuelve un símbolo vacío, un concepto teórico desprovisto de poder moral y valor práctico.

La ética en acción demanda no sólo abstenerse de hacer el mal, sino también actuar frente a la injusticia. Cuando una persona tolera lo incorrecto en silencio, la supuesta ética que profesa se convierte en un “disfraz,” que oculta sus verdaderas intenciones. Esta noción de congruencia encuentra eco en filósofos como Aristóteles, quien afirmaba que la virtud no es sólo conocer el bien, sino practicarlo constantemente.

En palabras de Aristóteles, ser virtuoso implica que cada acción esté alineada con un propósito ético claro; lo cual refuerza la noción de congruencia como "un acto de fidelidad consigo mismo." La congruencia es el espejo en el que se refleja la verdadera ética; quien predica sin practicar crea su propio engaño.

En este tenor el acto final de Francisco bien puede señalar el rumbo del perdido, vagando por la misericordia divina pero extraviado y con la deshonra señalando la deuda ética del personaje. El autor no condena al lobo pues lo deja no sólo existir en su libertad sino también señalar a los que están mal con el dedo flamígero de la razón y la verdad. Ante ella sucumbe la santidad de un hombre que sólo quiere ver lo que sus ojos sesgados le permiten, pues si condenase al pueblo se condena él mismo, sin pueblo no hay necesidad de un pastor.

Francisco representa al ser humano con aspiraciones de santidad pero ciego a la imperfección y a la ignorancia que lo rodea; el lobo, por su parte, es la voz crítica que expone verdades incómodas, incluso contra el mismo pueblo que lo ve con temor y rechazo. Este lobo, con su dedo flamígero de la razón, encarna la conciencia crítica que desafía la moralidad superficial del pastor y de aquellos que, en lugar de cuestionar, prefieren la comodidad de la ignorancia o la sumisión.

Un pueblo sin pastor como un pueblo libre de superstición también resalta la noción de que, sin la necesidad de un enemigo o un mal externo, el individuo se vuelve responsable de su propio destino. Este tipo de libertad, sin la sombra

de un “infierno” o un “Satanás” externo, exige una ética personal más sólida, pues se pierde la excusa de “culpar al otro.” Aquí emerge la idea de que la verdadera libertad y responsabilidad se encuentran en la auto-reflexión ética y en asumir las consecuencias de las propias acciones.

Un pueblo sin superstición y sin miedo al castigo se convierte en un pueblo verdaderamente libre y consciente, pero también en un pueblo que asume sus propias faltas, vacíos y consecuencias.

El tamaño del pastor es proporcional a la ignorancia, un pueblo sin amo es filósofo, un pueblo sin amo es un pueblo sin superstición. Un pueblo sin superstición no necesita de un pastor.

El hecho de quitar al enemigo en qué recae la superstición es como al creyente quitarle a Satanás y convertirlo en parte de su comunidad. En el bien, el mal no puede prosperar. Sin infierno, el hombre es libre de las ataduras de la culpa y al mismo tiempo es esclavo de las responsabilidades de sus vacíos, acciones, pensamientos y omisiones.

El problema del filósofo es que no sabe obedecer porque al cuestionar insta en actuar y en la reflexión busca la transformación. Un pueblo supersticioso cree en la salvación por adoración sin la necesidad de la repercusión del acto, un pueblo que cree es un pueblo que se postra en fe pero se tumba en actos, sin la medida de la acción no hay avance (parafraseando la tercera ley de Newton no se puede llegar a un sitio mejor sin abandonar la zona de confort).

El filósofo, al desafiar los límites de la obediencia, revela la tensión inherente entre la reflexión y la acción. La naturaleza del cuestionamiento filosófico es una búsqueda continua de transformación, que se opone a la mera aceptación de estructuras dadas. En lugar de obedecer ciegamente, el filósofo se enfrenta a cada realidad con escepticismo y, en su proceso de reflexión, obliga a confrontar el cambio y a revisar principios establecidos. Es en este ejercicio donde se gesta una evolución que impulsa a la sociedad a avanzar, saliendo de su “zona de confort.”

La imagen del pueblo supersticioso, que busca salvación en la adoración sin actuar con conciencia ética, expone la paradoja de una creencia sin sustancia en la acción. La adoración sin crítica o sin repercusión es una postura estática, pues carece del impulso transformador necesario para un cambio real.

Sobre Francisco puedo decir que su fe, era de índole referencial. La fe sin actos es la demostración de vacío y simulación. Y el pueblo es el fruto de esa fe, no hay mayor acto de fe en hacer lo correcto cuando nadie ve.

La fe, cuando se sostiene sin acciones, se convierte en una fachada vacía, carente de esencia y compromiso real. Sin actos, la fe se reduce a una promesa de intenciones que no se materializan, una simulación de convicciones sin fuerza transformadora. En contraste, un acto de verdadera fe es aquel que, en la intimidad de lo no visible, se traduce en decisiones éticas y correctas, aunque no haya recompensa externa o reconocimiento.

Este tipo de fe —que se expresa en acciones correctas aun cuando nadie observa— es la que fortalece la integridad y revela la sinceridad del carácter. Sin la presión social o el juicio externo, la verdadera fe en los valores se prueba en la coherencia interna de nuestras decisiones. La fe auténtica, entonces, no se mide en palabras o en declaraciones públicas, sino en el compromiso de hacer lo correcto incluso en el silencio y la soledad.

Las bestias no dialogan, las bestias no leen y mucho menos escriben. El hombre se cultiva y se enriquece del otro. Su voz es la palabra y su partido es la razón, la verdad es su estandarte y pensar su pasatiempo. Ética es dejar de culpar a la espina cuando se arranca la rosa.

Un martillo es malo, no. Aunque en manos de un asesino es un arma, en manos de un niño es peligroso, en manos de un hombre es una herramienta y en manos de un torpe es su señal de destruir.

El idiota siempre creerá en destruir como la acción primaria, porque en su mediocridad no sabe arreglar, corregir ni construir y todo aquello que construya siempre será inferior a lo que destruyó. La inferioridad es una revelación del perdedor.

Los humanos son seres de razón, diálogo y creación, al tiempo que necesitan de la ética y el pensamiento crítico en el núcleo de esta diferenciación. A través de esta lente, la ética no sólo evita culpar lo inevitable, como la espina al recoger una rosa, sino que también inspira acciones conscientes sobre cómo se manejan las herramientas y las capacidades o talentos que se poseen.

Las limitaciones de una construcción reflejan el alcance del pensamiento y habilidad de quienes la crean, ejemplificando cómo ciertas decisiones pueden reflejar mediocridad si no logran igualar o superar el valor de lo que reemplazan. En este sentido, el verdadero reto ético para la humanidad no reside sólo en evitar la destrucción o la crítica sin base, sino en construir, crear y mejorar en cada esfuerzo, un ideal que fomenta la persistencia en el perfeccionamiento.

En manos de un ser ético y crítico, cada herramienta, idea o creación puede ser un reflejo de esa humanidad que construye, mientras que en manos de alguien menos comprometido con la razón y la mejora, el uso de tales recursos puede revelar limitaciones y una falta de propósito elevado.

El perdedor siempre tendrá excusas, es que así viene de naturaleza, es que así es y así están las cosas y se sostendrá con eufemismos para rodear la realidad y no tener que admitir su responsabilidad. “Cuando nace viene con pecado, en el hombre existe mala levadura”. Admitir la verdad, es decir, que el pueblo es malo y que se está tratando de justificar y privar de un aspecto lesivo de la realidad, buscando parabienes en matizar, suavizar y hacer más aceptable una verdad, que si no fuera dicha en metáforas sería reflejada de una manera más directa y en el lector puede causar rechazo. Ergo el pueblo es malo y Francisco representa a ese pueblo. La ética carece de eufemismos.

Porque el eufemismo maquilla con palabras dulces, verdades dolorosas. Por ejemplo: No es que te golpeé, estoy haciendo un acto correctivo. No es que te de un soborno, es una aportación voluntaria para mejorar tu apreciación. No es que se te excluya por pensar diferente, te asignó un área especial para que tus ideas no interfieran con los demás.

No es que estés sesgado por una ideología, es que está siguiendo una agenda progresista. No es que se pida una cuota y se vaya en contra la gratuidad, es una aportación voluntaria. Y así los eufemismos tratan de enmascarar con supuestos y matices la realidad.

Matizando la falta de transparencia con la seguridad. La falta de preparación con supuesta honestidad. La corrupción con lealtad y la locura con ideas revolucionarias. Desde ese punto, la prostitución se considera un acto de libertad y desde esa perspectiva una mujer que se exhibe en redes sociales es creadora y no una prostituta de contenido pornográfico. Desde esa idea, un robo no es quitarle algo al ajeno, sino conquistar un objeto de forma temporal.

Las personas tratan de evadir la responsabilidad a través de eufemismos y justificaciones que distorsionan la realidad. La ética debe ser clara y directa, despojándose de maquillajes lingüísticos que enmascaran comportamientos inmorales o injustos.

Esta falta de honestidad, donde se minimizan acciones como la violencia, la corrupción o la explotación a través de un lenguaje engañoso, se convierte en un reflejo de la decadencia ética de una sociedad. Al presentar actos claramente inmorales como "acciones correctivas" o "aportaciones voluntarias", se desdibuja la línea entre el bien y el mal, fomentando una cultura de complicidad y negación.

Además, este tipo de eufemismos no sólo ocultan la realidad, sino que también contribuyen a la aceptación de comportamientos perjudiciales, creando un ciclo en el que el mal se normaliza bajo el manto de la conveniencia y la justificación. La ética, en su forma más pura, exige claridad y responsabilidad; rechaza los atajos retóricos que suavizan la verdad, buscando siempre el bien común en lugar de alimentar la mediocridad o la corrupción.

En este sentido, la ética se convierte en un faro que ilumina la verdad, exigiendo que cada individuo reconozca sus acciones y su impacto en el colectivo, y que, al hacerlo, fomente una cultura de responsabilidad, transparencia y respeto por la dignidad humana.

La ética actúa, además, como pilar en la construcción de un contrato social que transforma el comportamiento humano para hacerlo compatible con el orden y la paz en comunidad (Hobbes, 1651/2011). Es, en esencia, el “camino de permanencia en el hombre por su propia humanidad,” pues la falta de ética conduce a un vacío que puede llevar al libertinaje y perversidad. Como sugiere Kant, la ética debe ir más allá de normas explícitas, involucrando un compromiso genuino con la justicia y el bien, incluso cuando no hay recompensas o temor a castigos (Kant, 1785/2012).

Un aspecto crítico de la ética es su capacidad para promover la libertad auténtica, sin depender de guías externas, y alcanzar una toma de decisiones morales fundamentada en valores intrínsecos, como lo propone Aristóteles en su ética de la virtud (Aristóteles, 1998). Este ideal, que considera la ética como un factor autónomo e independiente de la vigilancia externa, sitúa a la ética en el umbral donde el hombre se aleja de la bestia y se compromete con su humanidad.

Además, el lobo, como figura simbólica, puede reflejar el mal inherente que, como sugiere Jung, representa el “lado oscuro” reprimido y las facetas indeseables de la sociedad (Jung, 1954). De acuerdo con esta perspectiva, la ética se convierte en el límite entre el bien y el mal, una frontera que separa la civilización del instinto. Así, la ética no es solo la ausencia de maldad, sino la voluntad de enfrentar las falsedades que afectan al bien común, incluso a riesgo de represalias.

En consecuencia, la ética actúa como el último baluarte de humanidad en el hombre. Sin ella, la humanidad se disuelve, dejando solo instinto y bestialidad. En palabras de Kant, quien justifica su argumento solo por la mayoría de seguidores “carece de ética” y de fundamento moral, ya que, como afirma Mill, “la libertad de expresión y la pluralidad” son esenciales para una sociedad ética y funcional (Mill, 1859/1982). Por ello, un “pueblo ético” no es un rebaño dirigido, sino una colectividad de individuos que actúan en función de principios internos, sin necesidad de un “pastor” (Aristóteles, 1998).

Otro aspecto notable de la ética en el poema es la congruencia. Esta representa un vestigio ético fundamental: ser tan bueno como se profesa, en lugar de esconder una supuesta bondad que, al actuar, no responde de manera coherente con lo dicho. La congruencia, entonces, se convierte en una manifestación auténtica de la ética, donde la alineación entre palabra y conducta da significado al concepto (Taylor, 2011). Sin congruencia, la ética se vuelve un símbolo vacío, desprovisto de poder moral y valor práctico.

Aristóteles refuerza esta idea al afirmar que la virtud no es solo conocer el bien, sino practicarlo de forma constante; en sus palabras, ser virtuoso implica que cada acción esté alineada con un propósito ético claro (Aristóteles, citado en MacIntyre, 2007). La congruencia, en este sentido, es un "acto de fidelidad consigo mismo," siendo el espejo donde se refleja la verdadera ética (Nussbaum, 1999). Predicar sin practicar, por lo tanto, es un autoengaño que socava cualquier pretensión ética.

El lobo, que actúa como conciencia crítica, desafía la moralidad superficial de Francisco, y con su dedo flamígero representa la voz de la verdad incómoda. Este antagonismo entre pastor y pueblo demuestra que, sin un enemigo, el individuo asume la responsabilidad de su propio destino. Un "pueblo sin pastor," libre de superstición, es un pueblo verdaderamente responsable y consciente, sin la excusa de culpar a otro por sus fallos (Bertrand, 2015). La verdadera libertad, entonces, se encuentra en la auto-reflexión ética y en asumir las consecuencias de las propias acciones, sin un infierno o Satanás externo que sirva de pretexto.

Un pueblo supersticioso, en cambio, tiende a buscar la salvación a través de la adoración, sin evaluar las repercusiones de sus actos. Este tipo de fe, carente de acción ética, revela una postura estática, sin impulso transformador (Kant, citado en Allison, 2004). En palabras de Newton, "para cada acción, existe una reacción de igual magnitud en sentido opuesto," lo que sugiere que el progreso de una sociedad depende de una fuerza que desafíe el statu quo (citado en Wootton, 2015).

El filósofo, al cuestionar la obediencia ciega, revela la tensión entre reflexión y acción. Su naturaleza crítica insta a la transformación y rechaza la aceptación inerte de estructuras impuestas, proponiendo así un avance ético que confronta la comodidad del statu quo (Habermas, 1990). En este sentido, un pueblo que se limita a creer sin actuar no puede trascender sus limitaciones; el filósofo, en cambio, alienta el progreso y la verdadera libertad.

Respecto a la fe de Francisco, que parece sustentarse en un marco referencial, se puede decir que cuando esta carece de actos, se convierte en una simulación sin esencia. Un verdadero acto de fe es el que se traduce en acciones éticas correctas, incluso cuando no hay reconocimiento externo. Este tipo de fe se prueba en la coherencia interna de nuestras decisiones (Tillich, 2001).

La diferencia entre humanidad y bestialidad radica en la ética y el pensamiento crítico; no en la culpa de una espina al recoger una rosa, sino en cómo se manejan los recursos y talentos propios. Un martillo, por ejemplo, no es bueno ni malo en sí mismo; su valor depende de la intención y capacidad de quien lo use (Nietzsche, 2009). En manos éticas, cada herramienta o idea refleja una humanidad constructiva, mientras que en manos de quienes carecen de propósito, revela limitaciones y falta de ética.

Las personas, en muchos casos, evitan su responsabilidad mediante eufemismos y justificaciones que distorsionan la realidad (Lakoff & Johnson, 1980). La ética requiere claridad y responsabilidad, rechazando atajos retóricos que suavizan verdades incómodas. Actos claramente inmorales, presentados como “acciones correctivas” o “aportaciones voluntarias,” distorsionan la ética y la vuelven accesoria al poder y conveniencia (Bauman, 2000).

Este uso de eufemismos, que enmascara violencia o explotación bajo términos como “acciones de corrección,” es reflejo de una decadencia ética y fomenta la complicidad social. La ética en su forma pura exige transparencia y responsabilidad, promoviendo una cultura de respeto por la dignidad humana y de fomento de un bien común (Taylor, 2011).

Lecciones morales y espirituales.

En el poema Darío explora de manera profunda la naturaleza humana, la redención y los límites inherentes a la transformación moral y espiritual. A través del personaje del lobo, Darío plantea preguntas fundamentales sobre si es posible un cambio total en el ser humano o si, inevitablemente, siempre quedarán rastros de su esencia primitiva. Como señala Darío, el regreso del lobo a su naturaleza salvaje sugiere que nuestra identidad profunda está marcada por impulsos que, aunque puedan ser reprimidos temporalmente, permanecen y resurgen bajo ciertas condiciones.

La figura de San Francisco simboliza los ideales de moralidad y espiritualidad, representando el esfuerzo humano por alcanzar la redención. No obstante, el hecho de que el lobo vuelva a su comportamiento salvaje refleja, según Darío, la inmutabilidad de ciertos aspectos de nuestra naturaleza. Esta representación puede leerse como una crítica a los ideales de transformación absoluta, subrayando que la redención no es un proceso que borre el pasado, sino uno que, en el mejor de los casos, modera temporalmente los impulsos más oscuros de la psique.

La hipocresía moral del pueblo en el poema, pues sus actos reflejan conveniencias momentáneas más que una ética sólida. En el poema, la simulación del pueblo destaca como uno de los temas centrales, reflejando una profunda crítica a la inconsistencia ética de las personas. A través de la historia se puede notar cómo el pueblo finge comportamientos éticos cuando es conveniente, pero estos se desvanecen frente a las pruebas y la tentación, revelando una moralidad basada en la conveniencia transitoria más que en principios sólidos.

El poema ilustra cómo los habitantes del pueblo, inicialmente asustados y hostiles hacia el lobo, acogen al animal cuando se les garantiza que no representa un peligro. Sin embargo, esta aparente aceptación y hospitalidad se desmoronan al primer desafío. Cuando el lobo, por impulso natural, vuelve a sus instintos, la respuesta del pueblo es brutal y despiadada, lo que evidencia la falta de una ética sólida y perdurable. En lugar de intentar comprender o redimir al

animal, los habitantes recurren a la violencia, una reacción que muestra su hipocresía y doble moral.

Este comportamiento del pueblo representa una crítica a la superficialidad con la que se suele asumir la moralidad. Para el pueblo, su aparente bondad no proviene de una ética interna y firme, sino de un cálculo egoísta: mientras el lobo les ofrece beneficios, lo aceptan, pero cuando el animal ya no sirve sus intereses, lo rechazan violentamente. Según filósofos como Kant, la moral auténtica requiere actuar según principios universales, independientemente de las consecuencias personales, una idea claramente ausente en la actitud del pueblo.

Además, esta hipocresía moral se intensifica cuando se compara la pureza y constancia de Francisco con la fragilidad ética del pueblo. Mientras Francisco representa un amor incondicional, dispuesto a perdonar y comprender las imperfecciones del lobo, el pueblo reacciona con una moral reactiva y condicional. Esto sugiere que la verdadera moralidad es un compromiso constante y difícil, en contraste con la ética conveniente y momentánea que practican los ciudadanos del poema.

Darío utiliza el poema para hacer una crítica incisiva a la moral social que prevalece más por conveniencia que por verdadera convicción. La hipocresía moral del pueblo evidencia cómo la ética, cuando no está basada en principios firmes, se convierte en una herramienta frágil y manipulable. Esta reflexión sigue siendo relevante en contextos contemporáneos, donde las decisiones éticas a menudo se ven influenciadas por intereses inmediatos más que por una moralidad genuina.

Limitaciones del idealismo moral.

El poema también puede interpretarse como un comentario sobre las limitaciones del idealismo moral. San Francisco, aunque actúa de forma noble, enfrenta la imposibilidad de modificar completamente la esencia del pueblo. En este sentido, el esfuerzo de Francisco es valorado, pero el poema nos recuerda que aspirar a una bondad absoluta o a una moralidad perfecta es, en la mayoría de los casos, un objetivo inalcanzable (Nietzsche, 1886; Jung, 1934). Aquí, Darío parece coincidir con una visión pesimista o realista de la naturaleza humana,

argumentando que nuestras aspiraciones de moralidad y espiritualidad están condenadas a coexistir con impulsos oscuros y primitivos.

Relación con el Modernismo.

Este mensaje de Darío está profundamente conectado con el Modernismo, movimiento literario del cual fue una figura prominente. En el Modernismo se exploran frecuentemente temas como la dualidad en la naturaleza humana y el conflicto entre aspiraciones espirituales y la realidad material (Paz, 1974). En este sentido, Los motivos del lobo resaltan las tensiones entre lo civilizado y lo salvaje, entre lo espiritual y lo instintivo, reconociendo la persistencia de lo primitivo en la condición humana. Tal como afirma Paz (1974), los modernistas destacaron que la lucha por el progreso moral no es un proceso lineal ni libre de contradicciones.

El dilema entre redención y esencia.

Darío, al presentar la redención como un ideal deseable pero irrealizable en su totalidad, nos invita a reflexionar sobre los límites de la transformación humana. Al igual que el lobo en su regreso a lo salvaje, Darío sugiere que los esfuerzos de auto-mejora están condicionados por nuestra esencia. Como Jung (1934) planteó en sus teorías sobre la "sombra", la parte reprimida de nuestra naturaleza persiste y encuentra formas de manifestarse, indicando una dualidad inseparable entre luz y sombra en la experiencia humana.

En conclusión, Los motivos del lobo de Rubén Darío, en su estética y contenido, encapsula una visión modernista y compleja de la naturaleza humana. El poema, a través de una narrativa filosófica y simbólica, sugiere que la redención total es un ideal inalcanzable, y que la dualidad entre lo espiritual y lo instintivo es una parte esencial e inescapable del ser humano. Esta obra, en última instancia, nos ofrece una lección sobre la aceptación de la condición humana y la inevitable coexistencia de nuestras aspiraciones con nuestros impulsos primordiales.

El conflicto del lobo en el poema de Darío refleja una dialéctica fundamental entre las fuerzas civilizadoras, representadas por Francisco, y las pulsiones primarias, encarnadas en el lobo. Este motivo recurrente en la

literatura aborda la tensión entre el orden social y moral impuesto por la civilización y los impulsos naturales y primitivos del ser humano (Freud, 1920). La redención intentada por Francisco no es sólo un acto espiritual, sino también un símbolo de la lucha por civilizar lo incontrolable. Sin embargo, el regreso del lobo a su naturaleza salvaje, tras haber intentado adaptarse a los mandatos morales de San Francisco, sugiere una alegoría del fracaso de los ideales civilizatorios al intentar domar lo inmutable en la naturaleza humana y animal. Esta dinámica se alinea con las teorías freudianas sobre la represión y el inconsciente, según las cuales los instintos reprimidos resurgen cuando la represión resulta insostenible (Freud, 1920).

Darío parece sugerir que existen límites en la capacidad de la moralidad y la cultura para transformar la esencia de los seres. En este sentido, el poema se puede enriquecer vinculándolo con el concepto de la "sombra" de Carl Jung (1959), donde los aspectos reprimidos de la psique permanecen latentes y, eventualmente, salen a la luz. Este enfoque conecta la lucha del lobo entre lo civilizado y lo primitivo con el conflicto interno humano entre la moralidad externa y los impulsos inconscientes (Jung, 1959). La dialéctica entre lo civilizado y lo primitivo se presenta, por lo tanto, como una tensión dinámica entre dos dimensiones humanas opuestas que, aunque contradictorias, coexisten en el comportamiento y la percepción del mundo.

Lo primitivo como base de la existencia humana: Lo primitivo alude a lo instintivo, manifestado en emociones viscerales como el miedo, el deseo y la agresión, que permiten respuestas rápidas ante amenazas o desafíos (Freud, 1920). Estas emociones constituyen la base de la psique humana. Freud sostiene que la civilización intenta contener estos impulsos mediante normas, mientras que Nietzsche argumenta que los instintos primarios son esenciales para la vitalidad y la creatividad, aunque su regulación es necesaria para la vida en sociedad (Nietzsche, 1887).

La civilización implica el dominio de las emociones y la organización de la vida humana a través de normas y principios morales. Hobbes (1651) la define como un contrato social surgido para evitar la "guerra de todos contra todos" en

el estado de naturaleza, con la renuncia a ciertos instintos en favor de la estabilidad social.

La represión de impulsos primarios da lugar a conflictos internos, lo que Freud describe como el "malestar en la cultura", ya que el individuo se encuentra dividido entre sus deseos y las imposiciones sociales (Freud, 1930). Esta dialéctica permite que surjan expresiones culturales y artísticas como formas de sublimación.

Algunos pensadores, como Jung, sugieren una síntesis entre lo civilizado y lo primitivo. La teoría de la "sombra" plantea que los elementos reprimidos deben ser reconocidos y asimilados para alcanzar una conciencia plena (Jung, 1959). Esto refleja un equilibrio entre lo natural y lo cultural en el ser humano, creando un individuo complejo y una sociedad en constante transformación.

Crítica a las instituciones morales y religiosas.

El fracaso de San Francisco en cambiar permanentemente al lobo y al pueblo también podría interpretarse como una crítica a las instituciones religiosas y morales, las cuales intentan imponer una transformación externa sin considerar los límites inherentes de la naturaleza interna de los seres. Esto parece alinearse con una crítica hacia la coerción moral, donde los intentos de controlar la conducta humana mediante normas externas a menudo resultan ineficaces en alterar la esencia profunda de los individuos (Nietzsche, 1887).

Desde una óptica freudiana, el lobo y el pueblo representan la naturaleza humana reprimida, que resurge cuando la presión moral o social disminuye. Este análisis sugiere que la represión de los instintos no es una solución duradera y que las instituciones religiosas fallan en sus intentos de modificar la naturaleza humana (Freud, 1930).

La crítica a las instituciones morales y religiosas ha sido un tema central en el pensamiento filosófico. Marx argumenta que la religión es el "opio del pueblo", desviando la atención de los problemas socioeconómicos reales (Marx, 1844). Freud, por su parte, describe la religión como una ilusión que reprime impulsos naturales y limita la autoconciencia racional (Freud, 1927). Nietzsche

también critica la moral cristiana por favorecer una mentalidad de sumisión y resignación que va en contra de la vitalidad humana (Nietzsche, 1887).

Redención personal frente a la redención social.

Una cuestión filosófica que emerge del poema es si la redención es posible a nivel individual, pero no en un contexto colectivo. Desde una perspectiva existencialista, el lobo representa al individuo atrapado entre las expectativas sociales de transformación moral y su verdadera naturaleza interior, reflejando una dicotomía entre el "ser en sí" y el "ser para los otros" (Sartre, 1943).

La redención personal está centrada en la regeneración y superación de errores individuales, esta forma de redención se vincula con la autorrealización y la "integración de la sombra" en Carl Jung, permitiendo una reconciliación profunda consigo mismo (Jung, 1959). En el cristianismo, la redención se relaciona con el arrepentimiento y el perdón mediante la fe, implicando un compromiso transformador del individuo (Tillich, 1951).

La redención social busca sanar o transformar estructuras sociales injustas. Según Freire, este proceso implica una liberación colectiva que sólo puede lograrse mediante una conciencia crítica y empoderamiento de los oprimidos (Freire, 1970). Rawls, en su teoría de la justicia, sostiene que la redención social implica el compromiso de la sociedad con la equidad y el bienestar común (Rawls, 1971).

Existe una tensión entre redención personal y social, ya que la redención personal puede ser introspectiva y, aunque afecta indirectamente a la sociedad, no depende de un cambio colectivo.

Al final, el lobo se libera de la carga de complacer a otros y el pueblo se quita la máscara de su hipocresía; en este proceso el santo entra en el dilema que lo lleva a la catarsis, es la bestia un enemigo o es el pueblo su propio creador. Dejando abierta la pregunta ¿El lobo es la respuesta del contexto y la circunstancia o es la necesidad imperante del pueblo?

Anexos.

Poema.

“Los motivos del lobo” del autor Rubén Darío

El varón que tiene corazón de lis,
alma de querube, lengua celestial,
el mínimo y dulce Francisco de Asís,
está con un rudo y torvo animal,
bestia temerosa, de sangre y de robo,
las fauces de furia, los ojos de mal:
¡el lobo de Gubbio, el terrible lobo!
Rabioso, ha asolado los alrededores;
cruel, ha deshecho todos los rebaños;
devoró corderos, devoró pastores,
y son incontables sus muertes y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros
fueron destrozados. Los duros colmillos
dieron cuenta de los más bravos perros,
como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió:
al lobo buscó
en su madriguera.

Cerca de la cueva encontró a la fiera
enorme, que al verle se lanzó feroz
contra él. Francisco, con su dulce voz,
alzando la mano,
al lobo furioso dijo: —¡Paz, hermano
lobo!— El animal
contempló al varón de tosco sayal;
dejó su aire arisco,
cerró las abiertas fauces agresivas,
y dijo: —¡Está bien, hermano Francisco!—
—¡Cómo!— exclamó el santo —¿Es ley que tú vivas
de horror y de muerte?
¿La sangre que vierte
tu hocico diabólico, el duelo y espanto
que esparces, el llanto
de los campesinos, el grito, el dolor
de tanta criatura de Nuestro Señor,
no han de contener tu encono infernal?
¿Vienes del infierno?
¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
Luzbel o Belial?

Y el gran lobo, humilde: —¡Es duro el invierno,
y es horrible el hambre! En el bosque helado

no hallé qué comer; y busqué el ganado,
y a veces comí ganado y pastor.

¿La sangre? Yo vi más de un cazador
sobre su caballo, llevando el azor
al puño; o correr tras el jabalí,
el oso o el ciervo; y a más de uno vi
mancharse de sangre, herir, torturar,
de las roncadas trompas al sordo clamor,
a los animales de Nuestro Señor.
¡Y no era por hambre, que iban a cazar!

Francisco responde: —En el hombre existe
mala levadura.

Cuando nace, viene con pecado. Es triste.

Mas el alma simple de la bestia es pura.

Tú vas a tener

desde hoy qué comer.

Dejarás en paz

rebaños y gente en este país.

¡Que Dios melifique tu ser montaraz!—

—Está bien, hermano Francisco de Asís.—

—Ante el Señor, que todo ata y desata,

en fe de promesa tiéndeme la pata.—

El lobo tendió la pata al hermano

de Asís, que a su vez le alargó la mano.
Fueron a la aldea. La gente veía
y lo que miraba casi no creía.
Tras el religioso iba el lobo fiero,
y, baja la testa, quieto le seguía
como un can de casa, o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza
y allí predicó.
Y dijo: —He aquí una amable caza.
El hermano lobo se viene conmigo;
me juró no ser ya vuestro enemigo,
y no repetir su ataque sangriento.
Vosotros, en cambio, daréis su alimento
a la pobre bestia de Dios.— —¡Así sea!—,
contestó la gente toda de la aldea.
Y luego, en señal
de contentamiento,
movió testa y cola el buen animal,
y entró con Francisco de Asís al convento.

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
en el santo asilo.
Sus bastas orejas los salmos oían

y los claros ojos se le humedecían.
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
cuando a la cocina iba con los legos.
Y cuando Francisco su oración hacía,
el lobo las pobres sandalias lamía.
Salía por el monte, descendía al valle,
entraba en las casas y le daban algo
de comer. Mirábanle como a un manso galgo.

Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
desapareció, tornó a la montaña,
y recomenzaron su aullido y su saña.
Otra vez sintióse el temor, la alarma,
entre los vecinos y entre los pastores;
colmaba el espanto los alrededores,
de nada servían el valor y el arma,
pues la bestia fiera
no dio treguas a su furor jamás,
como si tuviera
fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,
todos le buscaron con quejas y llanto,

y con mil querellas dieron testimonio
de lo que sufrían y perdían tanto
por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.

Se fue a la montaña
a buscar al falso lobo carnicero.

Y junto a su cueva halló a la alimaña.

—¡En nombre del Padre del sacro universo,
conjúrote!

—Hermano Francisco, no te acerques mucho...

Yo estaba tranquilo allá en el convento;
al pueblo salía,
y si algo me daban estaba contento
y manso comía.

Mas empecé a ver que en todas las casas
estaban la envidia, la saña, la ira,
y en todos los rostros ardían las brasas
de odio, de lujuria, de infamia y mentira.
Hermanos a hermanos hacían la guerra,
perdían los débiles, ganaban los malos,
hembra y macho eran como perro y perra,
y un buen día todos me dieron de palos.

Me vieron humilde, lamía las manos
y los pies. Seguía tus sagradas leyes,
todas las criaturas eran mis hermanos:
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
hermanas estrellas y hermanos gusanos.
Y así, me apalearon y me echaron fuera.
Y su risa fue como un agua hirviente,
y entre mis entrañas revivió la fiera,
y me sentí lobo malo de repente;
más siempre mejor que esa mala gente.
y recomencé a luchar aquí,
a me defender y a me alimentar.
Como el oso hace, como el jabalí,
que para vivir tienen que matar.
Déjame en el monte, déjame en el risco,
déjame existir en mi libertad,
vete a tu convento, hermano Francisco,
sigue tu camino y tu santidad.

El santo de Asís no le dijo nada.
Le miró con una profunda mirada,
y partió con lágrimas y con desconsuelos,
y habló al Dios eterno con su corazón.
El viento del bosque llevó su oración,

que era:

Padre nuestro, que estás en los cielos...

Bibliografía.

Alighieri, D. (siglo XIV). *La divina comedia*.

Alvarado, J. (2019). *El simbolismo en el Modernismo literario: Una exploración conceptual*. Buenos Aires: Editorial Literaria.

Alvarado, M. (2019). *Simbolismo en la poesía modernista*. Editorial Letras.

Aristóteles. (1998). *Ética nicomáquea* (W. D. Ross, Trad.). Oxford University Press. (Original publicado en el siglo IV a.C.).

Aristóteles. (1999). *Ética a Nicómaco* (E. Morales, Trad.). Madrid: Gredos. (Obra original del siglo IV a.C.).

Bauman, Z. (1989). *Modernidad y Holocausto*.

Biblioteca Nacional de España. (2019). *Simbolismo y religión en la obra de Rubén Darío*. Madrid: Editorial Nacional.

Biblioteca, C. (2012). *Análisis de Los motivos del lobo* [PDF]. Centro Virtual Cervantes. Recuperado de https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/aepe/pdf/coloquio_2012/coloquio_2012_11.pdf

Brown, P. (2017). *San Francisco y sus animales: Empatía cristiana y redención*. Oxford University Press.

Brown, P. (2017). *Francisco de Asís: Vida y legado espiritual*. Oxford: Oxford University Press.

Canetti, E. (1981). *Masa y poder* (J. Valdés, Trad.). Madrid: Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1960).

Canetti, E. (1981). *Masa y poder* (H. Alou, Trad.). Muchnik Editores. (Trabajo original publicado en 1960).

Cassirer, E. (1944). *An Essay on Man: An Introduction to a Philosophy of Human Culture*. New Haven: Yale University Press.

Christensen, C. M. (1997). *El dilema del innovador: Cuando las nuevas tecnologías hacen que las grandes empresas fracasen*. Harvard Business Review Press.

Club de lectura La Paz. (s.f.). *Simbolismo en Los motivos del lobo*. Recuperado de <https://www.clubdelecturalapaz.com>

Dahrendorf, R. (1988). *El conflicto social moderno: Un ensayo sobre la política de la libertad*.

Dante Alighieri. (1998). *La Divina Comedia* (C. Martínez, Trad.). Barcelona: Ediciones Altamar. (Obra original del siglo XIV).

Darío, R. (1905). *Los motivos del lobo*.

Deberes y recursos educativos. (s.f.). *Impulsos incontrolables y redención*. Recuperado de <https://www.deberesyrecursoseducativos.com>

Derrida, J. (1967). *La escritura y la diferencia*. Antropos.

Dialnet. (s.f.). *Análisis del simbolismo en la poesía de Rubén Darío*. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/7012593.pdf>

Dante Alighieri. (1998). *La Divina Comedia* (C. Martínez, Trad.). Barcelona: Ediciones Altamar. (Obra original del siglo XIV).

Eliade, M. (1959). *The Sacred and the Profane: The Nature of Religion*. Nueva York: Harcourt, Brace & World.

Eliade, M. (1959). *Lo sagrado y lo profano: La naturaleza de la religión*. Harcourt Brace Jovanovich.

El Ciudadano. (s.f.). *Análisis de Los motivos del lobo*. Recuperado de <https://www.elciudadano.com>

Escobar, A. (2007). *Desarrollo y territorialidad en la región de los zapatistas*.

Eppur si muove. (s.f.). *La redención y el fracaso en Los motivos del lobo*. Recuperado de <https://www.eppursimuove.com>

Fanon, F. (1961). *Los condenados de la tierra*.

Fioretti. (1390). *Las florecillas de San Francisco de Asís*. Florencia: Edizioni Francescane.

Freud, S. (1911). *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico*.

Freud, S. (2003). *Psicología de las masas y análisis del yo* (L. López-Ballesteros, Trad.). Madrid: Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1921).

Freud, S. (2003). *Psicología de las masas y análisis del yo* (F. Bravo, Trad.). Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1921).

Foucault, M. (1976). *La voluntad de saber*. Siglo XXI Editores.

García, L. (2018). *La bestia interior: simbolismo animal en la poesía hispanoamericana*. Revista Literaria.

- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*.
- García Márquez, G. (1967). *Cien años de soledad*. Harper & Row.
- Girard, R. (1987). *La violencia y lo sagrado* (J. P. Rico, Trad.). Barcelona: Editorial Anagrama. (Obra original publicada en 1972).
- Giroux, H. A. (2010). *Sobre la pedagogía crítica*. Continuum.
- Golding, W. (1954). *El señor de las moscas*.
- Grimm, J., & Grimm, W. (1812). *Cuentos de los hermanos Grimm*.
- García, L. (2018). *La bestia interior: simbolismo animal en la poesía hispanoamericana*. Revista Literaria.
- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*.
- Hobbes, T. (1996). *Leviatán* (A. García, Trad.). Madrid: Editorial Tecnos. (Obra original publicada en 1651).
- Jung, C. G. (1964). *El hombre y sus símbolos*. Doubleday.
- Jung, C. G. (1997). *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1959).
- Kafka, F. (1915). *La metamorfosis*.
- Kant, I. (1785). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*.
- Kierkegaard, S. (1983). *Temor y temblor* (J. Rovira, Trad.). Barcelona: Península. (Obra original publicada en 1843).
- Krauze, E. (2004). *El pueblo que no quería ser pueblo*.
- Lifton, R. J. (1986). *Los médicos nazis: Asesinato médico y la psicología del genocidio*.
- Lipset, S. M., & Bell, D. (1982). *La derecha radical en América*.
- López, A. (2018). *Espiritualidad en Rubén Darío: un análisis de Los motivos del lobo*. Anuario Literario.
- Martínez, J. (2019). *Modernismo y moralidad: símbolos en la obra de Rubén Darío*. Editorial Universitaria.

- Meyer, D. S., & Staggenborg, S. (2008). *Movimientos sociales: teorías, acciones y estructuras*.
- Mill, J. S. (1859). *Sobre la libertad*.
- Nietzsche, F. (1887). *La genealogía de la moral*.
- Nietzsche, F. (2006). *Más allá del bien y del mal* (A. Sánchez, Trad.). Madrid: Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1886).
- Nietzsche, F. (2010). *Más allá del bien y del mal* (A. Sánchez, Trad.). Madrid: Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1886).
- Paz, O. (1950). *El laberinto de la soledad*.
- Perrault, C. (1697). *Historias o cuentos de tiempos pasados, con moralejas: Cuentos de mamá ganso*.
- Perrault, C. (1697). *Caperucita Roja*. París: Éditions Garnier.
- Rojas, M. (2012). *El papel de los héroes en la Revolución Mexicana*.
- Ruiz, C. (2020). *Compasión y redención en la obra de Rubén Darío*. Biblioteca Académica.
- Ruiz, J. (2020). *La empatía radical en la figura de San Francisco de Asís*. Revista de Ética y Filosofía Cristiana, 12(3), 45-67.
- Said, E. (1978). *Orientalismo*.
- Saint-Exupéry, A. (1943). *El principito*.
- Sánchez, D. G. (2016). *Religiosidad y poesía en Rubén Darío*. Caligrama: Revista de Estudos Românicos, 21(2), 15-29. Recuperado de <https://periodicos.letras.ufmg.br>
- Ricoeur, P. (1983). *Tiempo y narración* (Vol. 1). Siglo XXI.
- Saravia Felipes, L. D. (2020). *La representación del lobo en la poesía modernista: Análisis de Rubén Darío*. Tesis de maestría, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Simek, R. (1993). *Dictionary of Northern Mythology*.
- Tajfel, H. (1974). *Identidad social y relaciones intergrupales*.

Vassallo, M. (2024). *Lobo* [Fragmento del poema El florecimiento].

Vassallo Vázquez, J. M. (2024). *La importancia de la educación socioemocional en la formación integral de los estudiantes de educación básica, Primaria. Efectividad, estrategias y beneficios* [Extracto cuento la granja].

Waller, J. (2007). *Convertirse en malvado: Cómo las personas comunes cometen genocidio y asesinatos en masa*.

Wittgenstein, L. (1953). *Investigaciones filosóficas*. Crítica.

Zubiri, X. (1982). *La esencia de la realidad*. Ediciones Istmo.

Gadamer, H.-G. (1960). *Verdad y método*.